

**DESAFÍOS DE APARECIDA ANTE UN MUNDO SUMIDO EN LA ANGUSTIA Y EL
MIEDO**

RAFAEL FERNÁNDEZ ÁBREGO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)

INSTITUTO TEOLÓGICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)

BOGOTÁ D.C.

2013

**DESAFÍOS DE APARECIDA ANTE UN MUNDO SUMIDO EN LA ANGUSTIA Y EL
MIEDO**

RAFAEL FERNÁNDEZ ÁBREGO

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Teología Pastoral

Asesor

PBRO. EDWIN RAÚL VANEGAS CUERVO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)

INSTITUTO TEOLÓGICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)

BOGOTÁ D.C.

2013

Nota de aceptación

Firma

Nombre:

Presidente del jurado

Firma

Nombre

Jurado

Firma

Nombre

Jurado

Bogotá, D.C., junio de 2013

AGRADECIMIENTO

Agradezco a Dios el haberme llamado al ministerio presbiteral y, a que en este camino, haya encontrado el rostro de Cristo en tantos hermanos que han hecho posible mi crecimiento como presbítero

SIGLAS

APL	Antropología perspectiva latinoamericana
ChL	Christi fidelis Laici
CIC	Catecismo de La Iglesia Católica
CSC	Catecismo Social Cristiano
DA	Documento conclusivo de Aparecida
DCE	Deus Caritas est
DI de la LE	Diccionario Ideológico de Lengua Española
DM	Documento de Medellín
DP	Documento de Puebla
DSD	Documento de Santo Domingo
DSI	Doctrina Social de la Iglesia
EN	Evangelii Nuntiandi
FD	Filius Dei
GS	Gaudium et Spes
IM	Incarnationes Mysterum
LG	Lumen Gentium
PT	Pacem in Terris
RAE	Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua
RH	Redemptor Hominis
RM	Redentoris Missio
SC	Sacrosanctum Concilium

TABLA DE CONTENIDO

	Págs.
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I: EL MIEDO EN LA AGENDA COTIDIANA DEL SER HUMANO	11
1. El ser humano, sus problemas y necesidades	11
2. La sociedad actual: heraldo del miedo y de la angustia	23
3. El miedo y la angustia	26
3.1 Concepto	26
3.2 Miedos que experimenta el ser humano	31
4. La población panameña y los embates del tiempo	32
CAPÍTULO II: EVANGELIZACIÓN PARA ESTOS TIEMPOS	34
1. Pacem in terris o los derechos del hombre	37
1.1 La paz, de acuerdo al orden establecido por Dios	41
1.1.1 Justicia, verdad, amor y libertad, valores que deben ser permanentes	44
1.2 Deberes y derechos del hombre	47
1.2.1 Paz en la tierra para el hombre del siglo XXI	50
2. Evangelii nuntiadi para estos tiempos	52
2.1 Hombres nuevos para tiempos nuevos	56
2.2 La conversión diaria y el dictado de la conciencia	58
2.3 El evangelio para vencer el temor y la angustia	62
3. Redemptoris missio en la vía dolorosa de los hombres	64
3.1 Misioneros como Cristo Redentor	66
3.2 ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!	68

CAPÍTULO III: APARECIDA, LUZ PARA VENCER LAS SOMBRAS	70
1. Jesús: Agente de cambios en la humanidad	70
1.1 La alegría de conocerlo	73
1.2 La buena nueva de su palabra	76
1.2.1 Libertad sin pecados ni compromisos con el mal	79
1.2.2 Salvación: gracia y misericordia de Dios	80
2. Iglesia: Nacida de Jesucristo y enviada por Él	82
2.1 Reunidos en su nombre como discípulos misioneros	84
2.2 Responder a sus palabras: “Id y proclamad la Buena Nueva”	85
3. Misión: Un nuevo Pentecostés	88
3.1 ¿Qué piden los tiempos y qué nos piden a nosotros?	91
3.1.1 En la vida consagrada	93
3.1.2 Participación y compromiso del laico	95
3.2 Un nuevo Pentecostés	99
4. Eucaristía: Base, cima y sustento de la fe	101
5. Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible	104
 CONCLUSIONES	 108
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	110
ANEXO	115

RESUMEN

Preocupación constante en todas las épocas de la humanidad es la salvación del hombre. La Biblia, historia de la salvación, está llena de testimonios en este sentido, porque ese es el deseo de Dios. Deseo fortalecido con el advenimiento de la era cristiana y que en este siglo XXI que transcurre se torna imperativo, pues los signos de este tiempo reclaman cambios sustanciales y profundos. Así lo exigen las situaciones de riesgo esparcidas por todas las esquinas consecuencia de lo cual, el ser humano, actor y autor de los acontecimientos, se convierte en víctima de su propia conducta.

Los riesgos diseminan estados emotivos de angustia y miedo porque, como metafóricamente dice en el Documento conclusivo de la V Conferencia del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe, el hombre se debate entre “la luz y la sombra” y no sabe escoger entre la cultura de la vida y la cultura de la muerte.

Hay que cambiar de actitud, pero los cambios tienen que partir del corazón del hombre. Orientar al hombre para tan alto fin es el propósito de esta tesis cuya base está en siete palabras clave tomadas del Documento conclusivo de Aparecida: miedos, angustia, desafíos, Evangelio, discípulos, misioneros, evangelización y, por supuesto, en los contenidos de fe que deben ser transmitidos a todas las personas a donde lleguen los portadores de la palabra de Cristo.

El cambio de actitud es conversión. El camino lo enseña la Iglesia, madre y maestra. Los textos de su enseñanza son muchos: exhortaciones apostólicas, encíclicas, el catecismo y sobre todo, el Evangelio. Con el Evangelio ocurre el encuentro con Cristo: la Luz del Mundo, el Camino, La Verdad y la Vida.

INTRODUCCIÓN

La iglesia católica ha realizado varias conferencias del episcopado latinoamericano. Lo ha hecho guiada por el método ver, juzgar y actuar, como lo demuestra el texto que contiene los resultados de lo conversado, discutido y acordado en Aparecida. (DA, 2007)¹ Es importante señalar que, en la citada conferencia, se hace énfasis en el valor de colocar la mirada en la vida cotidiana. Ver con los ojos de Cristo, alimentados por la palabra revelada. Juzgar con el pensamiento puesto en la interrogante: ¿Qué haría Jesús si estuviera en mi lugar?

Aparecida insiste en la necesidad de la fe y de las bondades de la razón. Pide que se viva con los sentidos bien puestos, para asumir críticamente las herramientas de la catolicidad, de manera responsable y gozosa.

Es imposible dejar de lado, al emitir estas consideraciones, los desafíos de la Iglesia latinoamericana que en julio de 2003 expusiera el Santo Padre Juan Pablo II, a los obispos de América Latina, en ocasión de la Visita ad limina, entre ellos y en primer lugar, anunciar a Jesucristo, “para acrecentar la fe de los fieles y hacer que maduren en ellos las enseñanzas del Evangelio.” Por esto agrega: “es urgente una figura de pastor que no sólo atiende a los fieles cercanos, sino que incansablemente va en busca de desorientados y alejados” y pide, en el mismo documento, mirar “la situación social.”²

De ahí nació la idea del presente trabajo que parte de una hipótesis: estudiar el fenómeno del miedo que condiciona y estanca la acción evangelizadora de la Iglesia para, desde la palabra de Dios, el magisterio de la iglesia universal y, especialmente Aparecida, ofrecer respuestas para una nueva evangelización.

Esta hipótesis dio pie al planteamiento de los siguientes objetivos:

1. Estudiar el fenómeno del miedo que cada vez es más frecuente en todas las dimensiones de la vida humana, para iluminar una respuesta desde la palabra de Dios.
2. Ofrecer, desde tres documentos puntuales del magisterio de la Iglesia, unas líneas pastorales que iluminen el camino del hombre actual.

¹En adelante se citará de la siguiente manera DA (Documento de Aparecida 2007)

²Juan Pablo II, Visita ad “limina” Apostolorum Petri et Pauli 2001 – 2003
www.mscperu.org/teologia/leclesiologia/docedesafiosIgl_JPII.htm

3. Descubrir los desafíos que plantea Aparecida como respuesta a los miedos del hombre latinoamericano.

Estos objetivos quedan desarrollados en tres capítulos intitulados: El miedo en la agenda cotidiana del ser humano, Evangelización para estos tiempos y Aparecida, luz para vencer las sombras.

El primer capítulo trata de dilucidar los conceptos miedo y angustia que afectan a la población de América Latina y del Caribe y que hacen vivir entre luces y sombras como expone el documento conclusivo de Aparecida.

La Iglesia con su sabiduría ofrece pautas con las cuales esta dilucidación es posible, a través de encíclicas y exhortaciones apostólicas en las que aparecen ideas de las cuales nacen programas de evangelización a tono con la realidad del mundo. Este mundo ávido del encuentro con Cristo como queda desarrollado en el segundo capítulo.

El siguiente y último capítulo hará énfasis en el documento conclusivo de Aparecida, texto que plantea a la Iglesia una serie de desafíos pero también de caminos para vencerlos, hasta conseguir un nuevo Pentecostés y, con la luz de Espíritu Santo, hacer de este mundo un espacio sostenible.

Concluidos los tres capítulos mencionados y expuestas las conclusiones se agrega un anexointegrado por doce esquemas que, de alguna manera resumen puntos esenciales de los capítulos. Todo como producto de una investigación apoyada en el método de VER, JUZGAR y ACTUAR que utiliza la Iglesia para organizar sus planes de pastoral.

El citado método es útil para este trabajo pues abre las puertas para conocer las dificultades que viven las comunidades donde desempeñamos nuestro Ministerio. Al mismo tiempo, juzgar entonces qué hacer como pueblo de Dios, para actuar en consecuencia y promover acciones tendientes a fortalecer la fe, gracias al encuentro con Cristo a través de una evangelización y un programa misionero, con la firmeza que atesora el magisterio de la Iglesia, particularmente en los tiempos que corren, con el Documento Conclusivo de Aparecida como texto guía.

Dios permitirá que este trabajo sea un aporte para la Iglesia.

Capítulo I

El miedo en la agenda cotidiana del ser humano

1. El ser humano sus problemas y necesidades

El Documento Conclusivo de Aparecida es una luz para obtener, con la mirada de la Iglesia, una imagen del ser humano, de sus angustias y sus miedos, en concordancia con el título de este trabajo: Desafíos de Aparecida ante un mundo sumido en la angustia y el miedo. Pero, antes de llegar a las páginas dictadas por los obispos de América Latina y el Caribe, es menester detener la mirada en algunas consideraciones respecto al concepto hombre, para lo cual en este capítulo se toma como punto de partida lo expuesto por Víctor Florián B. para intentar, por vía del conocimiento, un acercamiento lo más preciso posible acerca de la obra maestra de la creación. En el Diccionario de filosofía (Bogotá, 2010), Florián expresa:

Hombre: es el nombre dado al individuo que forma parte de la especie animal, mamífero, primate, de la familia de los homínidas. 2. Aristóteles lo definió como animal racional, es decir, dotado de propiedades materiales y también de espíritu. Definición que en el siglo XIX con Nietzsche, Freud y Marx comienza a transformarse...5. Homo sapiens. Es el tipo de hombre que actúa como ser inteligente y utiliza la razón. (Pp137-138)

Como se pretende obtener un amplio espectro acerca del sustantivo hombre y la indagación aspira a profundizar en datos, también se orienta hacia lo definido por la voz autorizada de la Academia de la Lengua que de manera sencilla lo define así: “Hombre. (Del lat. Homo, inis). M Ser animado racional, varón o mujer.”(RAE, 2001)³

Con estos recursos se arriba a lo planteado por antropólogos y filósofos, hasta edificar los pareceres según los cuales serán mensurables los problemas y necesidades del ser humano, de acuerdo a los signos de este tiempo, con atención puesta en el reconocimiento de lo que es el hombre para Dios y para los propios hombres. A continuación, entonces, para articular el discurso en la misma ruta, el tema trae a colación los estudios de un grupo de escritores quienes

³En adelante se citará de la siguiente manera RAE, Diccionario Real Academia Española de la Lengua, 2001

desde la Universidad Santo Tomás de Bogotá (Luis José González, Germán Marquínez, Eudoro Rodríguez, et al. 1984) han organizado una serie de planteamientos que, en apretado resumen, arrojan información depositaria de juicios vinculados a la condición humana, en sí muy conflictiva, por las ambigüedades y antagonismos que establece con el propio medio donde transcurre su vida. Ambigua y antagónica, porque el ser humano suele no distinguir con claridad las diferencias entre el bien y el mal, el pecado y el estado de gracia, para seleccionar adecuadamente los recursos con los cuales puede construir su cultura. Textualmente, la siguiente cita lo establece:

...La ambigüedad se manifiesta ya en la misma constitución ontológica del hombre finito, contingente, sujeto de limitaciones y sin embargo con deseos y nostalgias de lo infinito, de lo trascendente; abarca sus relaciones con la naturaleza no siempre armoniosas tal como evidencia en el problema ecológico, sus relaciones con los demás encubiertas por deseos de poder y de egoísmo, su psicología estructurada en una dinámica de fuerzas antagónicas de unificación y destrucción...(APL)⁴

La preocupación por el hombre, sus gozos y sus desventuras ha existido siempre. La antigüedad griega, a tono con el papel que le tocó en la historia, así lo demostró. Sócrates con la célebre frase “Conócete a ti mismo” quería llegar al punto, por lo que solicita al hombre de su tiempo que vuelva la mirada hacia sí, para que interiorizando su pensamiento, encuentre la razón de su existencia, a partir del propio conocimiento.

Los discípulos de Sócrates entre quienes la historia distingue a Platón, guarda con celoso cuidado su interrogante: “¿Y qué es el hombre?” (APL, p77) Platón, confirman los citados escritores, “...le asigna al alma racional la contemplación de lo que es verdad... contemplar intuitivamente el ser y lo más luminoso del ser, la idea del Bien (Dios).” (APL, p78)

Este recorrido por la antropología filosófica, a través del mismo libro, lleva hacia Aristóteles y de sus razonamientos concluyen: “...el hombre es una unión de cuerpo y alma; ser dotado de

⁴Se citará de la siguiente manera(APL), Antropología perspectiva latinoamericana 1984)

apetito y razón...sin embargo, el animal más peligroso y el peor de todos, cuando se aparta de la ley y de la justicia.” (APL, p 80)

Quizás las apreciaciones de Sócrates, Platón y Aristóteles tienen puntos de encuentro con las de grandes teóricos surgidos posteriormente. Probablemente, si fuesen revisadas esas fuentes, con ellas de la mano se suscitarían apreciaciones para tratar de llegar, por conducto de los paralelismos o las diferencias, a la organización de algunas ideas en torno a las valoraciones que la humanidad merece.

Después, con el texto antro-po-filosófico de los escritores bogotanos, se arriba al pensamiento cristiano de Santo Tomás quien propugna valorar la diferencia entre filosofía y teología y, desde esa perspectiva, elevar la dignidad del ser humano. De las ideas aquinianas, el libro Antropología ya citado, recoge:

La noción de persona es una noción auténticamente cristiana, que expresa en su esencia, la plenitud de la dignidad inherente a cada ser humano, puesto que a todo individuo de naturaleza racional se le llama persona. Es decir, el hombre, no es algo, ni cuerpo o cosa, sino alguien que es y sabe que es; alguien que es persona y sabe que es persona. (APL, p84)

El tema del hombre, tan discutido por todos, fue incluido en la agenda del concilio Vaticano II, pues el hombre y esa dignidad a la que se refiere Santo Tomás coloca en punto prioritario cualquier análisis que se precie de valorar lo que está en el pensamiento de la Iglesia. En virtud de ello, cuando los padres conciliares se preguntaron qué es el hombre, *Gaudium et Spes* (GS)⁵ respondió basada en los textos sagrados a partir del primer libro del Pentateuco. Lo expone de la siguiente manera:

Enseña la Sagrada Escritura que el hombre fue creado a ‘a imagen de Dios’, capaz de conocer y amar a su Creador, constituido por Él como señor sobre todas las criaturas (cf. Gén 1,26; Sab 2,23) para que las gobernase e hiciera uso de ellas, dando gloria a Dios (cf. Ecl 17,7-13) ¿Qué es el hombre

⁵En adelante se citará de la siguiente manera GS (*Gaudium et Spes*).

para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, pues que tú lo visitas? Lo has hecho poco inferior a los ángeles, lo has coronado de gloria y honor y lo has puesto sobre las obras de tus manos. Todo lo has puesto bajo sus pies. (Sal 8,5-7)

Vaticano II, en la constitución *Gaudium et Spes*, inaugura el capítulo primero de la primera parte con estas palabras: “Creyentes y no creyentes están, por lo general, de acuerdo en que todo lo que existe en la tierra se ha de ordenar hacia el hombre como hacia su centro y culminación.” (GS, 12), aseveración que años más tarde estimulara en el Santo Padre Juan Pablo II, en carta encíclica, estas palabras: “...Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia...porque ha sido redimido por Cristo...”⁶

Hablar del hombre es un tema inagotable, en razón de lo cual, al contar el número de sus inigualables rasgos físicos y morales se obtiene el siguiente compendio: inteligencia, don de la palabra, capacidad para razonar, vivir en libertad, tener voluntad y sentimientos por los cuales posee condiciones que lo hacen alegrarse, creer en Dios y si tiene fe, vencer el miedo, para enfrentarse a las contingencias de la vida con el ánimo dispuesto para salir adelante hasta localizar, sin extravíos, el puesto que le han asignado la creación, la historia y el tiempo.

Es con la suma de estas reflexiones como conviene acercarse al hombre, para tratar establecer los cimientos de este trabajo, pues hay que saber quién es el ser cuyos problemas serán estudiados, cuáles sus necesidades, aquellas que lo mantienen en estados de angustia y miedo y que colocan a la iglesia frente a una serie de desafíos discutidos y analizados, en el caso de América Latina y el Caribe en la Conferencia General del Episcopado celebrada en Aparecida, en 2007, para que sean el norte de las acciones de pastoral que la Iglesia de esta región emprenda, puesto que el llevar el Evangelio se eleva como un cántico de acción de gracias a Dios “por habernos hecho sus colaboradores para que seamos solidarios con su creación de la cual somos responsables.” (DA 24)

⁶En adelante se citará de la siguiente manera RH (*Redemptor Hominis*, 14, Juan Pablo II-Carta Encíclica, 1979)

Compréndase además, que llevar al hombre hacia el encuentro con Cristo es tomar responsablemente la misión de cuidar la obra de Dios, de la que Él se alegró porque fue hecha “con sabiduría y amor”. Aparecida lo recuerda con estas palabras:

La Biblia muestra reiteradamente que, cuando Dios creó el mundo con su Palabra, expresó satisfacción diciendo que era ‘bueno’ (cf. Gn 1,21), y cuando creó al ser humano con el aliento de su boca, varón y mujer, dijo que ‘era bueno’ (cf. Gn 1,31). El mundo creado por Dios es hermoso (DA 27)

Para con la obra de Dios la Iglesia tiene sus compromisos que, en el caso de América Latina y El Caribe, aparecen expuestos con una figura: son desafíos; pero desafíos que impulsan, en medio de las adversidades a invocar la fuerza del Espíritu Santo, la plenitud de su Luz, porque solo iluminados por Cristo es posible “vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc. 10, 25-27), recordando que la ‘evangelización’ ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana...” (DA 26)

Reconocer los problemas y necesidades del hombre acciona los resortes de su vida en sociedad. Lo primero, el núcleo de donde procede, es decir, la familia. A partir de su vida en familia se integra a la sociedad donde crece y se forma, conforme a reglas definitorias de los signos de su identidad y dignidad, pues el hombre se identifica primero con el grupo al que está enlazado por los nexos del parentesco y las costumbres familiares, gracias al haber vivido bajo el mismo techo y compartido la misma mesa. Con ello va a la comunidad. En la comunidad adquiere un cuerpo de saberes y también, mediante la más genuina comunicación, los incorpora al patrimonio cultural logrado gracias a la educación fundamental recibida en el seno del hogar; pero es en la comunidad donde consolida normas de comportamiento social, de ahí que el Obispo Auxiliar de Montevideo, Mons. Milton Luis Tróccoli Cebedio, en su intervención en el Sínodo de los Obispos (2012), en las líneas de su discurso, expusiera:

A la luz de nuestra experiencia eclesial proponemos como camino para la Nueva evangelización: Priorizar a la familia como casa y escuela para la comunicación del evangelio, protegiendo su integridad, y proclamando su validez para el

mundo de hoy, como célula básica de la sociedad y escuela de humanización.⁷

En líneas que anteceden a la cita anterior, de ese mismo discurso se ajusta la siguiente recomendación que también forma parte de sus propuestas en el citado evento: “Repensar el diálogo fe-cultura, buscando caminos de encuentro con aquellos hombres y mujeres abiertos a la verdad, y comprometidos en la búsqueda del bien común” (Troccoli Cebedioo, 2012)

Se comprende entonces, cuán importante es seguirle los pasos a la historia, con énfasis en los momentos actuales, para auscultar la realidad, ver cómo se organiza y, en posesión de un diagnóstico concreto, buscar las razones que le reconocen o le niegan sentido a los esfuerzos que el hombre realiza. Esto, porque abundan motivos cuyos indicios reflejan angustias y temores, como si el hombre actual hubiese sucumbido en las dramáticas simas de la desesperanza, producto indiscutible de las presiones del ambiente.

Entonces, como dice Osho, “el ser humano se endurece bajo la influencia del miedo”(OSHO Editorial Norma S.A. Bogotá 2010) y a la hora de realizar las diligencias de su conducta, pierde la cordura, confunde la libertad con lo que puede ser un simple poder de selección y sucumbe. Con estas consideraciones expone:

También es verdad que la persona verdaderamente inteligente muchas veces vacila porque no tiene dogmas en los cuales apoyarse...

Entonces es preciso estar listos para responder. De eso se trata la “responsabilidad... Quien desee saber qué es la vida debe poder responder.”⁸

¿De qué dogmas se estará hablando? Conocido es que en 1870, por dictado del concilio Vaticano I, la Iglesia Católica dejó sentado “debe ser creída con fe divina y católica todo aquello que está contenido en la palabra de Dios, escrita o transmitida y que son propuestas por la Iglesia para ser creídas como materia divinamente revelada, ora por solemne juicio, ora por su ordinario

⁷Sínodo de los Obispos 2012, Mons. Milton Luis Tróccoli Cebedioo

⁸ OSHO, Bogotá 2010-p. 3)

y universal magisterio.”⁹ El dogma más importante para el mundo católico es el reconocer a Jesucristo como hijo de Dios y ser al mismo tiempo verdadero hombre. Y en su orden, aquellos que La iglesia católica ha proclamado, los que son propios de nuestra fe. A los católicos corresponde, por ejemplo, seguir los dictados de quien es cabeza de la iglesia; tener confianza en su palabra; respetar su magisterio; atender con prontitud sus disposiciones sin temor a equivocarse, porque se ha proclamado como dogma la infalibilidad del Papa.

La Real Academia de Lengua Española define dogma así: “Proposición que se asienta por firme y cierta de una ciencia. 2. Doctrina de Dios revelada por Jesucristo a los hombres y testificada por la Iglesia. 3. Fundamento o puntos capitales de todo sistema o religión” (RAE, p771). Evidentemente, los dogmas emanan de voz autorizada y entre otras cosas, no tienen que ser sometidos a verificación. Como se trata de aceptar los de la iglesia católica, los católicos deben responder según los dictados de su conciencia y lo que hay en su corazón.

Dispuesto a que el bien le gane terreno al mal, en posesión de recursos más nobles como aquellos diseñados por la tranquilidad de conciencia, será como el hombre luchará por llevar en su ánimo sentimientos favorables para amortiguar los estragos del miedo y la angustia, dos conceptos susceptibles de ser definidos e interpretados, por su pertinencia con el tema y el título de este trabajo. Basados en el Diccionario se tiene lo siguiente:

Miedo: (Del lat. Metus) m. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo daño real o imaginario. 2. Recelo o aprensión que uno tiene de que le suceda una cosa contraria a la que desea. Cervar fig El grande o excesivo. Insuperable.(RAE, pp. 1369-1370)

Angustia: (Del lat. Angustia, angostura, dificultad f. Aflicción, congoja, ansiedad. 2. Temor opresivo sin causa precisa. 3. Aprieto, situación apurada. 4. Sofoco, sensación de opresión en la región torácica o abdominal. 5. Dolor o sufrimiento. (RAE, pp. 144-145)

⁹En adelante se citará de la siguiente manera FD (Filius – Dei, capítulo 3), (Vaticano I, Constitución Dogmática sobre la fe católica)

Conviene a adicionar a las definiciones del diccionario académico aquellos vocablos con los que guardan afinidad, porque son múltiples las formas como tales estados anímicos pueden presentarse. La lista que es bastante nutrida, se apoya en el diccionario de Julio Casares:¹⁰

Miedo: Recelo, cuidado, sospecha, pánico, espanto, pavor, asombro, terror, susto, sobresalto, alarma, turbación, inseguridad, desaliento, amenaza, peligro, vergüenza, intimidación”(DI de la LE. p. 423)

Angustia: Aflicción, padecimiento, tristeza, pena, desconsuelo, agonía, agobio, ansia, amargura, tribulación, consternación, quebranto, tormento, flagelo, herida, cuita, sinsabor, pesadumbre, depresión, melancolía, dolor, luto, sufrimiento, desagrado, disgusto, molestia. (DI de LE, pp. 13-14)

De lo anterior se colige que hay angustias y miedos individuales y colectivos. El asombro, el desaliento, la vergüenza, por ejemplo, tienen cabida en el interior del hombre, en tanto que el pánico puede desencadenarse en todo un conglomerado ante un peligro inminente y afectar a todos. La angustia es similar porque la tristeza, la amargura, la depresión y el disgusto son reacciones que experimenta una sola persona y no una colectividad. Esto depende, en gran medida, de la personalidad y la cultura.

Hoy, como nunca antes se había visto, la sociedad parece moverse con pasos de gigante. Las economías, con todo y las desaceleraciones que los analistas en finanzas informan, van hacia arriba. La gente pregona lo que piensa y siente, con un ímpetu colindante muchas veces con el irrespeto; los medios de comunicación, segundo tras segundo, dan a conocer cómo gira la rueda de la vida en todos los confines y siembran interrogantes. La más penosa: ¿De dónde y por qué surgen fuentes transmisoras de angustia?

Cerca muy cerca, sin ocultarse a los ojos, los oídos escucharlo, aparecen con desmesurado tamaño las causas del mal, pues el ser humano se ha convertido en su propio verdugo, como

¹⁰En adelante se citará de la siguiente manera DI de la LE (Diccionario Ideológico de la Lengua Española, 1981).

podría interpretarse de las palabras que el Papa Juan Pablo II dirigió a su grey en la carta encíclica *Redemptor Hominis*:

El hombre vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer. (RH, 15)

Hay economías solventes, pero mal distribuidas, así es que abunda la pobreza. Pueblos enteros padecen hambre y carecen de lo elemental para una vida digna, a pesar de los crecimientos económicos que nada o muy poco aportan al desarrollo de los pueblos. Las tensiones políticas asustan. Se habla de libertad, pero sometidos a las nuevas y mitológicas creencias del poder representado por el dinero; han despertado adormecidas contiendas étnicas; los embates de la naturaleza toman desprevenidos a los menos favorecidos, víctimas de los desastres que el deterioro ambiental suscita, respecto a lo cual la Conferencia de Aparecida se pronuncia:

La creciente agresión al medioambiente puede servir de pretexto para propuestas de internacionalización de la Amazonia, que solo sirven a los intereses económicos de las corporaciones transnacionales... Además, constatamos el retroceso de los hielos en todo el mundo: el deshielo del Ártico cuyo impacto ya se está viendo en la flora y fauna de ese ecosistema; también el calentamiento global se hace sentir en el estruendoso crepitar de los bloques de hielo antártico que reducen la cobertura glacial del Continente y que regula el clima del mundo... (DA 86, 87)

El ambiente no solo es el aire que se respira ni el paisaje que contemplan los ojos. El ambiente es la cultura. Esta padece la amenaza constante de la humanidad y va sembrando inseguridades y pesadumbres, producto de nuevas esclavitudes, en medio de tanta libertad. Es así porque la pérdida de valores ha apostado peligros para que acechen en todas las esquinas. Los peligros se han convertido en el flagelo más poderoso contra la vida. En fin, es tanta y tan visible

la descomposición, que para ningún pensamiento cristiano puede pasar inadvertida, por lo que Juan Pablo II escribió:

Nuestro siglo ha sido hasta ahora un siglo de grandes calamidades para el hombre, de grandes devastaciones no solo materiales, sino también morales, más aún, quizá sobre todo morales. Ciertamente, no es fácil comparar bajo este aspecto, épocas y siglos, porque esto depende de los criterios históricos que cambian. No obstante, sin aplicar estas comparaciones, es necesario constatar que hasta ahora este siglo ha sido un siglo en el que los hombres se han preparado a sí mismos muchas injusticias y sufrimientos... (RH 17)

Los riesgos que suscitan los miedos y las angustias surgen también, como dice el Documento conclusivo, en las dimensiones socio-políticas, con tal virulencia, que se esparcen en todas direcciones contra los cuales no son suficientes los cuidados, porque las tribulaciones colocan barreras a las iniciativas y las acciones se paralizan, en una sociedad de valores adormecidos, como advierte el documento de Puebla en la tercera conferencia reunida hace más de treinta años:

El hombre eternamente ideado y eternamente elegido en Jesucristo, debía realizarse como imagen creada de Dios, reflejando el misterio divino de comunión en sí mismo y en la convivencia con sus hermanos, a través de una acción transformadora sobre el mundo. Sobre la tierra debía tener, así, el hogar de su felicidad, no un campo de batalla donde reinasen la violencia, el odio, la explotación y la servidumbre. (DP-184)¹¹

El destino de los pueblos en lo que de la dimensión socio-política depende, alcanzaría paliativos si los derechos humanos no son ignorados en una democracia que se respete como tal, con una auténtica participación de la ciudadanía y legítimas estrategias de comunicación. Tal vez, muy pocos han comprendido que sin una buena comunicación la convivencia se trunca; que el hombre no es una isla, a pesar del potencial de su inteligencia y que se requiere compartir aun los avatares cotidianos de la existencia (hogar, escuela, trabajo, iglesia), hasta atinar con los

¹¹En adelante se citará de la siguiente manera DP (Documento de Puebla 184-1979).

materiales adecuados para la construcción del bien común. Por eso Aparecida quiere recordar que el sustento de una buena comunicación parte de Dios y exclama: “Damos gracias a Dios que nos ha dado el don de la palabra, con la cual nos podemos comunicar con Él por medio de su Hijo, que es su palabra (cf. Jn. 1,1), y entre nosotros...” (DA 25)

La comunicación maltrecha es, con frecuencia, producto de la cultura y el nivel de educación que posean quienes tienen que ponerla en práctica, pues como reconoce el Documento conclusivo, “Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios...” (DA 44)

El Documento Conclusivo de Aparecida propone, por todas estas cosas, la consolidación de una América Latina y un Caribe sin antinomias, inculturada, coherente con su geografía y su historia. Inculturada, esta es la palabra que apunta hacia el vocablo primario: cultura. ¿Qué es y cómo es posible reconocerla? Porque de todo lo expuesto se desprende que al hablar del hombre hay que partir de tal concepto como referente primario para situarlo en el conglomerado social de su propia naturaleza, pero sin apartarse del evangelio de Cristo. En este sentido, la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano emite con claridad:

Quando Jesucristo, en la encarnación, asume y expresa todo lo humano, excepto el pecado, entonces el Verbo de Dios entra en la cultura. Así Jesucristo es la medida de todo lo humano y por tanto también de la cultura. Él que se encarnó en la cultura de su pueblo, trae para cada cultura histórica el don de la purificación y de la plenitud. Todos los valores y expresiones culturales que puedan dirigirse a Cristo promueven lo auténtico humano. Lo que no pasa por Cristo no podrá quedar redimido. (DSD 228)¹²

El meollo del asunto está en que el Evangelio tiene que hablarle a cada persona en su propia cultura porque de ahí deriva el propio pensamiento. Esto es lo que se llama inculturación del Evangelio, en la que se hizo marcado énfasis en la Conferencia de Santo Domingo, como puede constarse en el siguiente fragmento: “Esta evangelización de la cultura, que la invade hasta

¹²En adelante se citará de la siguiente manera DSD (Documento de Santo Domingo (228), IV conferencia del Episcopado latinoamericano, 1992).

su núcleo dinámico, se manifiesta en el proceso de inculturación, al que Juan Pablo II ha llamado centro, medio y objetivo de la Nueva Evangelización” (Discurso al Consejo Internacional de Catequesis, 26.9.92) (DSD 229)

Con esta confianza debe afincarse la mirada en la existencia de una fuerza superior llamada Dios, con suficiente poder para romper el caos y dar origen a la vida que, al surgir, lo hace en forma diversa en cualquier parte del orbe. De ahí aquello de los patrones culturales que, por razones de costumbres, hábitos o, en el mejor de los casos identidad, son transportados como resultado inevitable de los múltiples movimientos migratorios que día tras día ocurren en el mundo.

Panamá, por ejemplo, camino de cruces en los años coloniales y hasta la fecha por la existencia del Canal, es un buen modelo de la gran fusión de pueblos, lenguas y culturas procedentes de todas las masas continentales donde la vida existe. América toda es hija del mestizaje y en estos suelos conviven familias que bien podrían haber convertido el continente en la Babel de las lenguas indoeuropeas, africanas y orientales en coexistencia con las autóctonas de los grupos originarios. Aparecida lo acoge y, en este sentido se pronuncia:

Por otra parte, la riqueza y diversidad cultural de los pueblos de América Latina y El Caribe resultan evidentes. Existen en nuestra región diversas culturas indígenas, afroamericanas, mestizas, campesinas, urbanas y suburbanas...Existen también comunidades de migrantes que han aportado las culturas y tradiciones traídas de sus tierras de origen, sean cristianas o de otras regiones... (DA 56, 59)

América Latina y el Caribe se caracterizan pues, por tener rasgos pluriculturales y multiétnicos que al día de hoy solicitan, a las Instituciones de Educación Superior, buscar la internacionalización de la enseñanza, como una de las consecuencias de la mundialización que se opera y circula con el apelativo ya muy conocido de globalización. Entonces, la Real Academia Española de la Lengua resulta completamente asertiva al considerar que es culto quien cultiva los conocimientos y crece gracias al don y el ejercicio de sus facultades.

El ser humano, evidentemente, es un ser cultural. El único de la especie animal capaz de construir su propia cultura, agruparse en el seno de la vida social, enfrentar retos y procurar estrategias de supervivencia o normas de subsistencia, entre las cuales cabe la principal dotación de su estructura física y espiritual, cual es el transmitir mensajes gracias al lenguaje y, sobre todo, al manejo de la palabra con la que nombra la realidad y toma posesión del mundo.

2. La sociedad actual: heraldo del miedo y de la angustia

Nadie, en este siglo XXI que transcurre, está autorizado a negar la agonía de la sociedad o lo que Juan Pablo II llamó cultura de la muerte, porque la cultura ha entrado en una crisis sin precedentes, explicado el fenómeno en una síntesis sobrecogedora, en El cataclismo de Damocles del colombiano García Márquez y que a continuación se cita:

Así es. Hoy, seis de agosto de 1986, existen en el mundo más de cincuenta ojivas nucleares emplazadas. En términos caseros, esto quiere decir que cada ser humano, sin excluir a los niños, está sentado en un barril con unas cuatro toneladas de dinamita, cuya explosión total puede eliminar doce veces todo rastro de vida en la Tierra.¹³

De lo que ocurre en la sociedad se trata, por lo que en esa disposición de ideas, equidad obliga a darle un vistazo a la familia donde el miedo es la causa de los grandes conflictos y tensiones, pues “el miedo impide la abierta comunicación” y ocasiona reacciones de agresividad, debido también a asuntos de personalidad por aquello de que algunos tienden a ser dominantes: “lo mismo si son hombres o mujeres”, según se comprende del artículo miedo, agresión y dominación en el matrimonio escrito por Alfredo H. Altamira¹⁴

Recogidas así, sin fecha ni referencias inmediatas, porque los meses han borrado la precisión de los datos, de los medios nacionales e internacionales, se recuerda: La ONU anuncia oficialmente la hambruna en Somalia. La naturaleza se ensaña con el tsunami en Japón. Hay anuncios de huracanes, tornados e inundaciones. El hombre sigue apegado al atractivo económico

¹³ García Márquez Gabriel. Cataclismo de Damocles, discurso Ixtapa, México 1982. Pág. 25

¹⁴ Revista Centro de Investigación y Acción Social, No. 63, junio 1997

del narco tráfico y el narco lavado. El pandillerismo se toma las calles y el crimen organizado avanza. El miedo a la radiación cunde en Japón. Treinta y dos países están en guerra. Alerta por calor y pobre calidad del aire en los Estados Unidos anuncia CNN. En Villalobos vivieron momentos de terror por explosión de tanques de gas. Pánico por E. Coli en países europeos noticia que ocupa los diarios más importantes de Europa. ¡Alarma: niños practican juegos sádicos y satanismo! Autor de la masacre de Noruega planeaba atacar Londres. Cierra de tabloide tras 168 años de servicios, por intervenir el derecho a la privacidad. Y en grandes titulares lo siguiente: carencia de hospitales y medicamentos. Colegios sin instalaciones adecuadas ni la planta docente que necesitan. Hogares rotos. Familias sin techo.

Nada de esto sucedió ayer. Algunas son noticias de hace seis meses o más, pero su vigencia no ha espirado. Más y más reclaman espacio en este recuento, pero ¿habría que aumentar la lista para hacer creíble el caudal de calamidades que tienen al mundo debatiéndose entre la angustia y el miedo? El compendio es este: Secuestros, terrorismo, barcos que zozobran, sobornos, desgobierno, ambiciones, negación de Dios, por lo que las observaciones del Obispo de Bangladés, Mons. Gervás Rozario, presentadas en el Sínodo de los Obispos (2012) salen, como una luz a sustentar los dolorosos recuentos de la realidad actual:

...Actualmente hay un creciente número de desafíos a la fe en Dios, que incluyen el ateísmo, el fundamentalismo, el relativismo, etc. Por este motivo existe una urgente necesidad de evangelización y de re-evangelización que permita a las personas descubrir que Dios es el Ser único y supremo, Creador y Señor del Universo. (p. 2)

Al menos una veintena de páginas del Documento Conclusivo lamentan más que comentan, las series inacabables de factores de riesgo que impulsan esos estados emotivos causantes de la angustia y el miedo en el que sobrenada, para salvarse del naufragio, la sociedad latinoamericana y caribeña.

Resuenan como un eco, por la imagen mental que se forma, afirmaciones expuestas en filosofía del miedo aplicadas, claro está, al acontecer mundial y como una reflexión ante la naturaleza humana:

...El miedo a la vida, en todas sus expresiones alcanza acentos especialespatentes en momentos de mutaciones profundas. Tanto el diagnósticobiológico, como el diagnóstico sociológico lo ponen de manifiesto...Un cambio tanto de crecimiento como de degeneración, como ha sido desde los comienzos el cambio encarnado por la explosión industrial que ha llevado al mundo de la profunda ingobernabilidad de la era atómica y cibernética,produce un desequilibrio, una inseguridad, una ruptura de la armoníavital, existencial o institucional.¹⁵

Los miedos y las angustias son estados emotivos y “las emociones son reacciones que comprenden varios tipos de respuestas ante situaciones importantes para el individuo” (Antonio Cano Vindel. La ansiedad s/n 2004). Existen claves para vencer estas emociones, pero que hay que saber buscarlas y saber emplearlas. Para esto Cristo ofrece los recursos y, las fuerzas de los mismos, está en el Evangelio. Esta verdad que la Iglesia siempre ha proclamado tiene raíces muy hondas susceptibles de ser revisadas en textos como el que sigue:

Cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús a los pastores de Belén, sus primeras palabras fueron: << ¡No temáis! >>; Y cuando llevaron las santas mujeres en Jerusalén, la buena nueva de la resurrección de Jesús, comenzaron también por decir: << ¡No temáis!>>. Todo indica que el mensaje que Jesús vino a traer a los hombres y mujeres con su presencia en la Tierra y su muerte en la cruz era el destierro del miedo en nuestros corazones...¹⁶

Definitivamente, hay que evangelizar. Esa es la clave, pero hay que remozarla. Por eso los obispos reunidos en Aparecida, en el año 2007, propusieron a la Iglesia de América latina y del Caribe la realización de un renovado envío de los consagrados, para que fieles a Jesucristo, emprendan una nueva Evangelización. “Nueva evangelización significa promoción de una cultura más profundamente radicada en el evangelio.” Quiere decir descubrir <<el hombre nuevo>> (Ef. 4, 24) que está en nosotros gracias al Espíritu que nos ha sido dado por Jesucristo y por el Padre” (Sínodo de los obispos, Romano 13, Asamblea General Ordinaria, 2012)

¹⁵Uscatescu, Jorge Cuaderno, Filosofía del miedo. Cuadernos hispanoamericanos. Imprime Gráficas 82, S. S. MADRID 1958 p 86

¹⁶ Carlos G. Vallés, No temas, p 279)

Si esto se logra pasará a ocupar en la vida del hombre el sitio que le corresponde y el cristiano comprenderá que el ser hijo de María y hermano de Jesús, elevará su dignidad al puesto que Dios le asignó desde la creación a su imagen y semejanza, hijo suyo y por lo tanto miembro de su gran familia.

3. El miedo y la angustia

3.1. Concepto

Aunque ya han sido expuestas algunas consideraciones acerca del miedo, de las diversas formas como pueden presentarse y también una definición de diccionario, en este apartado es conveniente acudir a otras que obligan a tomar siquiera un libro y citar unas cuantas líneas. La selección está en la obra de Álvaro Jiménez Cadena, voz autorizada de la Iglesia consagrada en la orden de los jesuitas y doctorado en Psicología, quien ofrece en el libro *Quiero y puedo controlar mis miedos* (ediciones Paulinas, 2007) “principios de la psicología y control del temor, la angustia y las preocupaciones” (p.7).

Álvaro Jiménez Cadena, S.J. se refiere a los “espectros del miedo, la angustia y las fobias.” Parte de la interrogante que muchos se hacen: ¿Qué es eso que llamamos miedo o angustia, que todos experimentamos con frecuencia y que tanto nos hace sufrir? (p.18). La respuesta trata de integrarla con varias citas. Trae palabras de san Agustín, de Aristóteles y de un diccionario de Psicología. Entre todas, muy original y además muy cierta, hasta para quienes dicen no sentir jamás miedo, la de san Agustín, es tal vez la que haría falta según como se ha ido desarrollando el tema en estas páginas. Esta es la cita: “Si nadie me lo pregunta, lo sé. Pero si alguien me interroga, no lo sé definir” (p.18). Jiménez Cadena le da la razón porque “¿Qué difícil resulta explicar o definir el miedo!” (p.19)

Más de cien voces registradas por Julio Casares en el *Diccionario ideológico de la Lengua Española* ya citado en párrafos precedentes indican que el miedo, en cualesquiera de sus variantes, es consustancial al hombre y contamina la existencia, por lo que un recuento de los mismos da una imagen muy elocuente, de los que se reiteran algunos vocablos por su fuerza conceptual para ilustrar el tema que se está desarrollando: temor, recelo, cuidado, desconfianza,

pánico, asombro, terror, horror, fobia, sobresalto, alarma, inseguridad, peligro, amenaza y muchos otros de gran cercanía, en relación con los significados, de acuerdo a las variadas formas como se presente.

La gente comenta y muchos expertos afirman: hay miedos individuales y miedos colectivos. Analizadas algunas variantes casi se puede afirmar que eso es así: la mezquindad, la apatía, la indiferencia y el desgano son formas que adopta el miedo y cuando se evade el trabajo, molesta el éxito de los demás, la envidia a lo que otros tienen o alcanzan, la pereza para hacerle frente a los compromisos, corroboran la presencia de dañinas sombras.

El miedo, sin embargo, en la experiencia general y sin necesidad de sostener esta apreciación con fuentes de crédito, está en la estructura mental de todos los humanos sean niños, jóvenes o adultos: a estar solos, a la oscuridad, a lo desconocido, a los cambios, a la enfermedad, a los ruidos, a personas desconocidas, a hablar en público, a la muerte. Y, según la cultura y los niveles de instrucción y el sistema social, el miedo a lo sobrenatural que ocasiona tantas pesadillas y terrores nocturnos. Conocidas son en la mitología comunitaria las figuras fantasmales que adoptan mil y una formas registradas en la literatura universal.

Los miedos individuales, dictan las experiencias, proceden de lo cotidiano: amistades y familia, trabajo, distracciones, en fin, la convivencia en sociedad por no saber dar y recibir; no tener a quien abrirle el corazón cuando el alma grita; tener ansias de lo que se escapa de las posibilidades; aspirar a que las simpatías tejan aceptación y no rechazo; procurar calidad en las cosas materiales y no en la vida; falta de amor y ausencia de Dios.

Los miedos colectivos parten, mayormente, de los rumores y las alarmantes noticias que propagan estrategias de manipulación emanadas de las fuerzas de control social. Cuando van tras la búsqueda de hacer concretos intereses siempre muy personales, esos miedos colectivos tienen su historia, como también los miedos individuales, razón que ha motivado a Jean Delumeau nombrar la distinción hecha por la psiquiatría entre el miedo y la angustia que parecidos, responden y tienen componentes psíquicos afines pero no idénticos. Y de sus palabras se desprende que quienes se vanaglorian de no haber sentido jamás ninguna forma de miedo, en

realidad mienten, por lo que en una actitud de confianza reproduce de un reconocido pensador: “el miedo nada tiene que ver con el valor es tan propio de la naturaleza humana...la necesidad de seguridad es fundamental; está en la base de la afectividad y la moral humanas. La inseguridad es símbolo de muerte y la seguridad es símbolo de vida” (Delumeau, Jean. El Miedo en occidente. Editorial Taurus, primera edición. México 2005, p. 21.)

Miedos y angustias de la humanidad que la historia registra y que el pueblo de Israel siempre experimentó, deja claros testimonios en la Biblia. Múltiples ejemplos circulan en páginas de numerosos libros, como por ejemplo las que el jesuita Carlos C. Vallés cita en No temas (Edit. San Pablo, 2005). Él padre Vallés escribió:

Cuando lo ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús a los pastores de Belén sus primeras palabras fueron: << ¡No temáis! >>; y cuando llevaron a las santas mujeres en Jerusalén la buena nueva de la resurrección de Jesús, comenzaron también a decir: << ¡No temáis! >>. Todo indica que el mensaje que Jesús vino a traer a hombres y mujeres con su presencia en la tierra y su muerte en la cruz era el destierro del miedo de nuestros corazones. (p. 279)

Aparecida se muestra totalmente identificada con esta realidad y así pueden leerse desde la página diez hasta la cuarenta y seis, diversas expresiones que exhortan a mirar, con atención y cuidado, los modos de vida que en Latinoamérica y el Caribe remiten hacia esa definición que, en torno a este concepto dan estudiosos del temay que se constata en la fuente citada:

- ❖ Desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales y políticas (DA 10)
- ❖ Confusión peligros y amenazas por ideologismos gastados y agresiones irresponsables (DA 11)
- ❖ Caminos que conducen a la vida y caminos que conducen a la muerte (DA 13)
- ❖ Aflicción por los grandes cambios que experimentamos (DA 20)
- ❖ Clima relativista que nos circunda (DA 22)
- ❖ Mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio (DA 29)
- ❖ Manipulación por parte de la ciencia y la tecnología (DA 34)

- ❖ Desconocimiento de las tradiciones culturales, porque no se transmiten de una generación a otra (DA 39)
- ❖ Ausencia de un sentido unitario y completo de la vida humana (DA 41)
- ❖ Desvanecimiento de la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios (DA 44)
- ❖ Se deja de lado a la preocupación por el bien común (DA 44)
- ❖ Imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y tendiendo a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores (DA 46)
- ❖ Se prefiere vivir día a día, sin programas a largo plazo, ni apegos personales, familiares y comunitarios (DA 46)
- ❖ Maltrato a la dignidad de la mujeres, tráfico de personas, desigualdades en el trabajo, la política y la economía (DA 48)
- ❖ La globalización como proceso promotor de inequidades e injusticias múltiples (DA 61)
- ❖ Subordinación de la economías locales a las industrias internacionales (DA 66)
- ❖ Regresión a formas de gobierno autoritaria por vía democrática (DA 74)
- ❖ Falta de credibilidad en la instituciones públicas (DA 77)
- ❖ Crecimiento de la violencia (DA 78)
- ❖ La naturaleza ha sido agredida, y las aguas tratadas como si fueran una mercancía negociable (DA 84)

El libro *Controlar mis miedos* (Librería Paulinas, Bogotá 2007, p. 20) ofrece la siguiente explicación: “El miedo es la reacción ante un peligro externo al individuo, definido y de naturaleza más o menos conocida”

Antonio Cano Vindel en *La ansiedad* (Bogotá, 2004) expresa: “Las emociones son reacciones que comprenden varios tipos de respuesta ante situaciones importantes para el individuo.” (p. 9) Quizás el ejemplo más notorio sea el miedo.

¿Quién dijo miedo? Publica la revista *Didascalia*, en artículo que alude a los síntomas de miedo que la misma iglesia padece y por eso va hacia las palabras de Juan Pablo II “No tengáis

miedo”¹⁷, palabras que en varios momentos pronunció el mismo Jesús, de lo cual hay testimonio en Hechos, consejo que Pedro también admite y expresa en su primera carta. (cfr. 1Pedro 3, 14) y que su santidad Benedicto XVI, como si hubiesen estado de común acuerdo, utilizó en el discurso inaugural de la quinta Conferencia:

¡No teman! ¡Abran, más todavía, abran de par en par las puertas a Cristo!... Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada- de los que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Solo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana... (DA 15)

Se advierte, a pesar de ello, dicho con palabras de José María Mardones (Iglesia viva Núm. 114, noviembre-diciembre 1984) que los cristianos tenemos miedo a la libertad. La causa es que la iglesia formada por gente, conforma los mismos problemas propios de la condición humana y sabe de lo que son rumores, opinión pública, discusiones, críticas y debates y se enfrenta a las consecuencias de la libertad de pensamiento y el tener o el poder expresarlos. En consecuencia, “la fe corre el peligro de estar fuera del tiempo y no decir nada de <<los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres>>”¹⁸

Monseñor Alberto Iniesta expresa enfáticamente:

La Iglesia no debe temer a la sociedad...La Iglesia es para el mundo, y debe amar al mundo y a los hombres, de manera afectiva y efectiva, no solo haciendo el bien, sino haciendo el bien con bondad. Si, a pesar de todo, alguna vez recibiera como respuesta el desaire, el insulto, la calumnia o la persecución debe seguir el ejemplo del Maestro, que siempre devolvió bienpor mal, hasta morir por los mismos que lo torturaron y asesinaron inicualemente.¹⁹

Esto indica que ese estilo de vida que el Señor demostró es el camino por donde los cristianos, discípulos y misioneros deben trazar el rumbo de sus pasos.

¹⁷Didascalía. Publicada por la institución salesiana XLIII N. 1, 419 Argentina 1989 p. 57

¹⁸ Iglesia viva, artículo (Tenemos los cristianos miedo a la libertad) Núm. 114, noviembre-diciembre 1984, pp. 526-532

¹⁹ Iniesta, Alberto “¿Quién dijo miedo?” Didascalía No.1; Revista 419 año 1989, p.38

3.2. Miedos que experimenta el ser humano

El miedo, pues, adopta diferentes formas y expresiones. También la angustia adopta diversas maneras para tomar posesión del ánimo.

De estudiar la angustia, también trata este trabajo porque es otro de los padecimientos a los que el hombre -según los expertos- tiene que perderle el miedo, pues se presenta con una serie de síntomas que van desde los fisiológicos, hasta los cognitivos y conductuales.

Aunque el miedo es natural y también miente quien afirma no haber sentido nunca una forma de miedo, surgen dudas: ¿Existen motivos que expliquen los temores y el estrés en el ser humano? ¿Se puede reflexionar teológicamente acerca de estos sentimientos y acerca de los múltiples peligros y angustias de una vida carente de valores? ¿Es posible identificar objetivamente las causas que ocasionan angustias y miedos en la población? ¿Se pueden comprometer las acciones de pastoral en un desafío para hacerle frente a los miedos que caracterizan la época actual?

La ansiedad y el miedo, según el Dr. Xavier Caseras “Son respuestas normales de nuestro organismo que se producen frente a peligros potenciales (la ansiedad) o reales (el miedo) han estado presentes desde el origen de nuestra especie y nos han servido para subsistir y mantenernos en el planeta.” (Trastorno de la ansiedad, 2009, p. 37)

La ansiedad y el miedo, efectivamente, son respuestas normales ante un peligro; pero la Iglesia poseedora de la divina revelación, puede reflexionar teológicamente ante esos males. El remedio está en todo cuanto existe, porque en la creación que fue hecha por el infinito amor de Dios, está su presencia. Dios que es infinitamente misericordioso siempre tiene algo bueno para todos y lo ofrece con amor.

4. La población panameña y los embates del tiempo

El miedo ha estado siempre en la historia de la humanidad. La misma Biblia abunda en ejemplos en los que el concepto figura, ya sea nombrado directamente, cuando no en abstracciones que insinúan las reacciones anímicas de los israelitas visto así tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Panamá atraviesa por situaciones límite que ojalá queden plasmadas en los libros para que haya memoria histórica y evitar que vuelvan a suceder. Los avances dados a conocer son, en realidad, maquillajes para cubrirle al rostro de la nación. Al respecto, la Conferencia Episcopal Panameña (2010 – 2013) se ha pronunciado y en Itinerario Misionero cita datos muy concretos acerca de los “excluidos e insignificantes, la riqueza que genera pobreza, avances que ocultan otras realidades, alto nivel de politización en la administración de la justicia, gobernabilidad fuertemente comprometida etc.” (Conferencia Episcopal Panameña. Itinerario Misionero 2010-2013, pp. 8-10)

A ojos vista, pulula la descomposición de valores reflejada en la ausencia de criterios y conductas que garanticen gobernabilidad. Luego tendría que sumarse la creciente inseguridad de los ciudadanos. La canasta básica con precios inalcanzables para el denominador común de la población. El aumento cada vez más alarmante de las familias disfuncionales, razón que tal vez sea la causa de las uniones naturales. La violencia en los hogares reflejada en el alto índice de mujeres asesinadas, a manos del que fue su compañero y es tal vez el padre de sus hijos.

Hay inversiones multimillonarias que ponen a Panamá en niveles de alto crecimiento económico, sin que este se deje sentir en el desarrollo de los grupos marginados. La clase política decepciona a la población. Es visible la falta de transparencia en la ejecución de los proyectos. El transporte colectivo resulta caótico. Los políticos elegidos por el voto popular, sobornan y son sobornados.

De todo esto, las noticias dan cuenta con informes que siembran en el ánimo estados emotivos de ansiedad y en los casos más alarmantes, verdaderos sentimientos de miedo y angustia, por lo que la Iglesia católica constantemente emite llamados al gobierno.

Hallar los recursos para aliviar los males que, esparcidos por el mundo, tienen a la humanidad en una atmósfera irrespirable, requiere una gran fe en Dios, vivir esa fe y hacerla patente con la oración individual y en los sagrados recintos, como aconsejan los obispos del continente Americano y Caribeño, pues: “al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como hijo de Dios y a llamar a Dios Abba.” (DA 157)

Se necesita buscar orientación en el magisterio de la Iglesia y renovar el discipulado de Cristo. Encíclicas, exhortaciones apostólicas, cartas de las diferentes conferencias episcopales, por citar algunas fuentes documentales, traen inmensos y profundos conocimientos llenos de sentido para tal fin.

Jesucristo que es verdadero Dios y verdadero hombre representa la cumbre de esa divina revelación. Por lo tanto en su palabra está el remedio para contrarrestar los miedos y las angustias. Sencillamente hay que seguir a Cristo y, en ese seguimiento, hacer que todos se encuentren con Él. Dicho de otro modo, en el Evangelio está la clave para vencer los obstáculos que oscurecen el corazón del hombre.

La razón que impulsa este enfoque, vistas las circunstancias de este mundo, están cimentadas en documentos propios del magisterio ofrecido por la Iglesia. Esto sustenta la selección de las dos encíclicas y la exhortación apostólica estudiadas en el segundo capítulo, por su valioso contenido para guiar la misión pastoral e impulsar la evangelización que los tiempos solicitan.

Capítulo II

Evangelización para estos tiempos

La mente humana se ve agitada permanentemente por la fuerza de los deseos. Cuanto más deseos, más desasosiego, más insatisfacción y menos paz. A menos deseos, mayor quietud mental, más paz. Sobre la paz han reflexionado a lo largo de los siglos:

Tanto los filósofos de la política como los cultivadores de las ciencias sagradas y religiosas... Los filósofos han definido la paz principalmente como ausencia de guerra... el pensamiento cristiano ha elaborado un conjunto de ideas que tienen como finalidad dar una contribución positiva al concepto de paz sobre las huellas del shalom hebreo, llevado a término por Jesús.²⁰

La doctrina sobre la paz ha evolucionado desde un concepto negativo (ausencia de guerra) hasta la noción actual del término: “paz positiva o ausencia de violencia en las relaciones humanas o paz social, pero también paz ecológica y paz interior.”²¹ En todos los tiempos se ha hablado de paz, sin embargo, siempre ha habido guerras; se han planteado grandes teorías acerca de la paz y los desastres de la guerra, pero ésta sigue presente en la sociedad humana. Por ello el deseo de paz es permanente, aunque “muchas veces ignora la naturaleza del bien que anhela y los caminos que sigue para alcanzarlo no son siempre los que Dios ha establecido.” (León-Dufour, Xavier, Vocabulario de teología bíblica, p.656) A la humanidad le cuesta mucho aceptar la paz como un don de Dios que sólo se alcanza si le permitimos ocupar el lugar que le corresponde en el corazón del hombre. Se descubre con mucha frecuencia cómo los que hablan y luchan por la paz, a través de los medios de comunicación y en los grandes foros, muchas veces se olvidan de Dios y pretenden alcanzar este don divino. La paz comienza en Dios y alcanza su concretización en el corazón humano.

El amor al prójimo es garantía de paz. Así lo ha comprobado la historia una y otra vez: “...es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste

²⁰Luciani, Alfredo, Catecismo social cristiano, San Pablo, Bogotá 2005, p. 247

²¹Pérez Bernad, Susana, Orígenes de la Cultura de Paz, en <http://www.suite101.net/educacion-formacion>, consultado el 20 de abril de 2012.

justamente en que en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco...” (DCE)²² Pero, es claro que “...si en mí vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina...” (DCE 18)

¿Cómo lo ha visto la Iglesia en el transcurso de su historia? Conocer sus planteamientos obliga a fijar la mirada en documentos cuyo contenido recoge los pensamientos, a través de los cuales se aspira orientar a pastores y laicos, de quienes se espera capacidad para conducir la vida por los senderos que Dios ha trazado.

Esto se hará en el segundo capítulo donde serán estudiados, a grandes rasgos, tres importantes documentos de la Iglesia: *Pacem in terris* de Juan XXIII, *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI y *Redemptoris missio* de Juan Pablo II. De cada uno se analizará el contexto histórico, se presentará una visión global y se desarrollará algunos de los aspectos más importantes de los mismos.

Angelo Roncalli, después de un largo recorrido por distintos países como Delegado apostólico, Nuncio apostólico y Patriarca de Venecia, fue elevado al pontificado el 28 de octubre de 1958, tomó el nombre de Juan XXIII. El Papa bueno había experimentado de cerca los desastres de la guerra y la falta de tolerancia entre los pueblos, las culturas y las religiones. Descubría, además, cómo la falta de tolerancia provocaba grandes conflictos que muchas veces conducían a la guerra.

Juan XXIII fue elegido como un Papa de transición “...sorprendió a todos con la convocatoria de un concilio ecuménico, inaugurado por Él mismo, el 11 de octubre de 1962...” (*Pacem in terris* p. 6)²³ Esta fue la gran obra del papa bueno, aunque su obra alcanza límites mayores. Ciertamente, el Concilio Vaticano II es la obra eclesial más importante del siglo XX, pero la influencia de Juan XXIII alcanzó al mundo entero en todos los sentidos, incluso modificando profundamente las relaciones entre la Iglesia y la sociedad. En 1961 publicó la

²²En adelante se citará de la siguiente manera DCE (Deus caritas est) Benedicto XVI- No 18, 2006

²³ En adelante se citará de la siguiente manera PT (*Pacem in terris*, p. 6) Sebá López, Hernando, Guía de lectura y estudio de la Carta de Juan XXIII.

encíclica *Mater et magistra* en la que “analiza con claridad los cambios que se habían llevado a cabo en el mundo después de finalizada la II guerra mundial.” (PT, p. 6) Al acabar la II guerra mundial, la Iglesia se encontró ante un panorama totalmente distinto. Por ejemplo, la cuestión social ya no era sólo una cuestión de los obreros, sino que todas las clases sociales se ven implicadas en la llamada cuestión social. Además aflora el drama del Tercer Mundo que se va quedando rezagado.

Si bien era cierto que había terminado la II guerra mundial, no era menos cierto que las amenazas de una posible III guerra mundial se cernían sobre la sociedad mundial. Juan XXIII desde siempre había visto a la paz como el tema central de su ministerio sacerdotal. Durante su tiempo como Delegado pontificio y como Nuncio apostólico había reforzado su convicción de que la paz era el anhelo de Dios y de la humanidad. No obstante, el panorama no era nada alentador. Su pontificado tenía:

Como telón de fondo el recuerdo de la primera bomba atómica en Hiroshima en agosto de 1945. Rusia probó la suya en 1949 e Inglaterra en 1952. Estados Unidos experimentó la primera bomba de hidrógeno en 1952; le sigue de cerca Rusia en 1953,..., e Inglaterra en 1957. Francia llegó a ser potencia atómica en 1960. (PT, p. 7)

Ciertamente no se puede olvidar que a la par de todas estas amenazas para la paz, se daba también un avance considerable en lo científico y técnico. Por otro lado se da la separación entre los países desarrollados y subdesarrollados. En medio de todo este acontecer mundial se recibe la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII. Fue un gran acontecimiento. Jefes de estado de muchos países y otras grandes personalidades la “exaltaron y catalogaron como un documento realista, valiente, oportuno y de una gran sabiduría.” (PT, p. 7)

La *Pacem in terris* es una encíclica clara y sencilla que rehúye la polémica y la crítica. Está estructurada en cinco partes expuestas didácticamente. En la primera el Papa se refiere a cómo deben los hombres ordenar sus relaciones de convivencia. La segunda parte muestra cómo deben ordenarse las relaciones de los ciudadanos con las autoridades públicas de cada Estado.

Ascendiendo en la temática, la tercera parte señala cómo deben relacionarse entre sí los Estados. Por otro lado, la cuarta parte muestra cómo deben coordinarse de una parte, los individuos y los Estados, y de otra, la comunidad mundial de todos los pueblos. Ya la quinta parte presenta unas normas para la acción temporal de los cristianos. En esta quinta parte el Papa exhorta a los católicos a participar activamente en la vida pública y a colaborar con el progreso del bien común de todo el género humano. Invita a una pastoral de la presencia. Además, el papa denuncia la incoherencia entre fe y vida de muchos cristianos que intervienen en la vida pública pero no hacen sentir, con su conducta, la influencia del Evangelio.

1. Pacem in terris o los derechos del hombre

El Dios de los cristianos es un ser trinitario que vive en comunión y participación. Ese Dios movido por el deseo de que su creatura participara de su amor, lo creó a su imagen y semejanza: “cuando Dios creó al hombre lo creó a su imagen, varón y mujer los creó y les dio su bendición.” (cf. Gn 27–28) Esto permite afirmar que todo ser humano es sagrado; que su dignidad y reconocimiento no dependen de otros seres, de Dios vivo creador que lo hizo partícipe de su vida y misión; lo hizo persona con capacidades de inteligencia y libre albedrío lo cual significa que, al hablar de los derechos humanos, ha de hacerse con la convicción de que ellos son propios de su naturaleza e inherentes a su dignidad como creatura de Dios. Así lo recalca el Papa Juan XXIII cuyas palabras alumbran el camino, al recordar que “el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes que salen de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son por ello, universales e inviolables y no se puede renunciar a ellos, bajo ningún concepto” (PT, p. 9) Juan Pablo II siguiendo el camino de sus predecesores le recuerda al mundo que:

El hombre es criatura de Dios y por esto los derechos humanos tienen su origen en Él, se basan en el designio de la creación y se enmarcan en el plan de Redención. Podría decirse, con expresión atrevida, que los derechos del hombre son también los derechos de Dios.²⁴

Los Papas, continuando la obra de Dios, iluminan la senda y tienen siempre presente que el fundamento de todos los derechos del ser humano descansa en la dignidad de la persona.

²⁴ Juan Pablo II, discurso 7-4-98, No. 3

La doctrina social de la iglesia describe los derechos humanos como:

- ✓ **Naturales:** tienen su procedencia en Dios, “Nadie, ni persona singular, ni el grupo, ni la autoridad, ni el estado pueden modificarlos y mucho menos eliminarlos, porque tales derechos provienen de Dios mismo” (Christi Fidelis Laici No. 38)²⁵
- ✓ **Universales:** los que por derecho le corresponden a todos los hombres. Sin diferencias de nacionalidad, raza ni religión se poseen por ser persona humana. Su fuente es la dignidad de la persona humana
- ✓ **Inviolables:** porque nadie está autorizado a lesionar los derechos de la naturaleza humana
- ✓ **Inalienables:** el hombre no puede renunciar, ni negociar estos derechos que les son propios
- ✓ **Imprescriptibles:** el tiempo no los afecta, no pierden su valor; perduran
- ✓ **Objetivos:** no dependen de las condiciones personales; son para gozarlos en absoluta plenitud

Toda reflexión acerca de los derechos humanos tiene que pasar por el tamiz de cuán importante es tomar conciencia del significado de los derechos del hombre, a nivel individual y social, para que en el día a día, éstos sean reconocidos, defendidos y promovidos. Cuando cada uno sea consciente de que a los hijos de Dios corresponde hacer presente el amor del creador, construir la fraternidad y, a imagen de Dios practicar la unión con los demás, se hará realidad esta verdad de fe.

La iglesia, como continuadora de la obra salvífica de Dios en la tierra, ha de anunciar y defender la dignidad que al hombre pertenece. Por eso debe mantener cercanía con las personas. El fundamento es Dios mismo fuente y garantía de todos los derechos.

La iglesia latinoamericana ha tomado mayor conciencia y con su valor profético sigue desarrollando, desde la palabra de Dios, testimonio de la humanidad cristiana, acciones de pastoral dispuestas a promover los derechos de la persona. La tarea es ardua, por las

²⁵ En adelante se citará de la siguiente manera ChL (Christi Fidelis Laici) Exhortación Apostólica. Post-Sinodal, Juan Pablo II

discrepancias con los grandes poderes, entre los cuales se colocan economía y política con estructuras en muchas ocasiones asfixiantes, alienantes y opresoras. De allí que la historia registre la existencia de una iglesia cuya labor en bien de los demás, haya tenido que pintar su rostro con la sangre derramada por consagrados, dispuestos a ofrecer su vida en sacrificio, en su opción por la verdad y por los derechos del hombre. Quizá no es tan conocido, porque a veces esto no se difunde, que en el mundo hay una iglesia martirial; una iglesia que ha tenido que aportar sangre de obispos, sacerdotes religiosos y laicos comprometidos, cuyo testimonio fiel y valiente del sentido cristiano de la vida, ha hecho realidad las palabras de Jesús “no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos.” (cf. Jn. 15, 12-17)

Hombres y mujeres que, identificados con la defensa de la vida han rechazado injusticias y atropellos en bien de una sociedad más justa y fraterna y hoy, son el mejor ejemplo de la fidelidad en el compromiso con sus hermanos. A esto se refirieron los Obispos en Puebla y emitieron con énfasis:

La iglesia siente como su deber y derecho estar presente en el campo de la realidad: porque el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política. Critica a quienes tienden reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia. (DP 515)

La humanidad construye su vida día a día, enfrentada a un mundo globalizado, excluyente e interesado por el bienestar de unos pocos, pues al confundir los valores y darle prioridad al tener más que al ser, borra los derechos propios de la persona, sistema injusto carente de equidad puesto que favorece a unos pocos y margina a las mayorías.

Hambre, miseria, explotación, marginación, violencia, opresión, secuestros y desapariciones; indígenas excluidos y explotados; exiliados políticos; culto al narcotráfico; explotación sexual y pérdida absoluta de valores, son unos de los tantos nubarrones que oscurecen la esperanza de los pueblos.

Los sistemas económicos y políticos inclinan su balanza hacia unos pocos como comenta el documento de Puebla. El paso del tiempo muestra en escala ascendente la lista de los ricos, cuya fortuna se incrementa a costa de muchos pobres, cada vez más pobres. Millones de niños, jóvenes, adultos, ancianos trabajadores, obreros campesinos, son reducidos a vivir en la miseria producto de la mezquindad y el egoísmo de políticas económicas desconocedoras de los derechos inalienables que tienen los seres humanos, a quienes se les coaccionan las libertades y se les mutila el pensamiento.

Hoy como ayer, millones de voces reclaman principios fundamentales de libertad, justicia y equidad, frente a unos poderes políticos y económicos que obsesionados por la permanencia en el poder, engendran miserias y violencia. (DP 31-40)

Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras, de modo que se correspondan con legítimas aspiraciones del pueblo, en su incansable búsqueda de valores cimentados en la justicia social. Esto, si se ha dado, reclama mayor dinamismo en la experiencia de América Latina.

Puebla, casi fotográficamente, ofrece imágenes desalentadoras. No obstante, esas mismas imágenes pueden ser propicias para una reafirmación de la fe en Cristo con la cual se ha de luchar para mejores opciones de vida. Así, la extrema y generalizada pobreza; los niños maltratados desde el vientre materno; las familias disfuncionales cuyos hijos padecen deficiencias irreparables y la juventud que marcha a la deriva por carecer de orientación y trabajo, las etnias marginadas; los campesinos explotados y desposeídos de sus tierras; los obreros que no reciben la remuneración que su trabajo amerita y el desempleo, sumado también las viviendas de miseria donde prima el hacinamiento y la ausencia de lo indispensable para el pan comer; los ancianos que parece nacieron solos; la gente abandonada a su destino de pobreza sin salud, educación y techo, convocan a la realización de acciones dispuestas a borrar esos rostros que reflejan miedos y angustias por los regímenes políticos que abusan del poder y gobiernan amparados en la fuerza y la represión, tal vez indiferentes a todas esas calamidades de su pueblo.

Angustias, expone el citado texto, “ante un ejercicio de justicia sometida o atada” (DP 42) “angustias por la violencia de la guerrilla, del terrorismo y de los secuestros realizados por extremismos de distintos signos que igualmente comprometen la convivencia social.” (DP 43)

La realidad de hoy pide fijar la mirada en los signos de los tiempos y leer la vida, según la voluntad de Dios y el magisterio de Cristo. Sin el Evangelio corremos el peligro de equivocar las acciones y extraviar el rumbo.

Hoy como nunca, con este mundo y esta historia, la vida implora mayor atención y examinar los signos de los tiempos cristianamente, con la antorcha del evangelio, si el deseo consiste en orientar los pasos guiados por los designios de Dios. Empezar este viaje con el Evangelio en la conciencia es el salvoconducto indispensable para arribar al puerto de salvación construido por Dios.

1.1. La paz de acuerdo al orden establecido por Dios

La paz regalo de DIOS, “suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no se puede establecerse ni consolidarse si no se respeta el orden establecido por Dios.” (PT, 1) Así lo afirma el Papa Juan XXIII, por lo que el magisterio de la iglesia, al hacerse eco de sus recomendaciones, recuerda el llamado a todos, hacia un compromiso que procure la paz.

La Sagrada Escritura informa que el evangelista Lucas retoma las palabras de Jesús: “La paz sea con ustedes o paz a esta casa.” (cf. Lc 10, 5) El evangelista identifica, en las palabras de su maestro, el precepto que invita a luchar por el bienestar de los demás, liberándolo de todo tipo de opresión y haciéndolo participe del reino de Jesús. La paz que Él transmite libera al oprimido y trae salud a los enfermos. La paz que Él ofrece crea lazos fraternales, es beneficio para todo el género humano; expresa respeto a la vida y alivio a las necesidades. Impulsa el compromiso de la solidaridad y hace posible que prevalezca la justicia. De esta manera muestra, ofrece y acerca su Reino.

Durante sus tres años de vida pública, Jesús educó a sus discípulos para que cultivaran en el corazón este gran valor, absolutamente comprometido con el amor de Dios y seguro de que solo de Dios procede y viene a los hombres, para que estos puedan vivir en convivencia fraterna, llamados a “...construir la civilización del amor y edificar la paz y la justicia...” (DP 1188)

La paz y la justicia van de la mano; tienen nexos indisolubles y son consustanciales a la instauración de una sociedad, donde los seres humanos puedan llegar a su plena realización como personas y donde se respete y favorezca su dignidad. El ser humano es custodio de su propio destino, constructor de su historia, protector de sus decisiones y debe cumplir la misión de cimentar bases para la obtención de un mundo armónico, tarea de cada despertar porque la resurrección y el encuentro personal con Cristo tiene que repetirse en todos los lugares, así como ocurrió con los peregrinos en el camino de Emaús.

La paz, como valor permanente, exige mentalidades dispuestas al cambio, congregadas en sociedades justas que sean heraldos de la justicia y estén dotadas de capacidad para denunciar las conductas antagónicas. Una sociedad donde el hombre esté anuente a vivir “...el amor de Dios que redime al mundo y alborea ya un hombre Nuevo en un mundo nuevo.” (DP 191)

La paz no puede ser una posibilidad y menos una realidad si, al interactuar, la conducta del hombre es incompatible con el bienestar y con una auténtica comunicación y respeto a la dignidad de sus semejantes.

Los pueblos necesitan gobiernos comprometidos con la realización de políticas firmes y serias que los constituyan en árbitros de la paz, la tolerancia, la fraternidad, la distribución equitativa de las riquezas y la caridad en el amor de Jesús. La doctrina social de la iglesia católica al hablar de la responsabilidad de los dirigentes manifiesta: “es indudable que todos debemos asumir nuestra cuota de responsabilidad en la construcción de la paz cualquiera que sea el puesto que ocupemos en la sociedad.” (Doctrina Social de la Iglesia, Cap. XIV)²⁶

²⁶En adelante se citará de la siguiente manera DSI (Doctrina Social de la Iglesia)

Siguiendo este orden, es importante prestar atención al Pontífice Juan Pablo II: “Evidentemente la responsabilidad comporta grados. El de los jefes de Estado, el de los dirigentes políticos es capital para el establecimiento y el desarrollo de relaciones pacíficas entre diferentes componente de la nación y entre los pueblos.” (Juan Pablo II, Mensaje del 1-1-84)

El mundo sin paz no merece ser mundo; pero la paz iluminada con los tintes de la verdad y justicia, debidamente sostenida por la caridad, hasta cuando lo despertares cotidianos borren las noticias que atomizan la angustia y el miedo: violencia, terrorismo, secuestros, guerrillas, opresión, venganza y odio, como si el ser humano de hoy desconociera el valor de la paz y los consejos de Cristo: “os he dicho estas cosas para que halléis paz en mí” (cf. Jn.16, 33) palabras que ayudan al ser humano a moldear en la esperanza tan ansiado sueño, paralelamente al compromiso con DIOS y con el mundo.

Hoy como nunca, la prudencia juzga oportuno superar la ingenuidad que visualiza la paz al alcance de la mano, alejada de escollos, cuando la verdad aconseja resolución y ánimo bien dispuesto para afrontar arrogancia, incomprensión, intolerancia y miedo, líneas divisorias, angustiosamente insalvables para arribar a la cultura donde esta gracia es posible. Ante los riesgos, el hombre acude a mecanismos de defensa cubriendo los reales sentimientos de frente a los demás, porque no percibe la presencia del hermano, sino el fantasma del enemigo de quien se defiende en forma agresiva. Por eso son refrescantes las palabras de Pablo: “la paz de DIOS que sobrepasa todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo. Lo que habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, esto deben practicar y el DIOS de la paz estará con ustedes.” (cf. Flp 4, 7-9) Dios mismo en persona es expresión de paz, fraternidad, reconciliación y solidaridad. El papa Juan Pablo II preocupado por el mundo, por las guerras y violencias existentes, en su mensaje del 1 de enero de 2004 afirmaba:

La paz siempre es posible siempre se debe cooperar para erradicar de la cultura y de la vida las semillas de amargura e incomprensión presente en ella, así como la voluntad de prevalecer sobre el otro, la arrogancia del interés particular y el desprecio de la identidad ajena.” (DSI cap. XIV.2 la paz p.322)

El perdón es un valor que humaniza más a los humanos porque se nutre con sustancias más firmes; por eso libera, repara, transforma, como lo enseñó Jesús a sus discípulos. “Entonces acercándose Pedro le preguntó: Señor ¿Cuántas veces he de perdonar a mis hermanos? no te digo hasta siete sino hasta setenta veces siete. (cf. Mt 18, 22) Así lo demostró el venerable y recordado beato Juan Pablo II, quien regaló en vida un testamento que sirve al hombre de hoy y de todas las épocas, cuando fue capaz de perdonar en 1982, después que atentara contra su vida, a Ali Agca, a quien visitó para ofrecerle su perdón. Perdonar a quien intentó quitarle la vida es un testimonio del seguimiento de Cristo. Perdonar es uno de los grandes retos que la humanidad debe asumir con coraje, como lo hizo él.

Perdonar es el camino más seguro para llegar a la paz y hacer efectivo el amor. Quien no lo acepta reniega de sí mismo, pues aún no ha nacido el ser que pueda subsistir carente de lazos de fraternidad y tolerancia.

1.1.1. Justicia, verdad, amor y libertad, valores que deben ser permanentes

Justicia, verdad, amor y libertad son valores permanentes que tienen como base y fundamento el amor compasivo, acogedor y sanante de Dios. Así lo experimentó el pueblo de Israel a quien el Señor reveló la rectitud de todos sus caminos, y la belleza de su Alianza; por lo que convertir estos valores en una praxis común y cotidiana, equivale a comprender la obra de salvación de Aquel que revela que es “Padre de los huérfanos y tutor de las viudas es Dios en su santa morada” (cf. Sal 68, 6), puesto que “Dios da a los desvalidos el cobijo de una casa, abre a los cautivos la puerta de la dicha, mas los rebeldes quedan en un suelo ardiente.” (cf. Sal 68, 7) Por lo cual, quien pretende ser fiel a Dios ha de hacer del amor, la justicia, la verdad y la libertad un programa de vida: “En vez de defender la justicia, los jueces debe defender la causa del huérfano y del desvalido, al pobre y oprimido, hacerle justicia, salvar al menesteroso y al necesitado y librarlo de la mano del impío.” (cf. Sal 82, 2-4)

El pueblo israelita, tal como lo narra el Antiguo Testamento, debía legislar para el ejercicio de la justicia social. Taxativamente Dios les dice: “aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda.” (cf. Is 1,17)

Esto lo expresan los profetas pues descubrieron y enseñaron que el ser imagen y semejanza de Dios significaba vivir cotidianamente estos valores.

Jesús retoma el camino anunciado por los profetas de su pueblo y piensa en la justicia como práctica inmediata para restaurar, de manera conciliadora, las relaciones entre el pueblo y sus opresores. Asoció la justicia con la salvación “busquen el reino de Dios y su justicia” (cf. Mt 6, 33), por lo que al seguir su ejemplo, hace visible el rostro de Dios y abre los oídos a la escucha de su voz que llama a vivir en el amor y proclamar la libertad.

Durante su vida mantuvo una voluntad firme y sincera, perseverante en el camino del bien, base del compromiso asumido para con Israel. Cristo tuvo hambre y sed de justicia, y con estas convicciones, llevó la cruz hasta el calvario, cruz que simbolizaría desde entonces, liberación del pecado opresor. También, desde la cruz, deja el sano principio del perdón, como un testamento para la humanidad y llave para abrir las puertas del cielo. Palabra que, al reconciliar al hombre con Dios, traza desde el padre el camino seguro para vivir cada día generando justicia y, en tal sentido, transformación de la sociedad.

Esta praxis de fe encarnada queda revelada plenamente cuando Jesucristo manifiesta que todo aquello que hagamos a los demás a Él se lo hacemos. Y con ese eco la carta de Santiago afirma que “La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo.” (cf. St 1, 27)

Hoy como ayer, la sociedad vive en el cuadrilátero donde se disputan poderes y donde los seres humanos son clasificados como si fueran productos manufacturados en una fábrica. (Clases sociales, niños marginados). La justicia no encuentra el camino para romper las cadenas que la tienen sometida. Existen explotados y explotadores, marginados y privilegiados, viudas y mujeres abandonadas, jueces alejados de la imparcialidad, inocentes en las cárceles, inseguridad; brecha profunda entre ricos y pobres, excluidos, inestabilidad política y económica. La inestabilidad aturde, por lo cual el mundo espera una respuesta sincera y responsable.

Las palabras del Señor de la gloria indican el sentido del camino y la meta del cristiano: “entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre.” (cf. Mt 13, 43) Y si en esto consiste la llamada de Dios, la vocación del ser humano y la aspiración que los cristianos debemos tener, entonces necesitamos dejar reinar a Dios y vivir en la cotidianidad estos valores, para crecer como personas, ciudadanos e hijos de Dios comprometidos con la verdad, principio fundamental que permite a los seres humanos relaciones sanas y ordenadas en íntima armonía con su dignidad.

El despertar de cada día deja oír en el mundo voces de clamor por un orden que no conviva con el engaño y la mentira, cuyo único crédito es colocar al ser humano en el umbral de la destrucción y la muerte “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto.” (cf. Rm 8, 22) “Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios.” (cf. Rm 8, 19) La verdad trae a la sociedad tranquilidad y sosiego; se convierte en atalaya para, desde allí, vislumbrar la honestidad y la confianza y asumir las enseñanzas del Evangelio, la verdad en toda su plenitud, hasta vivir según el ejemplo de Cristo.

Es responsabilidad de todo ser humano buscar la verdad. Darla a conocer con sus obras y acciones, lo cual evidencia del credo que profesa. Obrar con la verdad implica fidelidad a Dios, a uno mismo y a la palabra dada. Cuando el ser humano cumple con su responsabilidad, manifiesta respeto a Dios y hacia los demás.

El amor habla por sí mismo y se manifiesta en gestos concretos y sencillos: en la comprensión, el diálogo, el perdón y la solidaridad. Vivir el amor como valor hace crecer al ser humano, lo desarrolla y trasciende (cf. 1 Co 13, 1 ss.) puesto que deja fuera todo tipo de rencores y resentimientos. Lo que muchas veces la justicia no puede alcanzar el amor lo logra puesto que los hechos y las obras, son las palabras que no necesitan decirse.

La conversión personal es el mejor nutriente para cultivar una vida justa y verdadera, que conduzca hacia la libertad. Esto solamente se logra con el reconocimiento de los principios inalienables y fundamentales propios de los seres humanos. La verdad construye la dignidad

humana; construye el discernimiento para elegir entre el bien y el mal y obrar de acuerdo a los dictados de la claridad de conciencia, en tanto que la libertad garantiza el ejercicio ciudadano de derechos y deberes, sin ser subyugados. Una vida de esta manera, obliga moldear las conciencias y transformar la humanidad en un conglomerado de personas transparentes e íntegras.

1.2. Deberes y derechos del hombre:

Los diversos documentos del magisterio de la iglesia y de los organismos nacionales e internacionales que hablan, discuten, reflexionan, sobre el importante tema de los deberes y derechos del hombre, convergen en su parecer acerca de la insoslayable misión que corresponde al hombre, en cuanto al tomar conciencia de que vivir plenamente su humanidad cobra valores en proporción al reconocimiento de los deberes y derechos que su propia dignidad reclama.

La conferencia episcopal colombiana preocupada por la defensa de la dignidad del ser manifiesta:

La proclamación y defensa de los derechos humanos es exigencia de la condición de miembros de la condición humana y de hijos de Dios apoyamos a quienes, aun con grandísimos riesgos siguen firmes en su tarea de defender los derechos de los pobres, marginados y desplazados. Estimulamos la búsqueda de sinceridad y honestidad en el ejercicio del poder.²⁷

Los deberes y derechos resultan indispensables para que el hombre pueda desarrollarse y vivir íntegramente como individuo, en el seno de la estructura social de la que es miembro, en obediencia a su natural condición. A la sociedad compete garantizar al hombre seguridad, protección, desarrollo físico, intelectual y moral y dar fiel cumplimiento a estos principios como ente jurídicamente organizado, sin menoscabo de los mismos, pese los vaivenes políticos de los sistemas gubernamentales. No obstante, el reconocimiento de estos exige que:

El poder político está obligado a respetar los derechos fundamentales de la persona humana. Y administrar

²⁷ Conferencia Episcopal Colombiana, fe y coherencia moral, 12/07/97

humanamente justicia en el respeto al derecho de cada uno, especialmente al de la familia y de los desheredados.

Los derechos políticos inherentes a la ciudadanía pueden y deben ser reconocidos según la exigencia del bien común y no pueden ser suspendidos por la autoridad sin motivo legítimo y proporcionado. El ejercicio de los derechos políticos está destinado al bien común de la nación y de toda la comunidad humana. (Catecismo de la Iglesia Católica 2237)²⁸

Si el ser humano tiene el deber de obrar correctamente en el bien, debe tener también las garantías de poder hacerlo sin que haya ninguna situación que se lo impida. A esta facultad se denomina derecho. El derecho es el poder con el que el ser humano cuenta para hacer, omitir, poseer o exigir algo de acuerdo a las normas morales o leyes sociales.

Toda persona tiene derecho a la vida, a la libertad, a la integridad, independientemente de su etnia o su sexo. Idioma y creencia religiosa jamás deben marcar límites a la libertad de expresión. El hombre debe gozar de facultad para investigar, emitir su opinión, difundir su pensamiento. El ser humano tiene derecho a conservar incólume su prestigio, a la privacidad de su vida y la de su familia; a recibir protección, a la seguridad de residencia y territorio, a la salud y el bienestar; a la inviolabilidad de su correspondencia, a la educación, cultura y recreación; al mejoramiento espiritual y físico, a la seguridad social. Esto que es un precepto divino, derivado del mandamiento del amor, aparece tratado de manera categórica en el documento de Puebla:

La realización se obtiene gracias al ejercicio de los derechos fundamentales, eficazmente reconocidos tutelados y promovidos. Por eso la iglesia experta en humanidad, tiene que ser voz de los que no tienen voz...correspondiéndole una actividad de docencia, denuncia y servicio... (DP 1268)

Deberes y derechos recíprocos van de progenitores a vástagos y viceversa: asistir, educar, cuidar, observar la ley y obedecer a las autoridades del país, servir a la comunidad y cooperar con el estado.

El Nuevo Testamento atribuye a Dios como Padre. Esto que es palabra revelada Él es la fuente de toda paternidad humana. (cf. Ef 3, 14) Esto lo reafirma luego su hijo... Los hijos

²⁸De aquí en adelante se citará de la siguiente manera CIC (Catecismo De La Iglesia Católica, número 2237)

mirando el plan Divino deben vivir en la tierra respetando, honrando a su Padre y madre. (cf. Ex 20, 12) El respeto nace del hecho de que por pura gratuidad, mediante el don de la vida y el amor, han traído a los hijos al mundo y los han ayudado a cuidar, alimentar, educar y crecer, por lo tanto los hijos tienen que ser dóciles y obedientes. También la ley de Dios recuerda que los hijos tienen responsabilidad de ayudar material y moralmente a sus padres, en los años de su vejez, puesto que “el hogar constituye un medio natural para la iniciación del ser humano en la solidaridad y en las responsabilidades comunitarias. Los padres deben enseñar a los hijos a guardarse de los riesgos y degradaciones que amenazan a la sociedad humana.” (CIC 2224)

El derecho es algo sumamente necesario para que la convivencia social se realice, como norma que regula los conflictos e intereses planteados en una sociedad. De allí parte el respeto a las leyes y el evitar todo lo que lo pueda colocar el bien en otros apartados ajenos a su existencia. Así es como la conciencia ayuda al hombre a determinar los actos de la voluntad.

En lo más íntimo de su ser descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer. Esto surge espontáneamente desde adentro: es la voz de la conciencia que llega al corazón, resuena en los oídos y advierte que debe distanciarse del mal, amar y practicar el bien. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, la obediencia consiste en la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. No rara vez, sin embargo, ocurre que yerra la conciencia por ignorancia invencible, sin que ello suponga la pérdida de su dignidad. Cosa que no puede afirmarse cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien y la conciencia se va progresivamente entenebreciendo por el hábito del pecado “la conciencia, nos indica la existencia del deber, de esta obligación que impone a la voluntad como norma interior de nuestras acciones.” (GS 16)

1.2.1. Paz en la tierra para el hombre del siglo XXI

Uno de los sueños más acariciados por la humanidad es vivir en un mundo donde la paz sea posible. Este gran anhelo, aspiración de todos, se ha convertido en la gran búsqueda y el punto en el que todas las buenas gestiones se encuentran. Hay que hacerla realidad y saber edificarla. La paz no surge por casualidad, sino por gestiones compartidas, el trabajo y el esfuerzo de quienes ansían que la violencia y el terror, la violencia y el caos, sean sustituidos por el amor única fuerza que construye y vence el odio. En esto coinciden eminentes pensadores, escritores, líderes religiosos y políticos quienes, a una voz, expresan que solo tomados de la mano, podrán los hombres adquirir la fuerza para implantar el orden, defenderlo, cultivarlo y transmitirlo.

El ser humano vive hoy bajo el régimen de nuevas esclavitudes, yugos que rebasan los peligros comunes, ante la escalada de violencia y conflictos armados. Son situaciones que exigen una mirada reflexiva, hasta dar con el punto donde la convivencia entre los seres humanos sea de paz y no de guerra.

Modelos socioculturales diversos se muestran aturridos por la escucha de angustiosos gritos, emitidos desde los cinturones de marginación, sabedores de que se pregonan deberes y derechos ajenos a su realidad. El mundo reclama una economía más justa y equitativa, comprometida con distribuir los recursos entre todos y no entre unos pocos.

Aunado a ello, el mundo científico técnico ha traído copiosas ventajas y visibles progresos que, a la par, han conspirado contra la dignidad humana.

Casi a diario los medios de comunicación invaden las conciencias con alarmantes noticias que en fracción de segundos llenan la geografía mundial; noticias que o bien deterioran la fe o no la dejan acercarse a quienes carecen de ella. Despojan de apoyo moral a los débiles, sin brindarles nada a cambio acarreando como consecuencia el desprecio a la vida. Así las cosas, surgen estrategias políticas alimentadas con decisiones como la legalización de prácticas abortistas, apego desmedido a los bienes materiales, en niveles colindantes con el desprecio de aquellos menos favorecidos por el dinero, pues se mide al hombre no por lo que es, sino por cuánto tiene.

El consumismo ocupa los gustos y tergiversa las razones que pueden llevar hacia la felicidad. Sesgos de los tiempos que aconsejan traer a la memoria las palabras de Juan Pablo Segundo, dadas a conocer en la bula de convocación al gran jubileo del año 2000: “Ante todo el signo de la purificación de la memoria que pide a todos un acto de valentía y humildad para reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de cristianos.” (Incarnations Mysterum, p. 21)²⁹

La paz es el mayor bien, pero requiere de todos un compromiso serio y responsable con la verdad, dialogante, donde todos se sientan tomados en cuenta, donde las diversas opiniones sean respetadas, para que buscando siempre el bien, se transforme en la antorcha con la cual ha de orientarse el mundo. El mundo de todos, sin privilegios ni exclusiones. La paz debe erigirse conforme a la justicia, en un ambiente donde cada persona reciba de la vida la porción que le corresponde según los designios de Dios; donde impere la caridad que hace a los hombres más hombres y cercanos en el amor.

El Concilio Vaticano II, preocupado por la paz en la tierra, recuerda:

Para construir la paz es preciso que desaparezcan primero todas las causas de discordia entre los hombres, que son las que engendran guerras; entre estas causas deben desaparecer principalmente las injusticias. No pocas de estas injusticias tienen su origen en las excesivas desigualdades económicas y también en la lentitud con que se aplican los remedios necesarios para corregirlas. Otras injusticias provienen de la ambición del dominio, del desprecio a la persona, y, si queremos buscar causas más profundas, las encontraremos en la envidia, la desconfianza, el orgullo y demás posiciones egoístas. Como el hombre no puede soportar tantos desórdenes, de ahí se sigue que, aun cuando no se llegue a la guerra, el mundo se ve envuelto en contiendas y violencias. (GS 45)

A pesar de todo, dar soluciones a los problemas que enfrenta el ser humano hoy es un camino largo y complejo pero no imposible. La ruta la sabemos. Solo falta el consenso de querer

²⁹De aquí en adelante se citará de la siguiente manera IM (Incarnations Mysterum) Bula de convocación del Gran Jubileo, 2000 Juan Pablo II.

caminarla fundada en la verdad, la justicia, el amor y la libertad, en su desarrollo integral para que el hombre el siglo XXI alcance metas de concordia y hermandad.

2. Evangelii nuntiadi para estos tiempos

La sagrada escritura transmite una verdad sostenida por testigos oculares. El evangelista Juan recoge las palabras con las que Jesús confiere a sus discípulos una misión: “como el Padre me envió así los envío yo.” (cf. Jn 20, 21-22) Jesús, el Hijo de Dios encarnado, es enviado al mundo para mostrar el amor eterno, infinito e incondicional del Padre. Él es el único que ha visto al Padre, es el único que ha bajado del cielo, quien no sólo habla, sino que es la Palabra Viva de Dios; es quien comunica y, sin medida, entrega el Espíritu.

Jesús, como gran pedagogo, hizo que sus discípulos conocieran el Evangelio del Padre, les enseñó a vivir ese inigualable programa de vida y más tarde los envió a compartir con los demás esa buena noticia: “vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio.” (cf. Mc 16, 15)

Evangelio significa Buena noticia, motivo por el cual Jesús es llamado el Evangelio del Padre; es evangelizador por excelencia; nos ha revelado que Dios es un Padre amoroso, misericordioso y compasivo. Jesús es quien anuncia el reino; la salvación que libera al hombre del mal y de toda esclavitud. Jesucristo trae un proyecto de amor “para que tengan vida y vida en abundancia.”(cf. Juan 10, 10)El hombre recibe esta buena noticia como gracia y, al recibirla, inicia un camino de conversión expresado como un regreso interior, “Metánoia” un cambio de mente y corazón. La santidad es consecuencia y fruto de la metánoia. El Señor Jesús inicia su ministerio público invitando justamente a la metánoia: «convertíos (metanoete) y creed en la Buena Nueva» (cf. Mc 1,15). “Y el encuentro con Jesús vivo mueve a la conversión” (S. S. Juan Pablo II, *Ecclesia in América*, 26)

La iglesia continúa la misión recibida por su Señor. Ella reconoce que no tiene una misión propia, pues debe asumir la misma de Cristo. Y es el Espíritu Santo, enviado por Cristo desde el Padre, quien realiza y lleva a plenitud la acción salvadora de la iglesia. La iglesia, a través de la

evangelización, manifestará el misterio escondido en Dios. La iglesia es, por su autor y Señor, instrumento necesario para la salvación de los hombres.

La Iglesia está llamada a ser el rostro visible de su esposo y esto sólo es posible cuando ella se ciñe una toalla al cinto y lava los pies a los hermanos.

El ser humano es el receptor de toda misión salvífica de la Iglesia. “...Ya no se dirige solo a los hijos de ella y a quienes invocan el nombre de Cristo, sino, sin vacilación, a la humanidad entera...” (GS 2) Toma en consideración las diversas relaciones que viven los seres humanos, puesto que el hombre no es una isla sino que vive en relación con los demás es allí donde experimenta sus angustias y gozos pero confiados siempre en el amor de Dios.

El Papa Pablo VI en la exhortación apostólica **Anuncio del evangelio**, nos regala, para hoy, una gran enseñanza sobre el sentido y la misión de la Iglesia al comunicarnos que:

Evangelizar significa llevar la Buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad... La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en palabras, lo mejor sería decir que la iglesia evangeliza cuando por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos.³⁰

Por tanto, evangelizar no es el simple anuncio de un contenido doctrinal. La evangelización implica el Misterio del Dios Trinitario y el misterio del hombre, Iglesia y contenido de fe, Palabra de Dios y lenguaje humano, adoración y compromiso, celebración y sacramento, oración y coherencia, sentido humano y salvación de Dios, personalización y comunidad, novedad e historia, realismo y esperanza, experiencia y trascendencia, capacidad pedagógica y sentido de la oportunidad, escucha y comunicación, compasión y misericordia.

³⁰De aquí en adelante se citará de la siguiente manera EN (Evangelii Nuntiandi 18) Sebá López Exhortación Apostólica. San Pablo No18, pp 30, 31

Esto supone, naturalmente, no perder de vista al destinatario del anuncio y las condiciones en las que éste pueda acoger la propuesta del encuentro liberador con el Resucitado, de forma que provoque la respuesta de adhesión al Dios de la vida que en Cristo se nos ha revelado. Debemos tener en cuenta que en el proceso evangelizador está en juego, pues, el quién – esto es –, la Iglesia y las personas; el qué, el misterio del amor de Dios revelado en Jesucristo por la fuerza del Espíritu, y el cómo, es decir, la metodología adecuada para que – en la era de la comunicación – el modo de comunicar no ofusque la experiencia de la fe, y por lo tanto, el encuentro con Jesucristo vivo.

¿Por qué una nueva evangelización? Naciones, países, pueblos grandes y pequeños que en un tiempo eran eminentemente de fe católica están sometidos a dura prueba e, incluso, muchos han optado por el indiferentismo, el secularismo, el agnosticismo y el ateísmo, en otras palabras, el pluralismo y secularización que hacen que las sociedades sean cada vez más complejas y de pensamiento débil. Además:

Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el sacramentalismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. De igual forma nos preocupa una espiritualidad individualista. Verificamos asimismo una mentalidad relativista en lo ético y religioso. (DA 100)

Los cambios de paradigmas en el pensamiento y en la sociedad contemporánea nos plantean un escenario diferente para la evangelización. Esta nueva situación coloca a la sociedad ante dificultades que provocan fracturas entre la fe y la vida, por lo cual plantea retos a toda la iglesia. En este escenario, se eleva como magnífico consejo la propuesta que el papa Juan Pablo II, de feliz memoria, presentara en Haití en 1983, cuando habló de “nueva evangelización” en el contexto del V Centenario de la evangelización de América e hizo un programa para toda la iglesia: toda ella debería ser Nueva en ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión, para que de esta forma El evangelio llegue a todos los destinatarios.

El Nuevo Ardor al que hace referencia Juan Pablo II no es otra cosa que la santidad de vida que debe inflamar los corazones y que debe traducirse en un apostolado comprometido,

alegre, lleno de entusiasmo y vitalidad. Nadie da lo que no tiene, verdad constatada más de una vez.

Ante una era de cambios profundos, de nuevos retos y gigantes desafíos, el Evangelio debe dar respuesta a un ser humano que se ha transformado. La Nueva Evangelización a la cual convoca la iglesia exige una aproximación creativa y resuelta, siempre fiel a la esencia de la fe. En vistas a ello, hay que estar abiertos a la asimilación de aquellos medios y métodos que respalden las tareas apostólicas, haciendo más asequible la presentación de la fe a los hombres y mujeres de hoy. No se trata, pues, de asumir lo nuevo por lo que tenga de llamativo. Tampoco de permanecer aferrados a lo convencional, solamente por tratarse de lo acostumbrado. Se trata de asumir e incorporar al anuncio de la Buena Nueva todo aquello que contribuya a la misión apostólica, siempre a la luz del Plan de Dios y de los valores permanentes del Evangelio.

La fe es un modo de vida. De ahí que en cada cultura y época de la historia, la vivencia del único Evangelio del Señor Jesús se torna concreta de manera propia, con sus acentos específicos y particulares, pero nunca en menoscabo de la globalidad del mensaje revelado. Y es que la vivencia del Evangelio no se agota en una experiencia cultural o en un espacio temporal determinado. La grandeza y universalidad de su mensaje están por encima de las distintas épocas o culturas. “No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida y las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazareth Hijo de Dios.” (EN 22)

La evangelización no puede conformarse con mínimos, sino que ha de presentar la vida y la vocación de los cristianos a la santidad. Requiere un anuncio de la palabra de Dios, una exigencia en métodos personalizados testimoniales y comunitarios, una fuerte renovación espiritual de los agentes de pastoral, vivencia espiritual y testimonial fuerte, sin duda ni ambigüedades.

2.1. Hombres nuevos para tiempos nuevos

La iglesia en el transcurso de la historia, cumpliendo el mandato de su Señor, se ha esforzado en llevar el anuncio de la buena noticia a todos los hombres. Como depositaria de la fe en Jesucristo quiere cumplir lo que el apóstol Pablo en su carta a los corintios pide a sus hermanos: “revestíos del hombre nuevo y reconciliaos con Dios.” (2 Cor 5, 20)

La acción del evangelio en su búsqueda de la salvación, anuncia, llama al bautismo, a la conversión y la caridad. Jesús invita al cambio de mentalidad y de actitudes. Es por eso que el evangelista Marcos evoca aquellas palabras de Jesús: “El tiempo se ha cumplido. El reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la buena Nueva.” (cf. Mc 1, 15) El evangelio es una llamada a la adhesión personal a Cristo que se realiza por la fe; es un proceso de apertura a la conversión que prepara para recibir el evangelio de Jesucristo, vivir el bautismo y formar parte de la comunidad eclesial.

La conversión supone también creer en el Evangelio. Y el Evangelio, como dice San Marcos ya desde el comienzo de su libro, es Cristo mismo.

El evangelio de Jesucristo debe ser anunciado en todo el mundo y a todas las culturas donde se encuentre el hombre; debe llegar hasta los que no lo conocen ya que la iglesia es responsable, por mandato de su Señor, de que todos lo conozcan en todos los pueblos de la tierra. (cf. Gal 1, 16)

El momento ha llegado; en Jesús el tiempo se cumple; aquel a quien los profetas y la escritura esperaban llegó, por consiguiente, el Reino es una realidad. Sus obras, milagros y la predicación son el comienzo de un mundo nuevo; el rostro nuevo de una sociedad, puesto que refleja los valores de Cristo encarnado, porque Dios así lo quiere para todos los hombres. Propuesta definitiva para reconocer el Reino. (cf. Lc. 2, 10) Creer significa conformar la vida según la palabra de Jesús y su llamada. Como Abraham, quien impulsado por sus creencias queda registrado en la historia como el cálido ejemplo de saber escuchar los signos de los tiempos.

En efecto, el Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, como está escrito en la profesión de fe en el credo niceno constantinopolitano, renunció a su esplendor divino: “Se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte.” (cf. Flp 2, 6 ss.) Como dicen los santos Padres, Dios realizó el *sacrum commercium*, el sagrado intercambio: asumió lo que era nuestro, para que nosotros pudiéramos recibir lo que era suyo, ser semejantes a Dios.

El apóstol San Pablo, al referirse a lo que sucede en la vida del bautizado, usa esta imagen: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo.” (cf. Gal 3, 27) Eso es precisamente lo que sucede en el bautismo: revestirse de Cristo, pertenecerle. Significa entrar en una comunión existencial con él, quedar mutuamente compenetrados: “Ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí.” (cf. Gal 2, 20)

Utilizando la imagen del ropaje que el apóstol Pablo, al referirse al bautismo señala, podría expresarse que Cristo tuvo esa misma experiencia puesto que, en su vida cotidiana, experimentó la angustia, el dolor, la tristeza, el cansancio, las desilusiones, el miedo y con ese sentimiento, el temor a la muerte; pero también la paz, la calma, la serenidad, la esperanza y vencer el temor a la muerte. Lo que expone en la carta a los Gálatas como simple hecho del bautismo -el don del nuevo ser-, San Pablo lo presenta como compromiso permanente:

Debéis despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo....y revestiros del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. (cf. Ef 4, 22-26)

Por el bautismo, el cristiano se ha revestido de Cristo, imagen y prototipo del hombre nuevo, creado a imagen de Dios y tiene delante de sí la misión de hacerlo crecer hasta la realización plena. Lo nuevo que debe resumir todo el ser y quehacer del hombre está en el corazón, ya que la sagrada escritura reafirma que es en el corazón del hombre donde nacen las buenas o malas intenciones, por lo tanto, hay que orientar el corazón hacia el horizonte donde

está Cristo, con vías a reconocerlo, amarlo, servirle y serle fiel. Esto se convierte para el hombre en algo fundamental; es el compromiso que adquiere para toda su vida y como cristiano hijo de Dios, debe vivirlo en cualquier estado de vida, en el lugar donde se encuentre y la situación que se le presente. Pablo diría “porque esta es la voluntad de Dios, Nuestra Santificación (cf. Tes 4, 3).” (LG 39)

La santidad es una exigencia para todos. El mundo de hoy reclama hombres nuevos que con su conducta religiosa y moral, en conformidad con el modelo dejado por Jesús, sean capaces de presentar al mundo un testimonio mediante la purificación incesante de todo aquello que va en detrimento de su propio ser. “...el mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos...desapego de sí mismo y renuncia...” (EN 76) Pues todos estamos llamados a la santidad, a pertenecer a aquel que por excelencia es santo.

La construcción, día tras día, de este hombre nuevo lleno de santidad constituye el objetivo primordial de la vida cristiana y del apostolado en la Iglesia. De aquí que sea necesario meditar asiduamente en la riqueza y hondura del don del bautismo y del compromiso que conlleva, individual y comunitariamente, porque “todo el organismo de la vida sobrenatural del cristiano tiene su raíz en el santo bautismo,” (CIC 1266) ya que éste le hace capaz de creer en Dios, de esperar en Él y de amarlo mediante las virtudes teologales; le concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo; le permite crecer en el bien mediante las virtudes morales.

2.2. La conversión diaria y el dictado de la conciencia

La exhortación *Evangelii nuntiandi* recuerda a la humanidad que:

Evangelizar significa para la iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad...lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando por la sola fuerza divina del mensaje que proclama trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos. (EN 18)

El evangelista Lucas en la Carta a los hebreos manifiesta que la Palabra de Dios estimula efectos que mueven hacia la conversión.

La Palabra de Dios es viva y eficaz. Es más aguda que cualquier espada de doble filo, y penetra hasta lo más profundo del alma y del Espíritu, somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón. Nada de lo que Dios ha creado puede esconderse de él; todo está claramente expuesto ante aquel a quien tenemos que rendir cuentas. (cf. Hb 4, 12-13)

La conversión es un proceso; un cambio de vida que se hace realidad a través de la acción del Espíritu Santo, fuerza conductora gracias a la cual toda creatura responde a Jesucristo en la fe. También por esta acción del Espíritu Santo, el hombre se purifica y restablece en lo íntimo de su ser la imagen de Cristo. Esta obra de purificación se logra con el arrepentimiento, puesto que al rechazar el pecado se reactivan los lazos con Cristo. La conversión es a la vez personal y social. Si bien denota básicamente un cambio en la relación con Dios, indica al mismo tiempo una transformación de la conducta individual hacia los demás. La conversión es un acontecimiento espiritual, con consecuencias sociales de largo alcance; implica aceptar a Cristo no sólo como Salvador del pecado, sino también como Señor de toda la vida.

Jesús, a sus discípulos, en la última cena dijo: “Ustedes ya están limpios por la Palabra que yo les he dicho.” (cf. Jn 15, 3) La palabra tiene efecto purificador. Por eso el mismo profeta Jeremías da a conocer la Palabra como “fuego purificador.” (cf. Jr 23, 29) Pentecostés fue fuego: limpió las mentes y los corazones de la Iglesia naciente. La Palabra quema como el carbón encendido que purificó los labios de Isaías, antes de que fuera enviado a profetizar.

La conversión marca el paso del hombre viejo al hombre nuevo, de un modo de vivir a otro, de una escala de valores a otra, de los dioses falsos del poder, del placer para tener al Dios vivo de Jesucristo. La conversión pide, por tanto, una fuerte renuncia y ofrece una total liberación. No es fácil; hay que vencer luchas y obstáculos. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.” (Mc 8,34) Evangelizar supone un proceso de superación de resistencias o lo que es lo mismo, echar demonios.

La conversión al Evangelio se realiza dentro de un caminar que puede ser para unos largo y para otros corto; es un seguimiento. La conversión inicial es la respuesta que los hijos de Dios brindan al encuentro con Jesucristo Vivo. Dice el Concilio Vaticano II: “...este paso, que lleva consigo un cambio progresivo de sentimientos y costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse poco a poco durante el catecumenado...”³¹

La conversión al Evangelio es un cambio radical: Tenéis que nacer de nuevo, dice Jesús a Nicodemo. (cf. Jn 3, 7) Este cambio radical es expresado también de otras formas, como un paso de la sed al agua de la vida, (cf. Jn 4) de la ceguera a la luz, (cf. Jn 9) de la muerte a la vida. (cf. Jn 11)

El ser humano necesita conversión porque en él habita también el mal, de allí que la conversión no debe dejar espacios vacíos ni prolongarse en el tiempo. Al contrario, tiene que marcar un ritmo en el día a día. El maestro Jesús experimentó en su existencia, como ser humano, el tener que elegir entre el bien y el mal. De esto dan fe los evangelios. Jesús fue tentado por Satanás padre de la mentira y tuvo que enfrentarse a la radicalidad de su opción por el reino y sus valores. El hombre, al igual que Jesús, se presenta ante la vida con plena libertad de elegir entre Cristo y su evangelio. Optamos por vivir o morir en desvalores.

Esta lucha librada por Jesús pone a prueba el justo orden de la humanidad, su camino y su historia. Se trata de definir aquello que tiene importancia fundamental en la vida: los valores del Evangelio edificados sobre la verdad y la vida; la santidad y la gracia; la justicia; el amor y la paz; la misericordia y el perdón o la cultura de la muerte.

La conversión es la condición para entrar, recibir y acoger el Reino de Dios. Implica un cambio de rumbo, de mentalidad, de forma de vivir, de pensar, de creer, de amar. Envuelve y transforma todas las dimensiones de la vida. La conversión es, fundamentalmente, un cambio de actitud que nace de adentro y se expresa en la vida concreta, viviendo según la escala de valores y

³¹ Decreto Adgentes 13, Vaticano II

las opciones del Reino. Quien se convierte no puede seguir viviendo de la misma manera que antes; si su vida no transparenta ese cambio, la conversión no existe, es una farsa.

La conversión es la respuesta a la oferta del Reino que está presente en este mundo. Ser, pensar, elegir en la vida toda, social, política, económica, familiar y actuar de acuerdo a esas opciones, equivale a decir sí o no a la presencia del Reino. Ya lo decía proféticamente Medellín hace más de 25 años: “Todos los hombres necesitamos una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros el Reino de justicia, de amor y de paz.”³²

La conversión mide la adhesión que se tenga a Jesús y a la Causa por la cual vivió, murió y resucitó: el Reino de Dios.

La verdadera conversión pasa por el cambio de las relaciones que se asuman con Dios y con los demás: “¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano, a quien ve?” (cf. 1 Jn 4, 20)

Los profetas señalan con claridad y coraje la relación que existe entre cambiar de vida y volverse a Dios, y el compromiso eficaz por la justicia y la solidaridad.

Nuevamente se aprecia el interés del profeta por subrayar que a Dios no se llega con prácticas exteriores, por más piadosas que éstas sean, sino que el verdadero acceso es a través del amor concreto a los demás, en la búsqueda de la justicia.

La iglesia como madre y maestra considera importantísima la edificación de estructuras humanas, más justas y fraternas, que respeten los derechos humanos. También es consciente de que los sistemas más idealizados se pueden convertir en inhumanos si las inclinaciones desordenadas del hombre no lo son, si no hay sinceridad en una conversión del corazón y de la mente de parte de quienes tienen la responsabilidad de regir las cosas públicas.

³² De aquí en adelante se citará de la siguiente manera DM (Documento de Medellín, Justicia 2, 3)

2.3. El evangelio para vencer el temor y la angustia

La palabra Evangelio significa gran noticia, buena noticia. Marcos dice que Jesús empezó a predicar diciendo que había llegado la Buena Noticia del Reino de Dios. Los evangelistas presentan a Jesús proclamando la buena nueva de la llegada del reino, después de la pascua. La buena y gran noticia se centra en la muerte y resurrección de Jesús. Después, el evangelio pasó a designar la totalidad del mensaje cristiano.

La misión de Jesús es realizar la voluntad del Padre. Sus acciones están inspiradas y son aprobadas por la voluntad del Padre que crea, salva, redime, libera y santifica. Él hace visible el rostro del Dios invisible y tangible la divinidad de su amor en medio de la humanidad. Es fiel al cumplimiento de las disposiciones del Padre y a su querer de la salvación de todos los hombres del conocimiento de la verdad. Esto explica los hechos que nutren la conducta de Jesús y su permanente misión.

Que esto lo comprendieran los líderes religiosos y políticos de su tiempo, lindaba con lo imposible. Nunca un judío se atrevería a llamar a Dios Abba (papito), con una confianza tan clara y abierta que muchos consideran blasfemia y, por si fuera poco, el hecho de que Él desde su humanidad conociera el pensamiento de Dios y dijera actuar como el Padre Dios.

Este hombre que proclama la buena nueva es causa de división y controversia. La sabiduría de sus palabras y la coherencia firme y valiente de su mensaje con su vida es tan grande, que sus adversarios quedan confundidos. El pueblo le tiene gran estima y lo admira; los dirigentes religiosos, en cambio, sienten temor a tal punto, que muchos lo evitan porque su decir cuestiona las falsas seguridades.

Él participa y se identifica con las realidades de todos los que sufren y suplican a Dios por su liberación. Se trata de una empatía solidaria con que los abandonados, desolados en su caminar, olvidados de sus líderes y hace realidad la esperanzadora profecía de Isaías que anuncia una situación diferente para los pobres y desdichados de este mundo.

Jesús vio su actividad liberadora como una lucha, una guerra contra el poder del mal, convencido de que el Reino de Dios acabaría triunfando sobre el reino de Satanás, imbuido de su capacidad para captar dónde está el mal, y no dejarse confundir por las falsas apariencias de mostrar el mal con los colores del bien.

Jesús trataba de educar a la gente en el desprendimiento y en la despreocupación, en el perdón, inmerso en una realidad y en un pueblo que vivía en la presencia de continuos conflictos: ofensas, guerra, agresividad y venganza. Jesús les propuso algo diferente: perdonar que para Él significa aceptar, comprender, sanar las heridas, puesto que el perdón es base esencial para la paz y la justicia.

Jesús vino a este mundo a liberarlo del mal, por eso se hizo solidario con los hombres de su tiempo y todos los tiempos. Nos regaló buenas noticias para que las tengamos presentes en nuestro diario vivir, porque Él, conocedor del alma, sabe que las angustias que son intranquilidad o desazón ante el peligro, desgracia o sufrimiento intenso, provocan reacciones profundas en el ser y se manifiestan en lo físico del hombre, por lo tanto, sus enseñanzas son siempre nuevas, son bálsamos para el alma y refugio en medio de la tormenta.

La vida del hombre se compone de las decisiones buenas o malas que tiene que tomar en la vida. Jesús le ofrece un proyecto de vida que lleva a la felicidad. Él declara que las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1- ss.), son la mejor dicha a la que un ser humano puede aspirar ya que el bienaventurado tiene una actitud de apertura a Dios como son los pobres de espíritu, los que desean ver la voluntad de Dios. Que la manifestación sea una conducta cristiana como se da en los misericordiosos, los de corazón limpio los que construyen la paz, los que sufren persecución por cumplir la voluntad de Dios.

Invita a sus seguidores a ser sal y luz (cf. Mt 5-13), dar alegría y esperanza a un mundo, promover la verdad, la justicia y vivir el amor que Él ofrece. Amar a los enemigos, ser personas de oración, no juzgar, tener confianza, pero el mejor ejemplo del empeño de Jesús por educar a la gente a repartir lo que posee, es el milagro de los panes y los peces. Este episodio fue interpretado por los evangelistas como un milagro de multiplicación, pero no fue un milagro, sino

un extraordinario ejemplo del hecho de compartir. En otras palabras, como si fuese un corolario, ir hacia Jesús sin esos ánimos descompuestos por la angustia, porque en su doctrina y en el Reino de Dios no hay peligros ni amenazas.

Uno de los grandes obstáculos que impiden iniciar el camino de la conversión, de la renovación, de dejar a un lado el pasado angustioso, el temor y el miedo, es el miedo a lo desconocido, por lo que el autor sagrado conociendo la vida interior del hombre coloca palabras que vienen de Dios, para que se conviertan en consuelo en medio de la zozobra, como proclama el salmista: “El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temería, pues tu vienes conmigo.” (cf. Sal 22, 1-14)

3. Redemptoris missio en la vía dolorosa de los hombres

Jesucristo dejó como testamento un mandato misionero y se lo encargó a sus discípulos. Ellos, a su vez, lo entregaron a la iglesia.

Veintiún siglos después surge la interrogante: ¿Tendrá validez la misión en el mundo actual, donde el secularismo y la indiferencia han motivado dudas y ambigüedades que hacen frágil el anuncio misionero, cuando el número de los que no creen o no conocen se incrementa cada vez más?

Estas realidades, en la vía dolorosa por donde el hombre de estos tiempos transita, piden con mayor y urgente atención, repensar los compromisos bautismales y la filiación con Dios. La iglesia debe tener presente que el primero de todos los evangelizadores ha sido y sigue siendo Cristo único salvador. La iglesia es el signo e instrumento de salvación, por lo tanto, tiene el sagrado deber de anunciar el evangelio y procurar que el hombre se involucre en el reino de Dios porque la iglesia es servidora del reino.

El Espíritu Santo actúa en cada misionero evangelizador y en los que escuchan la palabra, puesto que Él envió a realizar la obra de Dios de Él procede, para cada ser humano y en cada

nación. La iglesia impulsada 'por el Espíritu Santo es misionera y debe llegar con la buena noticia a todas partes, a toda cultura donde esté el hombre presente.

Cristo es el único mediador entre Dios, el hombre y el género humano y solo se puede entrar en comunión con Dios por Jesucristo. A través del evangelio, el hombre entra en un proceso de vida nueva, dueños de verdadera libertad de hijos, para alabar y bendecir a Dios como Padre y Señor de todo cuanto existe.

En la medida en que Cristo es conocido, va colocando al descubierto las riquezas de su proyecto misionero y de su propio misterio. Cristo no puede callar y con su testimonio de vida proclama su verdad para que lo conozcan. El cristiano, al abrirse al amor de Dios, descubre la libertad que tanto ha anhelado y queda capacitado para rendir testimonio de la fe como bautizado.

El bautizado tiene que trabajar por el reino de Dios y lo debe hacer en armonía con la iglesia, no solo centrado en las necesidades terrenas, sino abierto a la trascendencia pues está al servicio del Reino lo que nunca debe olvidar. El Reino al cual sirve es la persona de Jesús de Nazareth, por lo tanto, se requiere una conversión pastoral que impulse los valores evangélicos, para que sean acogidos y vividos en plenitud.

El testimonio es esencial en el misionero, pues es el mejor medio de evangelizar y de llegar al hombre de hoy cansado y agotado de tantos modelos falsos que han distorsionado el camino del hombre. El vivir los valores evangélicos hace posible que el hombre de hoy contemple una nueva forma de pensar como hermano de Cristo, miembro de su Iglesia y portador de la caridad.

La misión de Iglesia, entonces, tiene que organizarse en tres direcciones, según aconseja la encíclica *Redemptoris missio*: Misión ad gentes, para ir hacia todos los confines y a todas las gentes, independientemente de su cultura y espacio social. Actividad o atención pastoral de la Iglesia, para quienes conservan su fe y nueva evangelización, dirigida a recuperar la fe perdida y atraer a los extraviados en el camino y distanciados de su condición de bautizados y miembros de la Iglesia.

3.1. Misioneros como Cristo Redentor

La misión del discípulo y misionero de Jesucristo, maestro y pastor, es ser continuador de la obra iniciada por Él, transmitiendo su evangelio como buena nueva; noticia que da vida en abundancia como lo recuerda el apóstol Juan. Servir a Jesucristo es estar a favor de la vida en plenitud.

El modelo de toda actividad pastoral es la persona y vida de Cristo, el misionero, cuyas acciones y proyecto no pueden ser alterados. Jesús de Nazareth elaboró un plan progresivo, con objetivos concretos y metodología definida que debemos conocer para luego poder anunciar.

Jesús es el buen Pastor que da la vida y el único Maestro que enseña, conduce y transforma con sus palabras y ejemplo. Todo evangelizador, entonces, debe dejarse transformar por Él. Hay una relación de identificación, de dependencia, de intimidad, para que pueda cumplirse a cabalidad la misión.

El misionero que asume este compromiso debe ser otro Jesús, puesto que será un canal de gracias y bendiciones y por él, se posibilitará la salvación de todos los hombres.

Él vino y continúa presente, para salvar al hombre integral; salvar no sólo el alma, sino también el cuerpo y el espíritu, las realidades cotidianas, las estructuras sociales, políticas y económicas, pues le interesa el hombre completo con todas sus relaciones. El evangelista Lucas escribe que a Jesús, un sábado en la Sinagoga, le entregan el libro y Él lo desenrolla y dice:

El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. (cf. Lc 4, 18-19)

La visión que Él tiene es instaurar el Reino de Dios en el presente del hombre, por lo tanto, poco a poco lo va revelando a través de sus acciones: recorriendo, enseñando, proclamando, para que el hombre comprendiera el misterio del Reino y cómo el hombre puede

participar en él. También el evangelista Mateo informa cómo Jesús fue realizando su proyecto: “Recorría Galilea, proclamando la Buena Nueva de Dios, enseñando en las sinagogas el misterio del Reino y curando a los enfermos.” (cf. Mt 4, 23; 9, 35)

La vida de Jesús como maestro se centró en preocuparse por sus discípulos, formarlos de tal manera que llegaran a ser maestros como Él, para que continuando su obra fueran competentes para generar nuevos discípulos enamorados de su persona y su acción, llevando su palabra hasta los confines de la tierra. Los hechos de los apóstoles cuentan cómo las comunidades primitivas se reunían en torno “a la enseñanza de los Apóstoles” (cf. Hch 2,42), colaboraron en la extensión del reino sintiéndose parte de su obra y enamorados de ella entusiasmaron a otros a seguir la causa de Jesús. La tarea que les dejó como testamento fue: “Vayan y hagan discípulos a todas las gentes.” (cf. Mt 28, 18-20)

La iglesia responsable de la tarea evangelizadora, tiene que emprender una auténtica promoción liberadora de la humanidad, haciéndola consciente de su propio desarrollo. De aquí emanan las luces del documento de Aparecida con todo lo que sugiere para una auténtica misión:

La iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales.... Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnan dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu. (DA 11)

El testimonio es necesario, puesto que el misionero es otro Jesús que lleva a otros la oferta de la salvación y, con entusiasmo gozoso, comparte con los demás la buena noticia de la salvación, por eso quien no haya experimentado en su vida la propia salvación ofrecida como don de Dios, no puede gritar con alegría que lo conoce. Quien vive con angustias y miedos,

agobiado por los problemas y las seducciones del mundo, que ignora la vida ofrecida por Jesús, que no tiene la experiencia del camino del Maestro, no puede ser un evangelizador.

Evangelizar, no solo representa hablar de Jesús, sino ser testimonio de que el conocer la persona de Jesús y los valores del reino han tenido resultado en la vida de quien lo comunica, que la fe y la vida son una, que hay unidad en lo que dice y se hace. El evangelizador no impone a la fuerza la Palabra; no se convence a la persona o se sugestiona, lo que busca es que la buena noticia llegue al hombre y al igual que nuestra Madre la Virgen María dé su Sí: “hágase en mí según tu Palabra.” (cf. Lc 1, 38)

3.2. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!

Uno de los mejores ejemplos que ilustra la pasión por el evangelio es el apóstol Pablo quien, desde el momento en que se encontró con Jesús camino a Damasco, comenzó a proclamar: “¡Jesús es el Hijo de Dios!” (cf. Hch 9, 20) El apóstol se siente consagrado para llevar el evangelio, él habla de esa experiencia, de su encuentro con Jesús resucitado. Su vida es transformada; la considera como una nueva creatura.

Él descubre en su interior que Dios lo ha escogido y enviado para una misión especial: llevar la buena noticia a sus hermanos los paganos. Está convencido de que el encuentro con Cristo resucitado ha cambiado su vida, entonces, lleno de ímpetu, exhorta a lo demás a experimentar el gozo y la alegría de que en Cristo todo se renueva.

¡Ay de mí si no evangelizo! (Corintios 9, 16) palabras que deben resonar en la mente y el corazón del verdadero cristiano, cuya fe lo estimula a despejar los temores y a tener la convicción de cuán valioso resulta arriesgarse, por transmitir el mensaje de Jesús, en un mundo cada vez más necesitado la buena Nueva de Cristo, de cristianos que, como el apóstol, se enamoren de la Palabra de Dios de la obra Salvadora de su causa, del amor transparente que Él ofrece para rejuvenecer a un mundo cansado de la mentira, el miedo y la angustia.

La iglesia que evangeliza tiene la responsabilidad de transmitir su mensaje a las nuevas generaciones, gracias a los ejercicios evangelizadores de hombres y mujeres emprendedores y decididos, hasta el punto de dar la vida como Cristo, como Pedro, Pablo, Juan Pablo II, la madre Teresa de Calcuta y como tantos que se han convertido en pregoneros incansables del amor de Dios.

El beato Juan Pablo Segundo legó hermosas palabras que llenan de esperanza a este mundo, motivaciones para los portadores de la buena Nueva: “me he puesto en marcha por los caminos del mundo, para anunciar el evangelio, para confirmar a los hermanos en la fe, para consolar a la iglesia, para encontrar al hombre.” (RM 63) ³³ Elocuentes palabras, testimonio de fe, que el mensajero es otro Cristo que preocupado como el buen pastor quiere llegar con el mensaje renovador a todos los hombres en su situación concreta, para que la persona descubra el nuevo sentido que da Cristo y su evangelio, para que el hombre pueda encontrar las aspiraciones más profundas de la vida.

El gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestro días, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo... De ahí la experiencia vital que le hace sentirse, y ser en realidad, íntimamente solidaria con la humanidad y con la historia. (GS 1)

Las tristezas, las angustias, gozos y alegrías que vive el ser humano, continúan en Cristo y en su iglesia. Esto indica que la misión es fundamental puesto que hay que ir al encuentro del hermano caído para levantarlo en el nombre de Señor.

Desde Aparecida resuena la voz de los obispos quienes, firmes y de frente a la verdad del continente, tras haber examinado las acciones de sus gentes, aconsejan planes renovadores en la predica y la escucha del Evangelio.

Aparecida indica cómo prestar oídos a la voz de Dios, para vencer las emociones que dañan la vida y ponen barreras a la más digna vocación del hombre: la santidad. Esto es lo que desea la Iglesia y se quiere indicar en el siguiente capítulo, cuyo contenido expone algunas ideas que invitan a ver la presencia de Dios en cada lugar y en todo momento.

³³ En adelante se citará de la siguiente manera RM (Redentoris Missio 63) Carta encíclica, Juan Pablo II

Capítulo III

Aparecida, luz para vencer las sombras

El año 2007 representa en la Iglesia de América Latina y el Caribe un rayo de luz para atenuar las tinieblas, aumentar la fe y crecer espiritualmente. La guía dejada por los obispos en las más de trescientas páginas contenidas en el Documento Conclusivo, tras la conferencia celebrada en Aparecida, es un texto que ha de constituirse en el material de consulta para todos los programas de pastoral que las Iglesias organicen. A partir de los párrafos introductorios, sin desperdicio de ninguna palabra se visualiza la evidencia de que esta labor tiene que efectuarse mediante una acción evangelizadora basada en el conocimiento de Cristo y su doctrina, ese Cristo del pesebre por el que los coros de ángeles entonaron, con palabras proféticas, “gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres...” (cf. Lc. 2, 14), porque con el Emmanuel vendrían los cambios que harían del mundo un espacio de reconciliación, amor y paz. Jesús de Nazareth es el proyecto de Dios anunciado por los profetas, para revelar los misterios del Reino y modificar, gracias a la fe en sus obras, la manera de encarar el mundo. Aparecida orienta en este sentido y presenta al Salvador como la gran figura que ha de transformar al hombre.

1. Jesús: Agente de cambios en la humanidad

Hace XXI siglos nació un hombre que cambió la humanidad. El evangelista Lucas lo da a conocer así: nació de una virgen llamada María desposada con un hombre llamado José. El hijo de María y José nació en Belén y toda su vida estuvo envuelta por el misterio del amor del Padre. Afirma que Jesús “iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres” (cf. Lc. 2, 52) Jesús fue niño, adolescente, joven y adulto, cercano, cariñoso como cualquier persona, menos en el pecado.

El evangelista Juan dice “y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.” (cf. Jn. 1, 14) ¿Cómo fue esa vida en el contexto social de su tiempo y como miembro de una comunidad social junto a sus padres José y María? tuvo que haber sido sencilla, sin privilegios y en medio de las angustias y dolores de lo que implica vivir.

Cuando tenía doce años sus padres los llevaron a Jerusalén, para “la fiesta de la pascua según la costumbre.” (Lucas 2, 41-42) Lucas avanza en su narración e informa que el niño se quedó en Jerusalén y que en el templo entabló conversación con los doctores de la ley a quienes dejó asombrados por sus respuestas, pues todas denotaban sabiduría e inteligencia.

Regresó a Nazareth donde sus días transcurrieron en forma corriente como las de cualquier persona, tal como lo comunica Lucas: “Jesús crecía en saber, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres.” (2, 52) Su experiencia de vida le llevó a tener una concepción acerca del valor del que el ser humano participa como hijo de Dios. Esto invita a mirar la obra de Dios en la que el hombre ocupa un puesto esencial.

Seguir los pasos de Jesús orienta hacia todos los evangelios. El evangelio de Mateo, por ejemplo, aporta la siguiente referencia: “Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando La Buena Noticia, del reino, y sanando entre el pueblo toda clase de enfermedades y dolencias.” (4, 23) Su propósito estaba afianzado en el amor al Padre y en la necesidad de rescatar la imagen y semejanza de Dios que habita en todo ser humano. Por eso cuestionó los poderes más grandes de su época seguro de que cumplía la voluntad de aquel que lo envió: ofrecer el mensaje del amor.

Jesús sabía que difundir su mensaje requería la formación de discípulos y misioneros. De ahí nació la elección y formación de los doce. (Cfr. Mt. 10, 1-4; Mc. 3, 13-19; Lc. 6, 12-16)

Atrajo a los discípulos hacia los lineamientos de su doctrina y ellos asumieron con inigualable fuerza el compromiso de seguirlo. Esto Aparecida lo tiene muy claro y en el numeral veintiuno alude a la atracción que en el ánimo de ellos ejercieron “la sabiduría de sus palabras, la bondad de su trato y el poder de sus milagros” (DA 21). El encuentro con Cristo se comprende en el ámbito de la conversión y esto fue lo que ocurrió en cada uno de los discípulos quienes se decidieron por los valores del Reino.

Asumir los valores del reino significa acoger el evangelio como buena noticia y hacerla vida. Por el Evangelio los discípulos aprenden a evadir la mentira, a dejar las ambiciones, los egoísmos, las violencias en las que el corazón del hombre se ve muchas veces agitado, para ir identificándose con Jesús que es camino verdad y vida. Con esta convicción, pueden otros abrazar el proyecto que Él propuso y pueden tener vida en Él.

Seguir a la persona de Jesús es vivir sus valores, en otras palabras, practicar las bienaventuranzas, lo cual indica asumir en la existencia el estilo de vida que Él vivió: el amor, el perdón y la obediencia filial a la voluntad del Padre. Jesús fue coherente con lo que creía y decía. Este testimonio fue tan claro que a muchos no les gustaba su modo ser y de hablar, a pesar de que andaban perdidos como ovejas sin pastor. De ese rebaño, de sus angustias y dolores Jesús se conmovió y por eso resucitó a Lázaro al hijo de la viuda de Naín; curó a muchos enfermos y pasó haciendo el bien.

No obstante, la gente de su tiempo no supo recibir este don. De ahí la traición de Judas, la negación de Pedro, el abandono de sus discípulos y la multitud que se ensañó contra Él.

Su vida y su mensaje lo llevaron hacia la única salida que sus detractores decidieron contra Él: la muerte. Su muerte y Resurrección se convierten en la mayor fuerza, la alegría y el gozo de tantos hombres y mujeres que siguen acogiendo en su corazón el estilo de vivir el Evangelio, es decir, hacer realidad las palabras de Juan referentes al grano de Trigo “en verdad os digo si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda el solo; pero si muere, da mucho fruto” (12, 24). Es por eso que este hombre misterioso sigue siendo agente de cambio, sigue siendo esperanza en este mundo, sigue siendo la salvación para cuantos lo buscan, sigue mostrando el camino frente a tantas propuestas que confunden con mentiras y llevan a vías de perdición. Su verdad es valorada por tantos hombres que han transformado su vida, que han salido de la oscuridad a la luz. La vida que Él ofrece ha llenado a tantos corazones vacíos, que ahora rebosan en abundancia en el amor de Dios.

Así es el amor de Cristo. Este amor compromete hasta el punto que el seguidor aceptaque comparte el mismo destino de Jesús y que su vida es asunto de compromiso consigo mismo y con

los demás, razón por la que ha de esmerarse en difundir el Evangelio, llevarlo a todos los confines y hacer crecer la iglesia, estimulado por la convicción de pertenencia e identidad con el Maestro, como indican las siguientes palabras: “Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón, de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro.” (DA 145)

La Iglesia, portadora de este gozo y esperanza que produce el encuentro con Jesucristo vivo, tiene que anunciarlo con la misma alegría que vivió Jesucristo al fundarla, para hacer presente en el mundo la palabra eterna del Padre. De esta manera la vida del ser humano se transformará en el encuentro cotidiano con Cristo, hecho patente en la justicia, en la sencillez, la fraternidad y humildad que hace crecer el reino de amor, de paz y de verdad.

1.1. La alegría de conocerlo

Con el amor, la paz y la verdad se entra en posesión de talentos para vencer las angustias y los miedos, porque la Buena Noticia proporciona recursos para ir contra las adversidades. De ahí se desprende el compromiso de la Iglesia y de todos los bautizados: Ser evangelizadores y con ello, abrazar a la humanidad, para que en un haz de voluntades, nadie quede marginado de los sentimientos que orientaron los pasos de Cristo, en su tiempo y en todos los tiempos. Por eso, la alegría de conocerlo no es asunto del pasado. Es cuestión de ayer, de hoy y de mañana. “Alegraos siempre en el Señor, porque Él está cerca de cuantos lo invocan de veras.”³⁴ Con estas palabras el Sumo Pontífice, inspirado en la Sagrada Escritura, reconoce que la mayor alegría es conocer a Jesús y por eso llama a participar de este gozo.

Una de las aspiraciones más profundas del ser humano es la alegría sin límites. Esto es connatural a él, pero esto implica que este deseo no debe ser satisfecho con cosas transitorias, sino con aquellas que realmente llenan el corazón, las que perduran para siempre, aquellas que construyen la dignidad y llevan a la realización plena; aquellas que se convierten en cimiento de una personalidad madura y responsable. Es por eso que el apóstol Pablo exhorta con estas

³⁴En adelante se citará GID (Exhortación apostólica *Gaudete in domino*) sobre la alegría cristiana. N.1 -1975 Pablo VI

palabras: “Estad siempre alegres en Señor; os lo repito estad alegres.” (cf. Fil 4,4) El Señor es la medida de toda felicidad, Él ha llamado a todos a la participación espiritual que produce vivir su mensaje y asumir su proyecto de vida. Alegría que, al ser conocida, nadie debe perder.

El documento de Aparecida agrega: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo.” (DA 29)

Los cristianos acogiendo en su vida este don sobrenatural se convierten en instrumentos para llevar esperanza y gozo, a pesar de los contratiempos que pueden palidecer esta realidad. A ello se refiere Aparecida: “Los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras.” (DA 30)

Una auténtica alegría lleva a mirar hacia el mundo porque nadie está solo, puesto que habita en una comunidad donde tiene que distribuir este gran tesoro. De ese modo lo sostiene la Escritura en los Hechos de los apóstoles, páginas que proponen el modelo de comunidad nacida de la resurrección del Señor: “... Mayor felicidad hay en dar que en recibir.” (cf. Hch 20, 35) Aparecida lo indica “... En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio.” (DA 31)

El bautizado, por ser hijo de Dios, está llamado a agradecer al Dios de la vida la invitación de ser su discípulo y misionero y porque está llamado a comunicar la buena nueva del Señor, no se equivoca Aparecida cuando recuerda: “Queremos expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio.” (DA 28)

En un mundo cansado, agitado por los múltiples pesares que diariamente se viven y los negros nubarrones que aquejan en formas de miedos y angustias, Aparecida convoca a la esperanza: “... La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio...” (DA 29) El odio y la violencia engendran separación y eso no es compatible con la palabra de Cristo plena de bienaventuranzas. Por eso lo que se requiere

en contrapartida es solidaridad y saber compartir condiciones indispensables en el andar del discípulo y misionero.

En la mesa de la creación el eterno Padre invita a mirar a su hijo Jesucristo y el mandamiento del amor instituido en la última cena y el lavatorio de los pies, amor que es una fuerza que atrae hacia su Evangelio. Por eso es importante la asunción de serios compromisos dedicados a la evangelización, para que en estos tiempos y en todos, el hombre pueda decir el credo y confirmar su fe.

Aunque de la fe hay abundantes modelos en la sagrada escritura, uno de ellos extraordinario en su grandeza, es el confirmado por la Virgen María quien desde el momento de la Anunciación, con la respuesta dada al Ángel, se convirtió en ejemplar misionera “...Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con Él hasta el Calvario. (cf. Juan 19, 25-27) con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús.” (cf. Lucas 2, 19.51) Así lo recuerda el Sumo Pontífice Benedicto XVI (Porta Fidei 13, 2012) “...María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América.” (DA 269)

También hay que mirar la alegría de tantos hombres y mujeres generosamente entregados a la causa del Señor. Aquellos que, a pesar de estar en lugares llenos de conflictos, anuncian la gran alegría que es Cristo, el inigualable misionero de la Palabra de Dios, a quien llena de fe, la Iglesia fundada por Él debe imitar como lo recuerdan los obispos reunidos en Aparecida:

...Con la alegría de la fe, somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación. (DA 103)

Hoy como nunca, se necesita anunciar a Cristo; pero la mejor forma de evangelizar es dar testimonio de aquella alegría profunda de sentirse amado y enviado por el Señor, escribió el Papa Pablo VI:

Ojalá que el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo. (GID 17)

También el Papa Benedicto XVI, en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, en el año 2005, dijo a los jóvenes muchas veces sumergidos en un mundo hedonista que crea confusión y desasosiego: “El encuentro con Jesucristo os permitirá gustar interiormente la alegría de su presencia viva y vivificante, para testimoniarla después en vuestro entorno.” (GID 18)

La alegría y el compromiso apostólico iluminan, a partir de Belén, lo que debe ser actual en la Iglesia. Esto lo comprendieron los apóstoles, por lo que su relación con el mensaje evangélico es un ejemplo a seguir. El seguimiento de Cristo renueva y anima la esperanza, debido a la seguridad que reporta el saber que Él no abandona ni deja en la orfandad al mundo. Muy por el contrario, brinda abundantemente su gracia y su alegría, para asumir responsablemente la misión de comunicar el plan de salvación que trajo a la humanidad. ¿Cómo lograrlo? Venciendo los miedos, no siendo indiferentes, superando carencias y debilidades. Nada ni nadie puede negar que la alegría en la Iglesia y el celo apostólico no existan o no pueden existir sin la alegría del compromiso con Jesús.

1.2. La buena nueva de su Palabra

Uno de los grandes retos que tiene la iglesia es hacer presente la alegría del evangelio, en otras palabras, gritar que Jesús, Palabra encarnada, se mantiene en la historia. Por eso “Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia y el pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos.” (Cf. Juan 6, 51. Benedicto XVI, Porta Fidei 3, 2012)

La vida que Él regala se manifiesta en el inmenso amor que tiene a cada creatura, de lo que se debe tener conciencia, pues llena hasta lo más íntimo del ser. Por eso Aparecida refresca la memoria con estas palabras: “El ser amado por Dios nos llena de alegría. El amor humano

encuentra su plenitud cuando participa del amor divino, del amor de Jesús que se entrega solidariamente por nosotros en su amor pleno hasta el fin.” (DA 117)

La Palabra de Dios exige docilidad y obediencia para escuchar y seguir la voluntad del Padre bueno que se manifiesta en Jesús, porque Él es el único maestro y sus palabras son Espíritu y vida. “El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son Espíritu y son vida.” (cf. Jn. 6, 63) El mensaje de Jesús da al hombre la capacidad de sentirse persona humana, creada libre, con inteligencia y capacidad de amar cuya existencia dignifica al ponerse al servicio de los demás. Mirando a Cristo es como puede ser entendido el hombre. A ello se refiere Vaticano Segundo:

...pues bien, solo Dios, que creó al hombre a su imagen y lo redimió del pecado, puede dar una total respuesta a estos problemas: y eso, por la revelación en Cristo, su hijo que se hizo hombre. El que sigue a Cristo, hombre perfecto se hace así mismo más hombre. (GS 41)

El amor a Cristo que es buena noticia une a Él, como se aprecia de manera simbólica en la alegoría de la Vid y los sarmientos, texto revelador del vínculo que debe existir entre los hombres como amigos y como hermanos, en fiel acatamiento de las palabras de Cristo: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.” (cf. Jn. 15,14) Es por eso que el hombre es llamado a anunciar el evangelio del reino de la vida, de la justicia y del amor, pues al hacerlo se cultiva una profunda amistad con Jesucristo y se vive el proyecto de Dios, tal como recuerda Aparecida en el siguiente texto:

...El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos, es participación de la vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones, correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas. (DA 131)

Este anuncio se hace explícito cuando se interiorizan los sentimientos de Cristo y se gana disposición para, al ser discípulos y misioneros, llevar esta buena noticia a todas partes y dar a conocer que en Cristo hay esperanza. A eso se refiere Aparecida cuando exhorta a tomar en serio

el ser hijos de Dios y, con urgencia, "... acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia." (DA 548)

Jesús que conoce el proyecto del Padre "Él Padre y Yo somos uno" (cf. Jn 10, 30) regala su Espíritu para no dejar desfallecer el mensaje de salvación, fortalecidos por el Espíritu Santo que, como maestro interior, conduce hacia la verdad plena. Por lo tanto, hay que dejarse guiar por el Espíritu Santo para sentir fuerza al anunciar al mundo la buena nueva, como afirma Aparecida: "...Nos sentimos interpelados a discernir los "signos de los tiempos", a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y para que la tengan en plenitud." (DA 33)

Identificarse con el salvador es asumir su causa hasta las últimas consecuencias, ya que el mundo de hoy exige testimonio de hombres y mujeres que viviendo el estilo de Jesús, encarnando el Evangelio en su diario vivir, se conviertan en el mejor instrumento evangelizador que da a conocer quién es Cristo.

En el seguimiento de Cristo se proclama que las bienaventuranzas son la mejor forma de vivir la felicidad del reino:

En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida... (DA 139)

La palabra de Cristo siempre será buena noticia en el transcurso de la historia, ya que ella contiene una fuerza poderosa capaz de transformar las realidades. El discípulo, al igual que Cristo, debe compartir, comunicar y hacer que otros conozcan su legado y puedan experimentar una vida diferente donde Cristo sea todo en todo. De esto Aparecida es consciente y, en consecuencia expone:

El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. (DA 278)

1.2.1. Libertad sin pecado ni compromiso con el mal

La libertad es un derecho de toda persona, es la capacidad de elegir entre el bien y el mal de manera responsable; pero esto implica saber establecer la diferencia entre lo uno y lo otro, para que nazca el deseo de proceder, realizar acciones o emitir juicios de acuerdo a la conciencia, de lo contrario, lo que se elija será mero instinto o impulso. Toda elección enfrenta decidir lo que puede representar beneficio o perjuicio, a cambio de lo actuado. La libertad se ejerce de acuerdo con los principios que hay en la conciencia. Ella debe ser motivada por la búsqueda y el bienestar de los demás, como lo explica el apóstol Pablo: “todo es lícito, mas no todo es conveniente. Todo es lícito, mas no todo edifica.” (CF. 1 Cor 10,23)

Por ser un derecho pertenece al hombre pues la Sagrada Escritura, al referirse a ello, muestra a Dios que no condiciona ni restringe porque la libertad es obsequio de Dios, para el servicio del mundo. Él creó al hombre y lo dotó de esta facultad, para que fuera parte de su naturaleza. Tal informan los libros sagrados, en los que la palabra de Dios se presenta como guía, camino, sendero, para el encuentro con la verdadera libertad. “...y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.” (cf. Jn. 8, 32) La libertad moral, sin embargo, deja en el hombre la capacidad de aceptar o rechazar lo ofrecido por el Creador. “porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.” (cf. 2 Corintios 3, 17)

La verdad siempre está presente en la mente y el corazón, pero es por las acciones buenas o malas que se alcanza a comprender si se ha obrado conforme a la razón, origen y fundamento de este valor, respecto al cual San Pablo se pronuncia: “Pero al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad y el fin, la vida eterna.”(cf. Rm 6,22) Es que la rectitud y el sano juicio conducen a ver claramente que el hombre tiene que mirar siempre a su creador, hacia lo sobrenatural, al mundo en el que cuerpo y espíritu sean una sola sustancia,

en la que haya armonía “...me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos.” (cf. Lc. 4,18) Y la verdadera libertad está en asumir los valores de Cristo como don y tarea y con ellos transformar la vida y sus realidades, ya que vivir en libertad exige que las acciones sean coherentes con los valores del Evangelio. Conocer la verdad implica obrar conforme a ella.

El uso indiscriminado de este valor, el abuso que se haga del mismo, convierte las acciones en mecanismos impulsivos y libertinaje. En tal sentido, el apóstol San Juan explica a su comunidad de fe que contradecir el mandato de Dios y actuar de manera irresponsable es hacerse esclavo, “...todo el que comete pecado es esclavo.” (Juan 8,34) Por lo tanto, como verdaderos hijos de Dios, estamos llamados a reproducir la imagen de Dios en la tierra, sin dejar de lado la fe en Cristo, pues el mundo reclama aquel modelo dado por el apóstol Pablo quien siempre procuró sembrar en los romanos la semilla de la libertad que se obtiene gracias a una vida libre de pecado.

Reflexionar acerca de la libertad es oportuno para tomar conciencia de este valor maravilloso que proporciona a todos una vida más digna, que permite trabajar fraternalmente, para construir un mundo más humano, libre y justo donde Dios sea todo en todo, donde el amor sea la mejor noticia como verdaderos seguidores del Señor, pues: “un verdadero apóstol busca la libertad de los demás con actitudes concretas.” (cf. 2Tim 2,24-26)

1.2.2. Salvación: gracia y misericordia de Dios

La salvación no es algo a lo que el hombre tiene derecho, puede exigir o merecer. La salvación es un regalo o don de Dios, pero cuando Dios ha justificado al ser mediante la gracia santificante del Espíritu Santo. La creatura obtiene dones para incrementar esa gracia que lo dispone a alcanzar la vida eterna que Dios tiene destinada a sus creaturas. Esta acción de Dios trae la liberación que hace trascender al ser humano a un estado sobrenatural, a un estado espiritual superior a la vida terrenal, para unirse con Cristo, como explica el Catecismo de la Iglesia Católica:

Dios ha creado todo para el hombre, pero el hombre ha sido creado para conocer, servir, y amar a Dios, para ofrecer en este mundo toda la Creación a Dios en acción de gracias, y para ser elevado a la vida con Dios en el Cielo. Solo en el misterio del verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre, predestinado a reproducir la imagen del Hijo de Dios hecho hombre, que es la perfecta imagen de Dios invisible. (CIC 67)

Cristo ofrece en sacrificio su vida al Padre para que el hombre logre la salvación. Él da la vida para rescatar a muchos y, de esta forma, reconcilia a todo el género humano con su Padre Dios. Sus padecimientos y su muerte dejan claro que Él es el instrumento perfecto y libre del amor de Dios por su infinito deseo de que todos los seres humanos se salven.

La salvación se da por la gracia, la fe y las obras; no basta con creer. Hay que compartir los sentimientos de Cristo en bien de los hermanos. “No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre del Cielo.” (cf. Mt 7, 21-23) La persona que tiene fe en Cristo y no hace obras por el bien de sus hermanos, no tiene verdadera fe. Quien proclama que tiene la gracia pero no se comporta en consecuencia, no posee la gracia puesto que ella lleva a realizar las obras de Cristo, con la intensidad reclamada por la Sagrada Escritura.

La gracia es la ayuda que Dios ofrece, condición indispensable para conseguir la salvación eterna y es concedida por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, para vivir como verdaderos hijos de Dios ¿Cómo aumentar este don maravilloso y necesario? El catecismo católico indica que a través de la oración, los sacramentos, la escucha de la palabra de Dios, ayudando al prójimo y cumpliendo las obligaciones diarias. Esto significa abrazar el plan de amor que Dios tiene para sus hijos y que el Espíritu Santo abre al entendimiento de los hombres. Es recomendable, por ello, tener a mano el catecismo y refrescar estas palabras:

La gracia es un don gratuito de Dios, por lo que nos hace partícipes de la vida trinitaria, y capaces de obrar por amor a él. Se llama gracia habitual, santificante o edificante, porque nos santifica y nos diviniza. Es sobrenatural, porque depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios y supera la capacidad de la inteligencia y de las fuerzas del hombre. Escapa, por tanto, a nuestra experiencia. (CIC 423)

Cuando el ser humano está en gracia de Dios puede responder al proyecto del Creador, es capaz de vivir los valores del reino y ayudar a que este mundo vea que sí es posible vivir como el Señor espera. Este es el camino hacia la santidad al que todos los hombres están llamados. La santidad es plenitud de vida, realización plena en Dios y perfección de la caridad. Todo esto es posible por la unión íntima con Cristo y con Él, al misterio trinitario. Por tanto, la invitación formulada radica en acoger la misericordia de Dios, en reconocer los pecados que ponen cerrojos a la gracia y la salvación ofrecida por Dios. Estos deseos contrarios a la ley eterna son una ofensa a Dios a quien se desobedece, en vez de responder a su amor. Es dar la espalda a la conversión y al arrepentimiento de las faltas cometidas, por lo que el catecismo comenta: “Dios mismo con su Palabra y su Espíritu, descubre nuestros pecados, sitúa nuestras conciencias en la verdad sobre sí misma y nos concede la esperanza del perdón.” (CIC 391)

2. Iglesia: nacida de Jesucristo

La iglesia es asamblea del pueblo, en la cual Cristo es el Señor. En ella Dios congrega, llama a todos los pueblos de la tierra. Esta definición adicionada a la del catecismo se enriquece con estas palabras: “designa al pueblo que Dios convoca y reúne desde todos los confines de la tierra, para constituir la asamblea de todos aquellos que, por la fe y el bautismo, han sido hechos hijos de Dios, miembros de Cristo y templo del Espíritu Santo.” (CIC 147)

Ella es asamblea litúrgica, comunidad local, comunidad universal de los creyentes, pueblo de Dios que tiene como cabeza a Cristo. Esto quiere decir que el cuerpo es la iglesia o como define Vaticano Segundo, “un redil, cuya única y obligada puerta es Cristo. (CF. Jn 10, 1-10) Es también una grey, cuyo pastor será el mismo Dios...” (GS N 6)

La Iglesia es construcción de Dios, de la que Él mismo dijo ser la piedra angular. “...sobre aquel fundamento levantaron los apóstoles la Iglesia (cfr. 1 Cor 3, 11) y de él recibe firmeza y cohesión.” (LG 6) Los apóstoles, viviendo en comunión con Jesús fueron por el mundo dispuestos a llevar el Evangelio y sin temor anuncian con gozo y alegría, la resurrección de la cual fueron testigos.

A Cristo Jesús Palabra del Padre, le corresponde realizar el plan de salvación cumpliendo en fidelidad la voluntad de aquel que lo envió, por lo tanto, su misión es anunciar la Buena Noticia, en otras palabras, la llegada del reino de Dios, en lo que hace énfasis Vaticano segundo :

Vino el Hijo enviado por el Padre, que nos eligió en él antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en él le plugo restaurar todas las cosas. (Cf. Ef. 1, 4-5 y 10) Cristo en cumplimiento a la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y efectuó la redención con su obediencia. La iglesia o reino de Cristo, presente ya en el misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios.... (GS 3)

Jesús enseñó una nueva manera de obrar ante el mundo. “Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia.” (LG 4)³⁵ Los apóstoles y los creyentes de la comunidad naciente van públicamente anunciando el Evangelio a través de la predicación. Es así como muchos se convierten y aceptan a Cristo.

La Iglesia es peregrinante porque está formada por una comunidad de creyentes que van tras las huellas de Jesús. Al seguir los pasos de Jesús es misionera por naturaleza “porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre. Por eso, el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos.” (DA 347)

Ser misioneros, confirmaron los obispos latinoamericanos, no es labor de un día de acuerdo a un programa con fecha de vencimiento. Ser misioneros de acuerdo al modelo de Cristo es una acción permanente, propia y edificante, espejo en el que otros puedan mirarse sin límites ni fronteras, pues conocer a Cristo es un derecho otorgado por el Espíritu Santo a toda la humanidad, porque para la humanidad envió Dios a su Hijo, envío que ha de repetirse donde haya un fiel respetuoso de su propia fe.

³⁵En adelante se citará LG (Lumen Gentium) Vaticano II

2.1. Reunidos en su nombre como discípulos y misioneros

Los cuatro evangelios narran que Jesús de Nazareth en su vida pública reunió a hombres y mujeres y los invitó a encontrarse con él, para ser sus discípulos y formar parte de una comunidad. Llamó a cada uno por su nombre, para que vivieran con Él y enviarlos a continuar su misión de anunciar la buena nueva.

Ser mensajero de la buena Noticia implica conversión, cambio en el modo de pensar, sentir, actuar; modificar el estilo de vida, para que los sentimientos de Jesús llenen la existencia. La conversión es el primer paso para seguir a Jesús y hacerse su discípulo. Por eso, el seguimiento que Jesús pidió a sus discípulos es radical: dejarlo todo, vivir como Él, compartir su destino:

...si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío. (cf. Lc 14, 25-27)

El discípulo tiene que ser fiel y dócil a la palabra recibida. Solo a los pies del Señor, como María la hermana de Marta, atenta siempre a la Palabra del Señor, es como se puede aprender y asumir la tarea encomendada por Jesús. En ese sentido, Aparecida se pronuncia:

...necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, al mismo tiempo que nos consuma el celo misionero para llevar el corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación podrán proporcionarle... (DA 41)

El encuentro con Jesús es una experiencia fascinante ya que implica conocer los evangelios. Por eso comentan que el Maestro dedicó tiempo para que ellos comprendieran los misterios de la vida, la relación de Él con el Padre, el dolor humano y los valores que debían

cultivar e hicieron propias las palabras de Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.” (cf. Mt 16,16) El discípulo llegó a sentir que las palabras de Jesús eran diferentes, tenían un contenido que era capaz de transformar la vida, darle un nuevo giro, un nuevo sentido: “...el discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y anuncia la Palabra con alegría.” (DA 167)

Jesús de Nazareth se convierte para el discípulo no solo en su maestro y Señor, sino en el cúmulo de esperanzas de un mundo nuevo, distinto, por el que vale la pena dar la vida para hacerlo posible. El amor que él ofrece es diferente al que el mundo da por eso su existencia se llena de alegría, como se lee en las páginas de Aparecida: “El discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro.” (DA 146)

La formación del discípulo es prioritaria y debe asumirse con decisión y entusiasmo, puesto que ha de mostrar el rostro de Cristo; debe ser un proceso permanente en contacto con la voz de la historia y los hombres de todos los tiempos. Este proceso da como fruto una iglesia que se hace discípula y forma discípulos a quienes encomienda cumplir con gozo su tarea misionera. “Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado...” (DA 389)

Será imposible ser discípulos misioneros con los oídos sordos a la voz del Maestro, ajenos a su amistad, viviendo sin el recurso de la oración. De ahí se desprende que “...es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro.” (DA 255) La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero.

2.2. Responder a sus Palabras: “Id y proclamar la Buena Nueva”.

El documento de Aparecida trae a la memoria el mandato del Señor “Id y proclamad la Buena Nueva, a toda la creación.” (cf. Mc 16, 15) Esto alude al valor de despertar en los bautizados de todas las naciones hombres y mujeres, niños y jóvenes, el impulso misionero. Por ello insiste en

que: “La Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes.” (DA 31) Solo siendo dóciles y fieles a Jesús es como se puede responder a sus palabras, ya que la suerte del misionero es la misma de Jesús. “Es propio del discípulo de Cristo gastar su vida como sal de la tierra y luz del mundo.”(DA 110)

Al proclamar la Palabra de Dios el discípulo debe tener en su interior que no es él quien anuncia, pues solo se le ha hecho portador de la palabra. Entonces, con entusiasmo, testimonio y gozo debe hacer creíble el mensaje. El discípulo debe esforzarse por lograr que muchos puedan conocer el mensaje a él encomendado e identificarse con el mismo. Al compenetrarse con el mensaje de Cristo, comprenderá que: “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva.” (DA 146)

La misión en nombre de Cristo debe llevar a todos los lugares donde llega y es aceptado el encuentro personal con él, deseos de santidad y compromiso con sus hermanos. Esto abre un horizonte inmenso, ya que el compromiso propicia el querer comenzar desde Cristo, recorriendo un camino en la maduración cristiana que capacita para ir y traer a quienes se encuentran alejados, no han escuchado el evangelio y no han experimentado la fe y los valores de esas palabras. Los discípulos han de luchar por la creación de una cultura de vida, donde el testimonio, la fraternidad y la solidaridad impregnen la existencia del hombre. Aparecida tiene esto muy claro:

Ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano. (DA 384)

El encuentro con la buena noticia de Cristo transforma al mensajero en una persona que, en alianza con Dios, produce vida en abundancia, inculca valores que permitan a sus hermanos crecer y desarrollarse como hijos de Dios. “El discípulo y el misionero respondiendo a este designio, promueven la dignidad del trabajador y del trabajo, el justo reconocimiento de sus derechos y de sus deberes, y desarrollan la cultura del trabajo y denuncian toda injusticia.” (DA 121) Aparecida

agrega: “Todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano.” (DA 144)

De la buena Noticia surge la iglesia como depositaria y continuadora de la misión de Cristo y el llamado a construirla como casa y escuela de comunión. El gran desafío del tercer milenio es la comunión. Así lo afirmó el beato Juan Pablo II y es que la vida comunitaria es un lugar de encuentro con Jesucristo: “Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno.” (DA 256) Así Él es fiel a la promesa de estar presente donde dos o más estén reunidos en su nombre.

Es en la comunidad donde se asumen las actitudes de Jesús, sus exigencias, su misión, donde vigilante al cambio de mente y corazón el discípulo, por la buena noticia, mantiene la alegría al servicio del reino, impulsa una nueva forma de ser iglesia. Allí la fraternidad, la solidaridad y equidad son expresiones del amor que se hace comunión: “El encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera.” (DA 154)

Otra forma de responder a la proclamación del Evangelio es la acción misionera al servicio de la sociedad, ya que el evangelio está destinado para que los pueblos, las naciones y las personas tengan vida en abundancia. Toda acción debe tener en cuenta los sentimientos de Cristo y su opción especial por los pobres, enfermos y afligidos. El evangelio reclama de la humanidad el compromiso del amor, patente en la cercanía con los demás y en la defensa de sus derechos. “Como discípulos y misioneros, estamos llamados a intensificar nuestra respuesta de fe y a anunciar que Cristo ha redimido todos los pecados y males de la humanidad.” (DA 134) Y es que los pobres son una dimensión propia de la fe en Jesucristo, reflejo de su faz. Pertenecer a Jesucristo es ser amigo y hermano de los pobres. “Los cristianos, como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo.” (DA393)

Proclamar el evangelio es ser misionero, anunciador de Jesucristo, para con audacia darlo a conocer aún en los ambientes más difíciles y olvidados de la geografía.

Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de sentido, de verdad y amor, de alegría y de esperanza... Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia. (DA 548)

3. Misión: un nuevo pentecostés

La misión de la iglesia es una: hacer que Cristo sea conocido; pero al ir pregonando la buena noticia se comprende, por un lado, que la realidad es más fuerte que los esquemas mentales del hombre y que esa buena noticia debe ser una para todos. Independientemente del lugar donde lo reciba ha de estar ajustada a las diferentes culturas, como sucedió en los primeros tiempos de la Iglesia cuando obedientes al mandato de Cristo los discípulos salieron por todos los caminos a llevar su palabra: “Id y enseñad a toda la gente, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo.” (cf. Mt 18, 20)

La misión que debe ser vocación y vida del cristiano requiere audacia, docilidad y humildad para asumir esta gran obra, a la que Aparecida llama: “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo.” (DA 10) Se comprende que la acción misionera tiene que ser personalizada, pues el Kerygma es una experiencia de vida que transforma el corazón del hombre cuando recibe la palabra de Dios.

Al mirar a los bautizados no es difícil captar la irresponsabilidad de muchos cristianos, satisfechos con realizaciones que requieren ínfimos esfuerzos en el ámbito pastoral. Aparecida comenta:

Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el sacramentalismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. De igual forma nos preocupa una espiritualidad individualista. Verificamos asimismo una mentalidad relativista en lo ético y religioso. (DA 100)

Y es que en el presente siglo, aparece un ser humano de mente débil proclive a quedar confundido por las falsas apariencias de bienestar mostradas por el materialismo y el hedonismo y, en consecuencia, “se percibe un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la iglesia católica.” (DA 100) Es así que la misión requiere un pentecostés que ayude a los hombres y mujeres de este siglo a sentir que la buena nueva de Cristo vale la pena vivirla, con un nuevo ardor, con valentía, caminando en la esperanza de ser mejores cristianos misioneros y generosos discípulos que dan testimonio de su fe.

Hay que mirar la misión como una Nueva evangelización, presentando siempre el testimonio que es la mejor forma de evangelizar pues muchos se alejan de la iglesia al constatar la falta de coherencia entre la fe y la vida, por pastorales cerradas y exclusivistas, abiertas a los considerados parte de su grupo y marginando a otros. Ante esto Aparecida se pronuncia con férreos comentarios:

Según nuestra experiencia pastoral, muchas veces, la gente sincera que sale de nuestra Iglesia no lo hace por lo que los grupos “no católicos” creen, sino, fundamentalmente, por lo que ellos viven; no por razones doctrinales, sino vivenciales; no por motivos estrictamente dogmáticos, sino pastorales; no por problemas teológicos, sino metodológicos de nuestra Iglesia. Esperan encontrar respuestas a sus inquietudes. Buscan, no sin serios peligros, responder a algunas aspiraciones que quizás no han encontrado, como debería ser, en la Iglesia. (DA 225)

La evangelización misionera de este siglo debe volver su mirada hacia aquellos que han perdido la fe y que, acaso un día, formaron parte militante de esta iglesia; hacia aquellos que han perdido el sentido de Dios en sus vida por no tener una aspiración trascendente de las cosas espirituales apegados solo al presente, cuyas alegrías y gozos superfluos les oscurecen el sentido de Dios.

En las últimas décadas vemos con preocupación, por un lado, que numerosas personas pierden el sentido trascendental de sus vidas y abandonan las prácticas religiosas, y, por otro lado, que un número significativo de católicos está abandonando la Iglesia para pasarse a otros grupos religiosos. (DA 100)

Sin duda alguna, este tema fue ampliamente analizado por el episcopado latinoamericano y caribeño, porque el Documento Conclusivo contiene párrafos compuestos por palabras de notorio énfasis en la presentación de la realidad y el cambio de rumbo que esta exige. Por eso agrega:

Se verifica a nivel masivo, una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y tendiendo a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores. Esta cultura se caracteriza por la autorreferencia del individuo que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesitando se siente responsable. Se prefiere vivir día a día, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo. (DA 46)

La misión debe considerar a aquellos grupos o pueblos que nunca han conocido a Cristo, a donde nunca ha llegado el anuncio del evangelio; a aquellos apegados a tradiciones distintas y a los atrapados por estructuras contrarias al evangelio, ávidos tal vez, de recibir el mensaje de Cristo. La misión, entonces, requiere ir más allá, es la misión Ad gente, “aquella en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor y la Iglesia.” (DA 376)

El documento de Aparecida con el eco de las palabras del Santo Padre Benedicto XVI repite:

El campo de la misión ad gentes se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas y jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los

pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones. (DA 375)

La misión tiene que liberar todas las estructuras, sin obviar instituciones cada vez más opuestas a los valores predicados por Jesús, como lo son la vida, la libertad, la dignidad, los derechos del hombre, en sustitución de aquellos que en vez de producir vida traen muerte y que dejan al hombre sin capacidad para saber distinguir cuáles son las vías que llevan hacia la muerte y cuáles son las que proclaman vida.

Caminos de muerte son los que llevan a dilapidar los bienes recibidos de Dios a través de quienes nos precedieron en la fe. Son caminos que trazan una cultura sin Dios y sin sus mandamientos o incluso contra Dios, animada por los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero, la cual termina siendo una cultura contra el ser humano y contra el bien de los pueblos latinoamericanos. Caminos de vida verdadera y plena para todos, caminos de vida eterna, son aquellos abiertos por la fe que conducen a “la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural” Esa es la vida que Dios nos participa por su amor gratuito, porque “es el amor que da la vida. (DA 13)

3.1. ¿Qué piden los tiempos y que nos piden a nosotros?

Los tiempos actuales son difíciles y están poniendo a prueba todas las estructuras tradicionales e institucionales. Hoy tanto el pluralismo como la secularización avanzan a pasos vertiginosos, frente a una sociedad adormecida, compleja y de pensamiento débil, aunado a lo cual van los cambios de paradigmas en el pensamiento, cuyas corrientes buscan una ruptura con los preceptos de la iglesia. Se está imponiendo una mentalidad que cobra cada vez mayor fuerza, como si fuese una muralla por donde las personas no pueden escalar hasta alcanzar una conversión y una fe verdadera. El ambiente está ejerciendo influencias atractivas y muchos prefieren disfrutarlas en menoscabo de la libertad, distantes del horizonte de la trascendencia y de la salvación.

Se desprende del análisis de estos tiempos cuan urgente es emprender una evangelización renovada en sus estructuras, en el ánimo y conducta de quienes decidan hacer de sus vidas un compromiso evangelizador alegre, entusiasta, firme, para hacer realidad el testimonio de llevar la palabra dotada de amor e impulso cristiano, porque...

Las condiciones de la sociedad... nos obligan a revisar los métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana. (EN 3)

Con esta radiografía en la pantalla del entendimiento, hay que plantearse la imperiosa misión de interponer un alto a todo aquello que va oscureciendo la imagen de Dios. Esto se logra mediante el evangelio, el mejor recurso para remozarlas mentalidades y dar inicio a un verdadero proceso de conversión donde encuentre espacio, con el poder de la palabra y los sacramentos, transformar este mundo y:

Confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgente. Evangelizar constituye, en efecto la dicha y vocación propia de la iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa. (EN 14)

También es importante tener presente a los destinatarios y la responsabilidad de la apertura de su corazón, para el encuentro con Jesucristo y adhesión al misterio de Dios trinitario.

Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen, dicha tradición y novedad, como discípulos y misioneros de su reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu. (DA 11)

Aparecida ha traído propuestas muy claras: lograr que todas las comunidades cristianas tengan en plenitud la vida de Cristo y sean centros desde donde irradie el compromiso y testimonio de ser como Cristo. Así por así no se logra. Es necesario un nuevo pentecostés que libere del letargo, del cansancio y la desesperanza, de la comodidad, el estancamiento y la tibieza. Hay que transfigurar todo lo que está desfigurado comenzando por el rostro del pobre. La misión, entonces, no puede desmayar ni perder su compromiso de servir a la iglesia, defenderla y renovarla, conforme a los signos de los tiempos, signos que interpelan de parte del cristiano una respuesta valiente y sincera en bien de todos. Para ello es necesaria una fe firme, sólida, sostenida en Cristo resucitado ya que cuanto mayor es el desafío, más apasionante puede ser la audacia de buscar un mundo de justicia, amor y libertad.

3.1.1. En la vida consagrada

Por el sacramento del bautismo el hombre se hace hijo de Dios, hermano de Jesucristo y templo del espíritu Santo, llamado a seguir a Cristo y ser fiel al sacramento recibido; pero entre todos los bautizados, Dios por su infinita bondad y misterio, invita a algunos, bajo la llamada del Espíritu, a seguirlo más de cerca, de manera íntima y les pide entregarse a Dios para estar disponibles toda su vida al servicio del Reino. De ahí se desprende y lo confirma la carta a los hebreos, el alto sentido que para la iglesia tiene la vida consagrada, defendida por Cristo mediador único y definitivo, gracias a su doble naturaleza, -verdadero Dios y verdadero hombre-, fortaleza de la iglesia y escudo de la fe.

Los invitados por el Señor, si acogen libremente la vida consagrada, implícitamente aceptan con humildad y obediencia, por el reino de Dios, los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia. Jesús en su vida pública lo predicó explícitamente, hecha la salvedad de que sus palabras no solo se limitan a la vida consagrada. Jesús habló a todos los bautizados. La diferencia está en que la persona consagrada libremente ofrece su vida para vivir estas virtudes de manera más íntima con Dios y así:

Testimonia y expresa de forma ‘fuerte’ precisamente la búsqueda recíproca de Dios y del hombre, el amor que los atrae; la persona consagrada, por el mismo hecho de existir,

representa como un ‘puente’ hacia Dios para todos aquellos que la encuentran, un llamado, un reenvío. Y todo esto se afianza en la mediación de Jesucristo, el Consagrado por el Padre ¡El fundamento es Él! Él, que ha compartido nuestra fragilidad, para que nosotros pudiéramos participar de su naturaleza divina.³⁶

Los evangelios, en su doctrina, presentan la vida consagrada como un regalo; don del espíritu a la iglesia, puesto que de manera radical anuncia el plan de Dios y denuncia con sus votos lo que se opone a Él. Sentir la necesidad de la oración, vivir la fraternidad y la fidelidad al propio carisma recibido, proporciona unidad y coherencia al sacramento conferido por Dios y ratificado por la Iglesia.

Su santidad Benedicto XVI, frente a los grandes desafíos de este tiempo, habla de la vida consagrada en estos términos: “es significativo el testimonio de la vida consagrada, su aporte a la acción pastoral y su presencia en situaciones de pobreza, de riesgo y de fronteras. Alienta la esperanza, el incremento de vocaciones para la vida contemplativa masculina y femenina.” (Vaticano, 3 febrero 2010)

La historia de la iglesia es historia de salvación de donde no se borra el significado dado por el mismo Dios, en la persona de Jesucristo, a la institución encargada de velar por los más pobres en una sociedad que se aspira, ha de conducirse con entereza y ser eminentemente humana. Participar de los planes de Dios para la humanidad, desde el Ministerio sacerdotal o religioso, es vestirse con serios compromisos, por lo que a los obispos corresponde ser la columna vertebral de tal ejercicio, en colaboración con el laicado. Este tema contemplado en Aparecida dejó sentado en el documento conclusivo estas palabras: “La vida consagrada está llamada a ser experta en comunión dentro y fuera de la Iglesia. Su misión está inserta en la Iglesia Particular y en comunión con el obispo.” (DA 218)

El deseo explícitamente manifiesto en Aparecida es que la vida consagrada sea “mística y comunitaria; profética hasta en la entrega de la vida en continuidad con la tradición de santidad y

³⁶Vaticano, 3 febrero - 10/09:13 am (ACI) Vispera de la jornada de la vida consagrada Benedicto XVI.

martirio de sus miembros y apasionada por Jesús-vida del Padre para servir a los últimos desde el propio camino y espiritualidad.” (DA 220)

Mantener este camino de espiritualidad y servicio le da sentido al don de profecía, pero este debe caer, por su propio peso, del seguimiento de Cristo, con el valor testimonial de la propia vida, aun cuando se nade en las aguas de la secularización, amenaza y amago presente “también en la vida consagrada.” (DA 219)

De esta manera es casi seguro que pueden surgir vocaciones para la misión, pues el Evangelio no será palabra muerta sino experiencia de vida, visible y sentida en las comunidades, receptoras de la voz de sus pastores y, sobre todo, de la luz llegada desde lo alto gracias a la acción directa del Espíritu santo.

3.1.2. Participación y compromiso del laico.

El laico encontró su vocación en el Concilio Vaticano II. Consolidó su misión y lugar, al ser reafirmado como pueblo de Dios, con sentido de pertenencia a la Iglesia y dueño de una vocación cuya finalidad es buscar el Reino de Dios, involucrado en las realidades temporales, para trabajar según el querer de Dios. Este sentir del Concilio fue reafirmado posteriormente en El Código de Derecho Canónico que, al referirse al seguidor de Cristo, aporta la siguiente definición:

Son fieles cristianos quienes incorporados a Cristo por el bautismo, se incorporan al pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo por esta razón de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cada uno según su propia condición, son llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó a cumplir a la iglesia en el mundo.³⁷

¿Quién es el laico? Ante este interrogante el Concilio Vaticano afirma:

Con el nombre de laicose entiende aquí todos los fieles cristianos a excepción de los miembros del orden sagrado y

³⁷Código de derecho canónico, biblioteca de autores cristianos, Universidad Pontificia de Salamanca; No 201, p. 135

los que viven en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen la misión de todo el pueblo cristiano en Iglesia y en el mundo, según la parte que le corresponde. (LG 31)

El laico, por su bautismo, no solo pertenece a la iglesia; es iglesia. De ello tiene que ser consciente y vivir en comunión con el papa y los obispos, de tal manera que en él se reproduzca la imagen bíblica de la vid y los sarmientos; pero tiene que estar unido a la vid que es Cristo para dar abundantes frutos. Estar unido a Cristo afirma su sentido de pertenencia y fortalece su compromiso bautismal según la vocación que ha recibido de Dios. Esta es la viña y es éste el campo en que los fieles laicos están llamados a vivir su misión.

Cada día se aprecia en el laico el sentido creciente de su toma de conciencia, en virtud de su participación en la misión evangelizadora de la iglesia, su testimonio y entrega generosa, puesto que presenta el rostro de iglesia que asume el compromiso de los valores del evangelio en el mundo. Muchos han desafiado los embates del tiempo con responsabilidad y participación activa; cumplen tareas importantes en el ámbito social, político y cultural de los pueblos, seguros de que:

Son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás. De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. (ChL 15)

El bautismo y la confirmación, sacramentos de iniciación cristiana lo incorporan a Cristo y lo constituyen miembro de la iglesia, llamado a ejercer su función sacerdotal, profética y real en fidelidad y coherencia con el sacramento que ha recibido. En tal sentido, Aparecida se pronuncia:

Los cristianos están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”. Son “hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia. (DA 209)

El laico se desenvuelve en el mundo, pero debe recordar que pertenece a la iglesia, por lo cual está llamado a comprometerse en la construcción del reino de Dios en su dimensión temporal. Ya Pío XII decía:

...Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ello la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia...(ChL 9)

Los fieles laicos son llamados, por vocación, a construir la iglesia como una comunidad de fe, donde se cultive la oración y la caridad en bien de los hermanos e integrar una comunidad fraterna para mostrar el rostro invisible del Dios uno y trino. El mundo es el lugar de la misión del laico y en el mundo ha de encontrar el medio propicio para glorificar a Dios padre. Su misión propia y específica se realiza en el mundo, de tal modo que con su testimonio y su actividad los laicos han de contribuir a la transformación de las realidades y a la creación de estructuras justas, según los criterios del Evangelio.

El ámbito propio de su actividad evangelizadora es el mismo mundo vasto y complejo de la política, de realidad social y de la economía, como también el de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los ‘mas media’, y otras realidades abiertas a la evangelización, como son el amor, la familia, la educación de los niños y adolescentes, el trabajo profesional y el sufrimiento. (DA 210)

En el complejo mundo de las realidades donde el laico se agita de manera directa -la familia, la educación, la política y la sociedad-, está llamado a participar activamente, pues como sujeto de esas realidades le atañe el deber de transformarlas con su trabajo, pensamiento y acción.

Esto reclama una formación en la doctrina social de la iglesia, donde encontrará los ejes destinados a sostener en su conciencia la escala de sus deberes y derechos. Entonces,

Para cumplir su misión con responsabilidad personal, los laicos necesitan una sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y un adecuado acompañamiento para dar testimonio de Cristo y de los valores del Reino en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural. (DA 212)

La misión de la iglesia es la salvación ofrecida por Jesucristo. Su finalidad es restaurar el mundo en Cristo y llevarlo a su encuentro. El creyente fiel a la voluntad de su Señor, de manera responsable, ha de cumplir la misión de Cristo. Para lograrlo, toma su fuerza del bautismo y unido con los presbíteros y religiosos tiene el compromiso de acudir a la única e intransferible misión de la iglesia: trabajar por la edificación del reino de Dios. Cada uno en su vocación, halla oportunidad para santificarse y santificar el mundo asumiendo las realidades terrenas con criterios cristianos, pues:

Los laicos también están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, primero con el testimonio de su vida y, en segundo lugar, con acciones en el campo de la evangelización, la vida litúrgica y otras formas de apostolado según las necesidades locales bajo la guía de sus pastores. Ellos estarán dispuestos a abrirles espacios de participación y a confiarles ministerios y responsabilidades en una Iglesia donde todos vivan de manera responsable su compromiso cristiano. A los catequistas, delegados de la Palabra y animadores de comunidades, que cumplen una magnífica labor dentro de la Iglesia, les reconocemos y animamos a continuar el compromiso que adquirieron en el bautismo y en la confirmación. (DA 211)

Hay una tarea indispensable destinada a los laicos: ser profetas en la Iglesia. Esto los compromete a ser testimonio de vida y anuncio fiel de Buena Nueva de la palabra en el Espíritu, bajo la guía del magisterio de la Iglesia, viviendo en fidelidad, amor y respeto el matrimonio, siendo padres ejemplares y de probada virtud con los valores del Evangelio. Esto es así porque “a los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando según Dios, los asuntos temporales.” (LG 31)

Servir es parte esencial de la vida cristiana pues tienen que resonar en la mente y el corazón las palabras de Cristo que vino a servir y no a ser servido. Se requiere disposición, para que su tarea en la iglesia no desvíe la fidelidad y la alegría en bien de los hermanos.

3.2. Un nuevo pentecostés.

Los obispos reunidos en Aparecida recordaron a todos la urgencia de llevar adelante un gran impulso misionero. Hicieron énfasis en que es la hora de la gracia, cuando el bautizado con humildad y coraje debe asumir el reto que los tiempos presentan.

Todo en la vida de hoy pide la bajada del Santo Espíritu y por eso la Iglesia de América Latina y el Caribe, con marcado énfasis, lo dejó plasmado en el Documento conclusivo: “Necesitamos un nuevo pentecostés ¡necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vida de sentido, de verdad y amor, de alegría y de esperanza!” (DA 548)

A los bautizados compete asumir esta misión confiados en el Espíritu Santo que anima y fecunda la vida de la iglesia, hasta perder el miedo a la turbulencias de las olas, puesta la seguridad y la confianza en el Señor. El Señor otorga el coraje necesario para ir con ardor y pasión a los ambientes más difíciles y como los discípulos, ser pescadores de hombres. Esto lo vio el Papa Pablo VI y desde su Pontificado, se escuchan sus palabras como si hubieran sido inspiradas por este siglo XXI:

Las condiciones de la sociedad... nos obligan... a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana. (EN 3)

Sabemos que cada nación, pueblo, cultura es diferente. Hay realidades particulares, tradiciones, maneras de ser y de pensar, pero en toda cultura es necesario que el misionero, lleno de la alegría que produce el encuentro con Cristo, done su testimonio de vida “Proclamar de

ciudad en ciudad, sobre todo en los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios. (EN 6)

Ayer como hoy los pueblos originarios y las diversas culturas como la afroamericana representan un reto para la misión, puesto que muchos de ellos salen a luchar por sus derechos y mayor participación en la toma de decisiones, no solo de la vida eclesial, sino también en el ámbito político, económico y social. Aumentan cada día los gritos de estos hermanos que reclaman lo que les pertenece como creaturas de Dios. La iglesia no puede ser sorda a esas voces y tiene que acoger con gozo y esperanzas sus preocupaciones, indica Aparecida:

Los indígenas y afroamericanos emergen ahora en la sociedad y en la iglesia. Este es un Kairos para profundizar el encuentro de la iglesia con estos sectores humanos que reclaman el reconocimiento pleno de sus derechos individuales y colectivos, ser tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, y sus valores sus identidades particulares, para vivir un nuevo pentecostés eclesial. (DA 91)

Los dones y carismas derramados por el Espíritu Santo han ayudado a la iglesia en su tarea de evangelización. Con este obsequio, los misioneros salen al encuentro de sus hermanos a renovar la presencia del Espíritu de manera decidida y valiente. Los misioneros, con la Palabra de Cristo, son continuadores de la obra de la salvación: “Ustedes son una carta de Cristo redactada por el ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el espíritu de Dios vivo.” (cf. 2 Cor 3,3) Es con la fuerza del Espíritu Santo, enviada por el Padre, como se continúa la misión, pues esa misma fuerza mantiene frescas en la iglesia las palabras de Cristo.

El nuevo pentecostés debe irrumpir en todas las estructuras de la iglesia; debe estremecer la vida de hombres y mujeres para que los haga disponibles en esta noble misión, en torno a lo cual se pronuncia Aparecida:

Esperamos un Nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión la acomodación al ambiente, una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y

haga posible un atractivo testimonio de unidad para que el mundo crea. (DA 362)

Las parroquias tienen que ser renovadas, ser espacios de diálogo, red de comunidades, donde los cristianos se sientan importantes, tomados en cuenta, acojan la palabra de salvación y puedan celebrar con gozo la cena del Señor.

4. Eucaristía: Base, cima y sustento de la fe

La Iglesia no debe emplear métodos proselitistas para buscar adeptos seguidores del Evangelio fieles hacia Cristo, en ese encuentro personal puesto a disposición de la comunidad en todas las celebraciones eucarísticas, memorial de la pasión, el camino del Calvario, la muerte y la resurrección. Como celebración es la más importante y completa de la Iglesia a la que debemos asistir convencidos de que es el testamento dejado por Jesús, con quien nos encontramos directamente, en la persona del sacerdote celebrante del misterio de la fe.

Jesús quiso perpetuar su alianza con los hombres, quedarse hasta su segunda venida y de este deseo nació la institución de la Eucaristía, en ocasión de la última cena Pascual, rodeado de sus discípulos. Esto lo comenta el evangelio de Mateo:

Mientras estaban comiendo Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se las dio diciendo: Bebed de ellas todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. (cf. Mt 26, 26-29)

Este sacrificio se lo confió a la iglesia para que, a través de ella, los creyentes puedan alimentarse de su cuerpo y sangre, misterio que vio así el Concilio Vaticano II: "...Banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera." (SC 47)³⁸ La Eucarística que Instituyó en presencia de sus discípulos, memorial de su ofrenda al Padre, surgió con la finalidad de la salvación de los hombres, para el perdón de los pecados. Jesús autoriza a sus apóstoles a repetir esta virtud, cada vez que estén reunidos en su

³⁸ En adelante se citará de la siguiente manera SC (Sacrosanto Conciliun , N47) Vaticano II

nombre y a realizarlo en su memoria. A través de este sacrificio y cada vez que se reúnen en el nombre del Señor están en comunión con Él y participan de la vida divina. Así lo enfoca el catecismo de la iglesia católica: “Este sacrificio es único da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios.” (cf. Hb 10, 10) Ante todo es un don del mismo Dios Padre: “es el padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con Él (cf. Jn 15, 13) ofrece su vida (cf. 10,17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo, (cf. Hb, 9, 14) para reparar nuestra desobediencia.” (CIC 614)

Todo encuentro con Cristo en la Eucaristía es una experiencia en la que el ser humano, de manera personal e íntima, se sumerge en el misterio insondable del amor en el que Cristo Eucaristía manifiesta cuánto lo ama, por lo tanto, solo le queda al hombre devolver con amor ese maravilloso encuentro.

El ser humano que recibe esta gracia está llamado a servir con alegría a sus hermanos, puesto que Dios lo dota de capacidad para convertir en acción su vida dando frutos en abundancia, fortaleza ante el sufrimiento, pruebas, temores y angustias y ser digno de fe y esperanza en medio de sus hermanos. Los discípulos deben considerarlo así, dice Aparecida:

La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo...

En cada Eucaristía los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea, cada vez, más vida eucarística.

La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Allí el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que han escuchado y vivido. (DA 251)

La iglesia sacramento de Cristo ha tenido siempre presente en el trascurso de la historia la memoria fiel de lo que Jesucristo quiso como bien para los creyentes; por tradición apostólica celebra, de domingo a domingo, el misterio pascual llamado domingo día del Señor, día en que la comunidad de fieles se reúne para celebrar las dos mesas: la mesa de la palabra y la mesa de la eucaristía, con la finalidad de escuchar al Señor que habla a través de sus palabras y nutrirse con

su gracia con el cuerpo y la sangre de Cristo. Con esta celebración evoca la muerte y resurrección de Cristo y le agradece la nueva vida que trajo la resurrección. El domingo es, pues, un día de gran importancia en torno a lo que significa el precepto, por lo que Aparecida sostiene:

Sin una participación activa en la celebración eucarística dominical y en las fiestas de precepto no habrá un discípulo misionero maduro. Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía. Es importante por esto promover la “pastoral del domingo” y darle “prioridad en los programas pastorales” para un nuevo impulso en la evangelización del pueblo de Dios en el Continente latinoamericano. (DA 252)

La Eucaristía es la fuente y cumbre de la vida cristiana y de la iglesia (LG 11) y es así puesto que la comunidad primitiva, desde los comienzos, tuvo una clara concepción de lo que significaba la vida cristiana, como aparecen narrados, en los Hechos de los Apóstoles, textos, a través de los cuales nos enteramos de que la comunidad era constante en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones. (cf. Hch 2, 42) Esto lleva a que todos los participantes de la mesa del Señor tengan que vivir de acuerdo a lo que han recibido, para que la vida sea expresión de Cristo resucitado. En esta comunión de pensamientos, ha de realizarse también la comunión de acciones, para salir al encuentro del hermano y comunicarle la alegría de la buena noticia. A ejemplo de esas primeras comunidades cristianas debe ser la celebración eucarística en todos los templos católicos e inspirarse en las palabras de la Constitución Sacrosanctum Concilium en las que leemos:

...la Iglesia con solícito cuidado procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no solo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfecciona día a día por Cristo, mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos. (SC 48)

El cristiano convencido de que su destino es el del maestro, al recibir la eucaristía, al tener presente que se convierte en signo de unidad y comunión con sus hermanos y que su acción debe ser la justicia y la solidaridad, ya que el mundo donde vive está lleno de miserias, solicita samaritanos que vayan a curar su heridas. Esto será posible cuando descubra su carácter misionero de ir al mundo y ser signo de esperanza. Entonces, como en Aparecida hay que decir:

Si Jesús vino para dar vida en plenitud, la parroquia tiene la hermosa ocasión de responder a las grandes necesidades de los pueblos. Lo realizará, aún en medio de los contratiempos, si no se aparta del camino de Jesús y llega a ser buena samaritana como Él. Cada parroquia debe hacer concretos los signos solidarios de su compromiso social en los diversos medios donde ella se mueve, con toda la imaginación de la caridad. No puede ser ajena a los grandes sufrimientos que vive la mayoría de gente y que, con mucha frecuencia, son pobreza escondidas.

Toda auténtica misión reúne en una sola unidad, su preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas, para que todos alcancen la plenitud que Jesucristo ofrece. (DA 176)

La falta de justicia, de solidaridad, de respeto, de reconocimiento, de equidad, de compromiso, de responsabilidad; la ausencia samaritanos, de amigos, de cireneos, de servidores fieles, de casas donde haya acogida son razones que vagan por el mundo sembrando sobresaltos y pregonando las múltiples necesidades de todos los hombres. Esto es consecuencia, tal vez, de la falta de Dios y de una fe que dé espacio al ingreso de las bienaventuranzas en el corazón de la humanidad.

5. Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

El Documento conclusivo de Aparecida informa que Latinoamérica y el Caribe cuentan, entre los recursos de su patrimonio, una población mayoritariamente cristiana porque ha recibido el bautismo, dato de gran valía para apreciar esta franja continental como un lugar prometedor de esperanza. No obstante, el mismo documento aconseja, porque vivir sometidos a tantas influencias tiene sus riesgos, echar a andar las ruedas de proyectos y programas destinados a la protección del ambiente, en todas las acepciones que el concepto acepta, despojado de

agresividades y sí lleno de amor, donde el miedo y las angustias no frustren las gestiones de las cuales surja todo cuanto pueda hacer de este mundo un campo sostenible. El territorio latinoamericano y caribeño no es arisco, por lo que el episcopado que lo tiene bajo su responsabilidad, aun en medio de los plurales retos que conscientemente debe superar, arribó a este puerto: “Reconocemos el don de la vitalidad de la iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe, su opción por los pobres, sus parroquias, sus comunidades, sus asociaciones, sus movimientos eclesiales, nuevas comunidades y sus múltiples servicios sociales y educativos.” (DA 128)

Aquí hay terreno fértil para esparcir la semilla y a la iglesia corresponde tomar los enseres y salir a transformarlos en parcelas de cultivo, aptas para alimentar el espíritu y hacer que broten desde México hasta la Patagonia y el Caribe, renuevos que crezcan y surquen los mares más allá del horizonte que la vista alcanza. Es decir, que el momento histórico de la globalización sea mejor llamado mundialización porque ha engendrado una sociedad verdaderamente humana, respetuosa de culturas, de tradiciones y comprensiva en la diversidad, sin marginaciones de credos que impidan el diálogo ecuménico.

La religión tiene su puesto en este hoy. Esto es conocido. Así ha sido siempre porque al quehacer cultural no le es ajena la necesidad de orientar éticamente sus acciones, así que la Iglesia católica de América Latina y el Caribe debe considerar que el Documento conclusivo de la V Conferencia del Episcopado lo que grita, con todas sus fuerzas, es el reto de constituir una sociedad plenamente humana.

La fe religiosa incorpora a la vida el sentimiento de la esperanza, para lo cual la razón tiene que estar en su sitio, para ingresar al mundo y entenderlo, para luchar contra las cárceles del miedo que están en el propio corazón y que hacen al hombre tener miedo de sí mismo como pensó Juan Pablo II, por lo que aconsejó:

...para liberar al hombre contemporáneo del miedo de sí mismo, del mundo, de los otros hombres, de los poderes terrenos, de los sistemas opresivos, para liberarlo de todo síntoma de miedo servil a esa fuerza predominante que el creyente llama Dios, es necesario desearle de todo corazón

que lleve y cultive en su propio corazón el verdadero temor de Dios, que es el principio de la sabiduría. Este temor de Dios es la fuerza del Evangelio...³⁹

Efectivamente, del Evangelio se trata. Por eso Aparecida, frente a los retos identificados para la iglesia de América Latina y el Caribe propone servicios, en los que deben comprometerse todos los sectores que forman el cuerpo que se llama Iglesia, quienes al fin y al cabo como pueblo vivo forman el pueblo de Dios. Entonces, en una actitud de correspondencia con lo reunido en el Documento conclusivo y con una síntesis del mismo como recurso metodológico, encuentran lugar, citadas por variables, junto a los desafíos, una serie de medidas para no ir a tientas hacia el Reino de Dios.

¿Quién dijo miedo? Pareciera que de esto nadie se escapa porque los temores y las angustias han ido cobrando la fuerza de los huracanes cuando devastan los campos, borran los límites y provocan que los mismos quebrantos de aquí sean los de allá. No hay fronteras. Las causas se parecen, cuando no son las mismas y los efectos, similares. Los remedios propone Jesús García Trapiello O.P. (1997) es bueno localizarlos en las Sagradas Escrituras, “puesto que La Biblia se preocupó de la realidad humana en todas sus manifestaciones,...garantizados por la asistencia divina.” (Juicio bíblico sobre el miedo humano, Angelicum Vol. LXXIV, Roma 1997, p. 37)

Si Dios es el creador y Padre de Jesucristo hay que poner en Él la mirada para hacer de este mundo un espacio sostenible, pues como enfoca Aparecida, “El Señor ha entregado el mundo para todos, para las generaciones presentes y futuras...” (DA 126)

Hecho un resumen, el mundo será un espacio sostenible si:

- Los estados funcionan como tales, hay transparencia y rendición de cuentas a la ciudadanía, se garantiza la existencia de la nación y de la democracia afianzada en la promoción de los derechos humanos.
- La organización eclesial mantiene fidelidad a los principios esenciales de la fe, el ejercicio evangélico y la doctrina de la Iglesia.

³⁹ Olimón Nolasco 1994 “Más allá del miedo”... La cuestión social No. 326

- Se respeta la cultura del trabajo.
- Desde las comunidades cristianas se construye la paz y, sobre todo, se proclama la fe, depositaria de una confianza absoluta en Dios.
- Hay verdadera protección del ambiente, se respeta la familia y se reconoce el valor del servicio a la vida.

Se comprende, entonces, que la superación del miedo y la angustia personal o colectiva, responde a un ejercicio de consistente humanidad, en el que la fuerza del Evangelio enseñe, gracias al magisterio de la Iglesia, que el encuentro con Cristo es una verdad y no una utopía, porque los pastores, sean consagrados o laicos, son fieles al envío hecho por el mismo Jesucristo.

La Iglesia debe ser valiente y confiar también en el hombre que, aun con sus flaquezas y debilidades, es capaz de procurar la paz y vivir el amor, con el estandarte en sus manos y en su espíritu de que Dios es el único Ser supremo, creador y Señor del universo.

CONCLUSIONES

La Iglesia en Latinoamérica y el Caribe enfrenta el compromiso de vencer desafíos de todo orden en las distintas esferas de la vida, donde han tomado posesión del ambiente disturbios que ponen en riesgo la tranquilidad porque someten al hombre y llenan su ánimo de zozobras, producto de la angustia y el miedo que día a día los aqueja. De esto se entera quien lea el Documento conclusivo de Aparecida pues en Aparecida se hizo un exhaustivo análisis del comportamiento latinoamericano y caribeño, estudio que da continuidad a las cuatro conferencias celebradas por el episcopado. Por eso es de puntual cuidado escuchar la voz de los obispos hecha letra en el citado documento, por aquello de que sus páginas exponen con claridad las causas del temor que se esparce en todo el continente, como resultado de las múltiples contradicciones en las que el hombre se debate. De allí surgió el tema de esta tesis ante la interrogante sugerida por la realidad: ¿Qué respuesta desde el seno de la Iglesia podemos dar al ser humano para superar sus angustias y sus miedos?

La población latinoamericana y caribeña es mayoritariamente católica, sin embargo, es un verdadero desafío anunciar a Jesucristo, para ver en ese pueblo cómo la fe crece y madura. Aparecida solicita discípulos misioneros porque confía en los buenos resultados de la evangelización, tarea que debe estar en la conciencia de todos los bautizados, en virtud de lo cual propone estrategias de inmediato, mediano y largo alcance que unidos podemos lograr. Como respuesta, arribamos a las siguientes conclusiones:

- Evangelizar es compromiso de todos y debe tener como eje el conocimiento de la vida cotidiana del pueblo a quien se dirigen las acciones de pastoral, porque el punto de partida debe ser la realidad y con ella, la verdad. Por lo tanto, el método de ver, juzgar y actuar es enteramente vigente.
- Seguir las recomendaciones de los documentos emanados desde el seno de la Iglesia, los del Vaticano y los de las iglesias particulares, tal como se desprende del Documento conclusivo pues ver, juzgar y actuar necesita bases teológicas aptas para reconocer el rostro de Cristo en cada hombre y en cada pueblo.
- Promover una evangelización renovada que atienda los rostros de pobreza, del excluido, el triste, de los que detentan el poder y causan daños para llevarlos hacia la conversión.

Que esa evangelización estimule la práctica de la oración y se comprometa con la justicia, en comunión con la justicia social de la Iglesia.

- Identificar, de acuerdo a los planteamientos del Documento conclusivo, cuáles son las sombras que generan miedos y angustias, para llevar con el evangelio las luces, única fuerza antagónica para enfrentar la violencia, gracias al lenguaje del amor porque este llega al corazón de todos, independientemente de su idiosincrasia y su cultura.
- Al ser discípulos misioneros, como pide Aparecida, aprendemos y enseñamos porque ver la realidad solicita adaptación a tiempos y lugares, es decir, se practica la inculturación y esta se consigue a partir de un diagnóstico de los escenarios a donde se lleve el mensaje de Jesús.
- Si todos los bautizados somos discípulos misioneros lograremos la unión, pastoreados por el Obispo de cada iglesia particular.
- Guiados por los presbíteros, los laicos conducirán el plan pastoral diocesano en cada parroquia.
- Comprender que renovar no es cambiar el mensaje del Evangelio, sino buscar estrategias y métodos participativos con el laico porque a mayor número de agentes formadores, mayores resultados en la conversión y, por supuesto, el encuentro personal con Cristo y la Iglesia que Él fundó.
- La iglesia nace, se nutre y se sostiene con la evangelización porque la evangelización debe cumplir el proyecto de Jesús y dar a conocer el significado de la fe, quizás el mayor desafío de todos los que Aparecida enfoca.
- La Biblia es la fuente primaria, pero no la única porque los documentos de la Iglesia, por derivar de la primera, se constituyen en fuente de primera mano, hechos por personas especializadas en la materia cuya vida es un testimonio de aquello que predicán.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abad, Julián (2008) **Pakistán entre la esperanza y el miedo**
- Alayza, Ernesto (1990) **La construcción de la paz desde las comunidades cristianas**, editorialcentro de estudios y publicaciones.
- Altamira, Alfredo H. (1987) **Miedo, agresión y dominación en el matrimonio**, revista CIAS-editorial Guadalupe, No, 363
- André, Christophe (2005) **Psicología del Miedo: temores, angustias y fobias**. Barcelona, Plaza edición 1ª Edic.
- Benedicto XVI (2006) **Deus Caritas est**, ediciones Paulinas
- _____ (2009) **Jornada de la vida consagrada**,
- _____ (2007) **Jesús de Nazaret** Bogotá, Edit. Planeta Colombiana S.A.2ª Edic.
- _____ (2006) **Fe, razón y universidad**. Recuerdos y reflexiones. Discurso en la Universidad de Ratisbona:
www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents
- Biblia de Jerusalén (1986) Bilbao Edit. Descleé de Brower, S. A.
- Borbodio, Dionisio (2001) **Misión y ministerio de los laicos**. Salamanca Edic. Sígueme
- Cano Vindel, Antonio (2004) **La ansiedad**, panamericana editorial
- Caseras, Xavier (2009) **Trastornos de ansiedad: crisis de angustia y agorafobia**, Amat editorial
- Catecismo de la Iglesia Católica (1997) Editorial San Pablo
- CEP (2010) **Itinerario Misionero**, Editorial Senda
- CELAM (1968) **Documento de Medellín**
- CELAM (1975) **América Latina Misionera** BogotáDC. Edic. Paulinas
- CELAM (1979) **Documento de Puebla, tercera edición**
- CELAM (1991) **La cultura de la vida**. Bogotá
- CELAM (1991) **Evangelización y adveniente cultura Fe y cultura 2**. Bogotá
- DCCCELAM (1992) **Documento de Santo Domingo**, editorial san Pablo
- CELAM (1997) **Fe y Teología en América Latina**. Bogotá DC. Colección Documentos, 148.

- CELAM (2007) **Documento Conclusivo Aparecida**, editorialsan Pablo
- CELAM (2007) **Documento Conclusivo**. Bogotá San Pablo. DC
- CELAM (2008) **La espiritualidad de la acción misionera** Bogotá DC.
- CELAM (2008) **Los laicos discípulos misioneros**. Bogotá DC.
- Código de Derecho Canónico (1990) Biblioteca de autores cristianos
- Concilio Ecuménico **Vaticano II**, Ediciones Paulinas
- Conferencia Episcopal Colombiana (1997) **fe y coherencia moral**,
- Delumeau, Jean (2005) **El miedo en Occidente** México Edit. Taurus 1ª Edic.
- Doctrina Social de la Iglesia
- Estralgo, Pedro Laín; **Filosofía del miedo**, Cuadernos hispanoamericanos, imprime Gráficas 82, S.A. Lérida, 41-28020 Madrid
- Farré, Luis (1998) **Breve historia de la espiritualidad**. Argentina Editorial Claridad.
- García Márquez, Gabriel (1982) “**La soledad de América Latina** “Madrid. **El País**.
- González, Luís José (1984) **Antropología perspectiva latinoamericana** USTA, Bogotá
- Iniesta, Alberto (1989) **Quien dijo miedo, Didascálica**, publicada por Institución Salesiana
- Jiménez Cadena, Álvaro, S.J. (2007) **Quiero y puedo controlar mis miedos**, ediciones Paulinas
- Juan Pablo II (1984) **Sentido cristiano sobre el sufrimiento** Bogotá Edic. Paulinas.
- _____ (1986) **El anuncio del Evangelio hoy**. Bogotá Edic. Paulinas.
- _____ (1989) **Los fieles laicos** Bogotá Edic. Paulinas. Bogotá ,1984
- _____ (1990) **Redemptoris missio** julio, 1990
- _____ (1995) **Carta a las mujeres**. junio, 1995
- _____ (1997) **El miedo a los demás**, ediciones mensajero Juan XXIII (1993)
- _____ (1998) Discurso 7/4/1998, No. 3
- _____ (1999) Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in América Bogotá Paulina
- _____ (2000) Incarnationes Mysterum, Bula del gran jubileo
- _____ (2003) **Doce desafíos**. Discurso a los obispos latinoamericanos Vaticano

- Juan XXIII (1993) **“Pacem in terris” Trascendentales mensajes sociales.** Bogotá Edit. Kimpres Ltda. Bogotá
- Pablo VI (1993) **Evangelii inuntiandi Trascendentales mensajes sociales.** Bogotá Edit. Kimpres Ltda.
- _____ (1975) Exhortación Apostólica **Gaudete In Domino**, sobre la alegría **cristiana No. 1**
- Mardones, José María (1984) ¿Tenemos hoy los cristianos miedo a la libertad? Iglesia viva Núm. 114
- _____ (2009) **Religión y humanismo**, CSIC Madrid
- Olimón Nolasco, Manuel (1994) **Más allá del miedo**, editorial promoción y cultura social.
- Palmes, Carlos S.J. (2003) **La vida religiosa**, revista testimonio - No 196
- Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud (2001) **Iglesia, droga y toxicomanía**, Librería Editrice Vaticana
- Sandoval, Mario (2003) **La juventud de hoy: problemas, desafíos y potencialidades**, Revista testimonio No. 196
- Sínodo 2012 (2011) **La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.**
- Trapiello García, Jesús (1997) **Juicio Bíblico sobre el miedo humano**, revista Angelicum ,Volumen LXXIV
- Urdanivia, Eduardo (1991) **En vez de sentir miedo sintamos más confianza**, centro de estudios y publicaciones.
- Vallés, Carlos G.(2005) **No temas**, editorial san Pablo

DICCIONARIOS

- Casares, Julio **Diccionario ideológico de la Lengua Española.** Segunda Edición Edit. Gustavo Gili, S.A. Barcelona, 1981
- Ediciones Mensajero, **Diccionario de Psicología**, España, 1991
- Real Academia Española de la Lengua, **Diccionario de la Lengua Española** Vigésimo Primera Edición. Madrid, 1992
- Tamayo Acosta, Juan José, **Nuevo Diccionario de Teología** Edit. Trolta S. A, 2005

FUENTES ELECTRÓNICAS

- Bejar Merino, Helena (1998) **Norbert Elías. Sociología del miedo.** obtenida el 10 de octubre de 2011
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=249405>
- Delameu, Jean (SF) **Miedos de ayer y de hoy.**
El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural.
<http://es.scribd.com/doc/40857863/El-Miedo-Reflexiones-Sobre-Su-Dimension-Social-y-Cultural2>
- Fernández, G. y Pedroza J. M. (2008) **Antropología del miedo**
http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/titule/gerardo-fernandez-juarez-jose-manuel-pedrosa-ed-antropologias-miedo-vampiros/id/52823126.html
- Hartfiel, Marisel **La construcción social de la muerte.** Una mirada actual
 15-6-2007
<http://www.cucaiba.gba.gov.ar/002.htm>
- Marina, José Antonio **Anatomía del miedo.** Versión 1.0 enero 2007 ISBN:84-339-6250-7
<http://www.joseantoniomarina.net/PDF/Anatomia%20del%20miedo%20biobibliograf%EDa%20v1.2.pdf>
- Portal, Ana María (SF) **Estrategias simbólicas para enfrentar lo urbano. El miedo como organizador cultural.** Obtenido el 18 de octubre de 2011
http://uam-antropologia.info/web/articulos/estrategias_simbolicas.pdf
- Preciado Z. Julia (2006) **Reseña sobre sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales.** Obtenida 20 de octubre de 2011
<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/138/13813307.pdf>

Schiappacasse, G

Los miedos colectivos

<http://www.atinachile.cl/content/view/20868/losmiedos-colectivos>

Sörgel, Rainer

La superación de la angustia fundamental del hombre por medio de la fe en Jesucristo. Boletín Encuentro N° 4

Wikipedia Miedo <http://es.wikipedia.org/wiki/Miedo>
23/02/2011

Anexo

La tesis consta de tres partes claramente definidas puesto que la hemos señalado por capítulos, el primero de los cuales es un intento por establecer acercamientos con la realidad en la que se debate la vida cotidiana del hombre actual y de ir tras los conflictos reconocidos en los estados anímicos de angustia y de miedo.

Lo expuesto en el primer capítulo, visto como desafíos para la Iglesia, requiere de parte de la misma, de los presbíteros y laicos, ejercicios que ayuden a vencer esos temores. Pensamos que gracias al magisterio de la Iglesia esto es posible por lo que hemos buscado las enseñanzas vertidas en las fuentes didácticas de las Sagradas Escrituras, encíclicas, exhortaciones apostólicas, Catecismo y, entre otros, los documentos conclusivos de conferencias episcopales de América Latina y el Caribe. Estos documentos son los ejes significativos para la localización de ideas esenciales en los ejercicios de pastoral con los cuales aspiramos a lograr el encuentro con Cristo.

Se trata de reunir saberes de carácter teórico y espiritual, porque las emociones se educan y tanto los miedos como la angustia son estados emotivos.

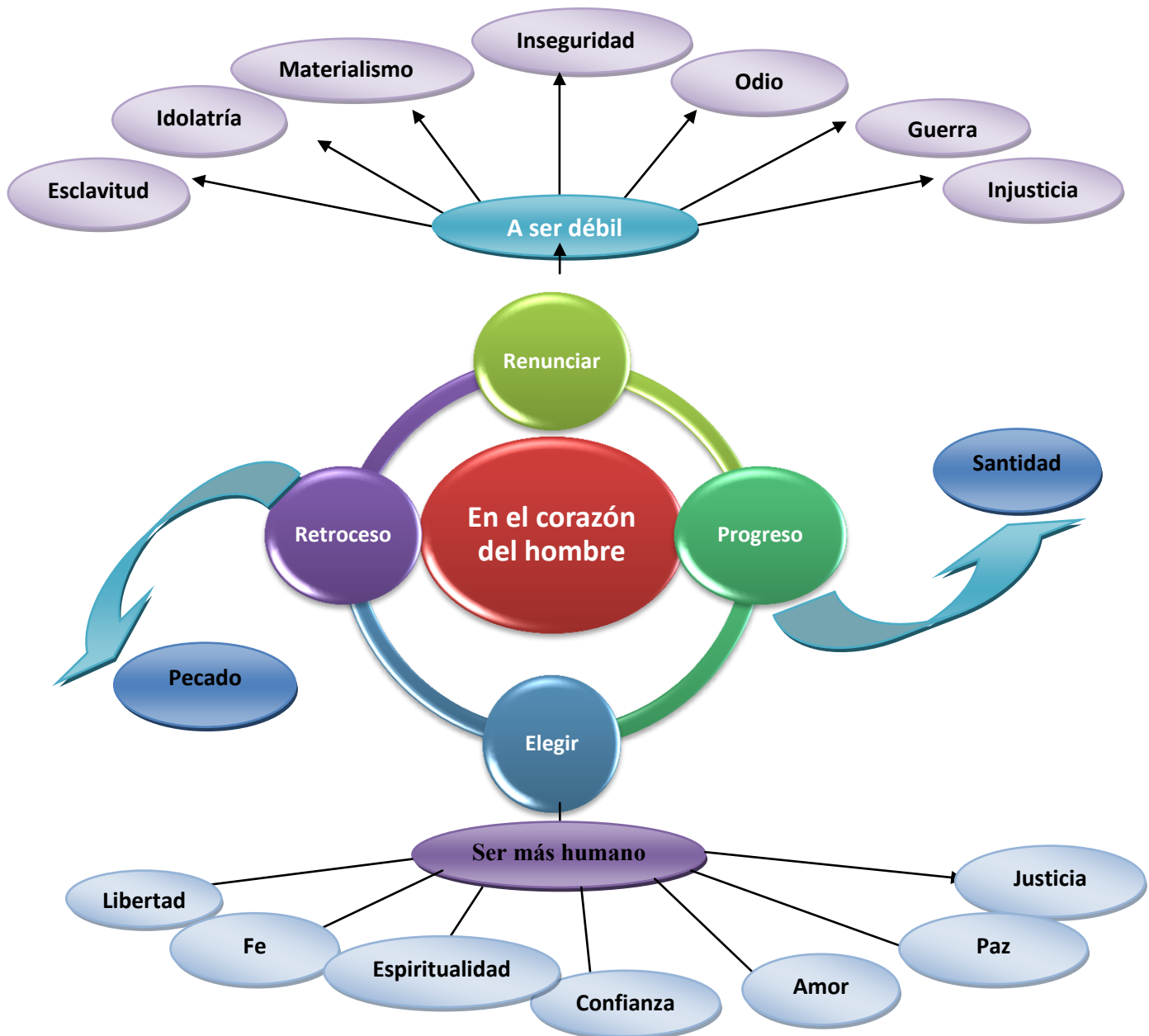
Este es el contenido de los doce esquemas que conforman el anexo, en los que hemos tratado de ofrecer los rasgos esenciales que desarrolla cada capítulo. Los presentamos, después de la conclusión porque ahí están las claves que pueden facilitar de manera sencilla, la búsqueda de puntos específicos para profundizaciones o ampliaciones posteriores, a las que deseen llegar los posibles lectores de esta tesis.

CAPÍTULO I

Esquema 1

El ser humano sus problemas y necesidades

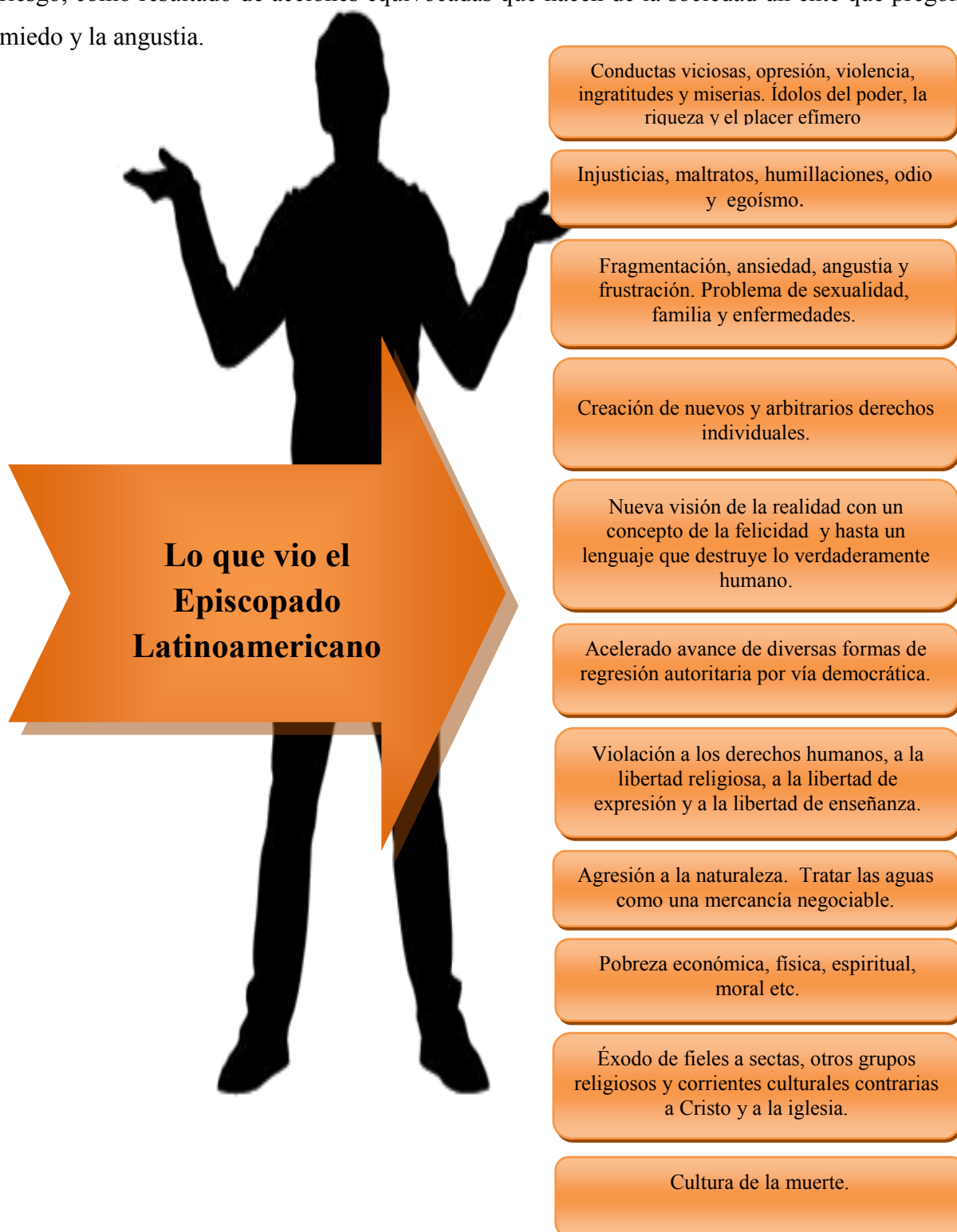
El esquema recoge las diferentes manifestaciones de conducta que hay en los seres humanos: Unas negativas, a las que el hombre debe renunciar y otras positivas que deben ser su opción de vida porque Dios le dio la gracia de tener libertad moral para saber elegir entre el bien y el mal.



Esquema 2

La sociedad actual: heraldo del miedo y de la angustia

El episcopado Latinoamericano analizó la realidad de América Latina y del Caribe. De este estudio comprendió que los latinoamericanos y caribeños viven en medio de situaciones de riesgo, como resultado de acciones equivocadas que hacen de la sociedad un ente que pregona el miedo y la angustia.



Esquema 3

Miedos que experimenta el ser humano

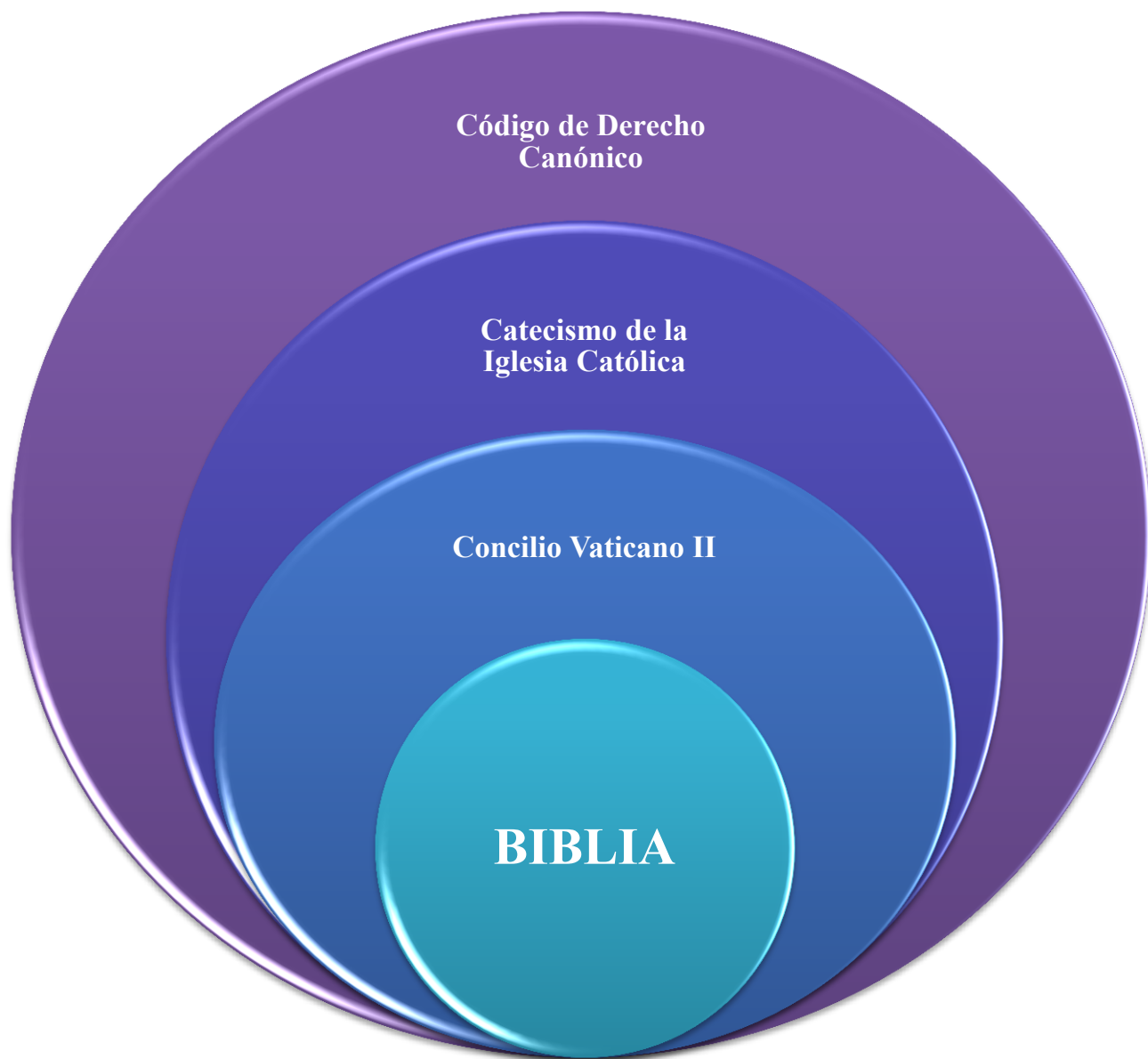
El miedo, palabra clave del primer capítulo, se puede manifestar de distintas maneras: Hay miedos individuales y hay miedos colectivos. Todos son los resultados de las emociones que el ser humano experimenta en el diario vivir.



CAPÍTULO II

Esquema 4

Magisterio remite a otros conceptos: didáctica y educación. Esto es lo que se recoge en los documentos que usa la iglesia para emitir sus enseñanzas y sus disposiciones. En la base de esa estructura circular están las Sagradas Escrituras, surtidor de donde brota la fuente de agua viva con que el hombre puede limpiar sus culpas y encaminarse hacia el encuentro con Cristo.



Esquema 5

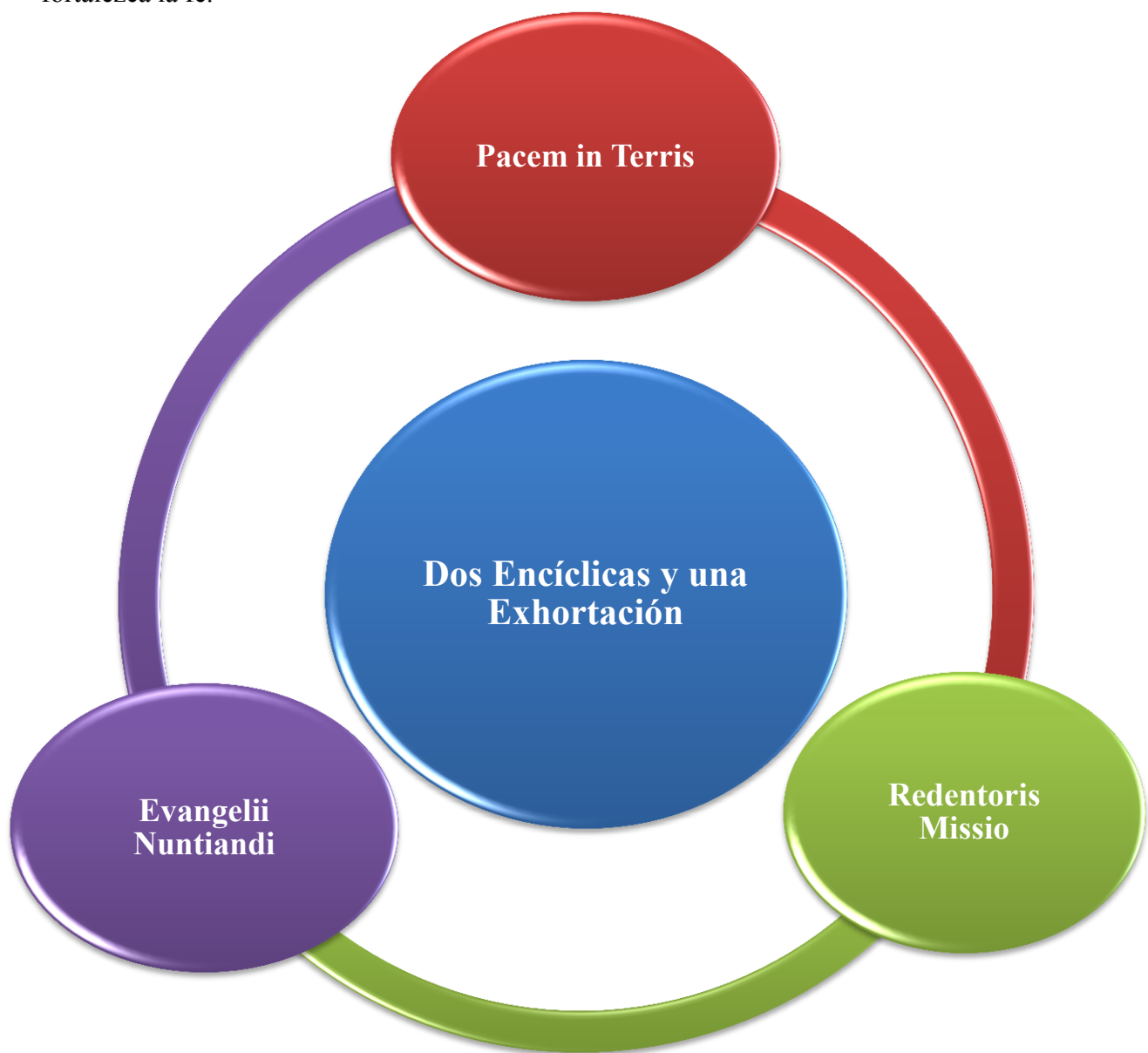
Las conferencias generales del Episcopado de América Latina examinan la vida del continente y el andar de la Iglesia por estos lugares. En el pasado siglo y hasta la fecha (V Conferencia), siguen las pautas del Concilio Vaticano II, con el firme propósito de avaluar los frutos del Evangelio y de poner en práctica ejercicios que contribuyan a mantener la fe, en el contexto de nuestras realidades



Esquema 6

El hombre puede adquirir formación para hacerle frente a los desafíos que la vida presenta y que en Latinoamérica y el Caribe han sido identificados por la Iglesia, como lo comprobamos al leer las páginas del Documento conclusivo de Aparecida, tema particular de nuestra tesis.

Aparecida busca soluciones. Nosotros proponemos, sin negar las bondades de los documentos emanados de la Iglesia, el valioso contenido apostólico de dos encíclicas y una exhortación apostólica. Son tres textos altamente educativos a favor de una misión que reavive y fortalezca la fe.

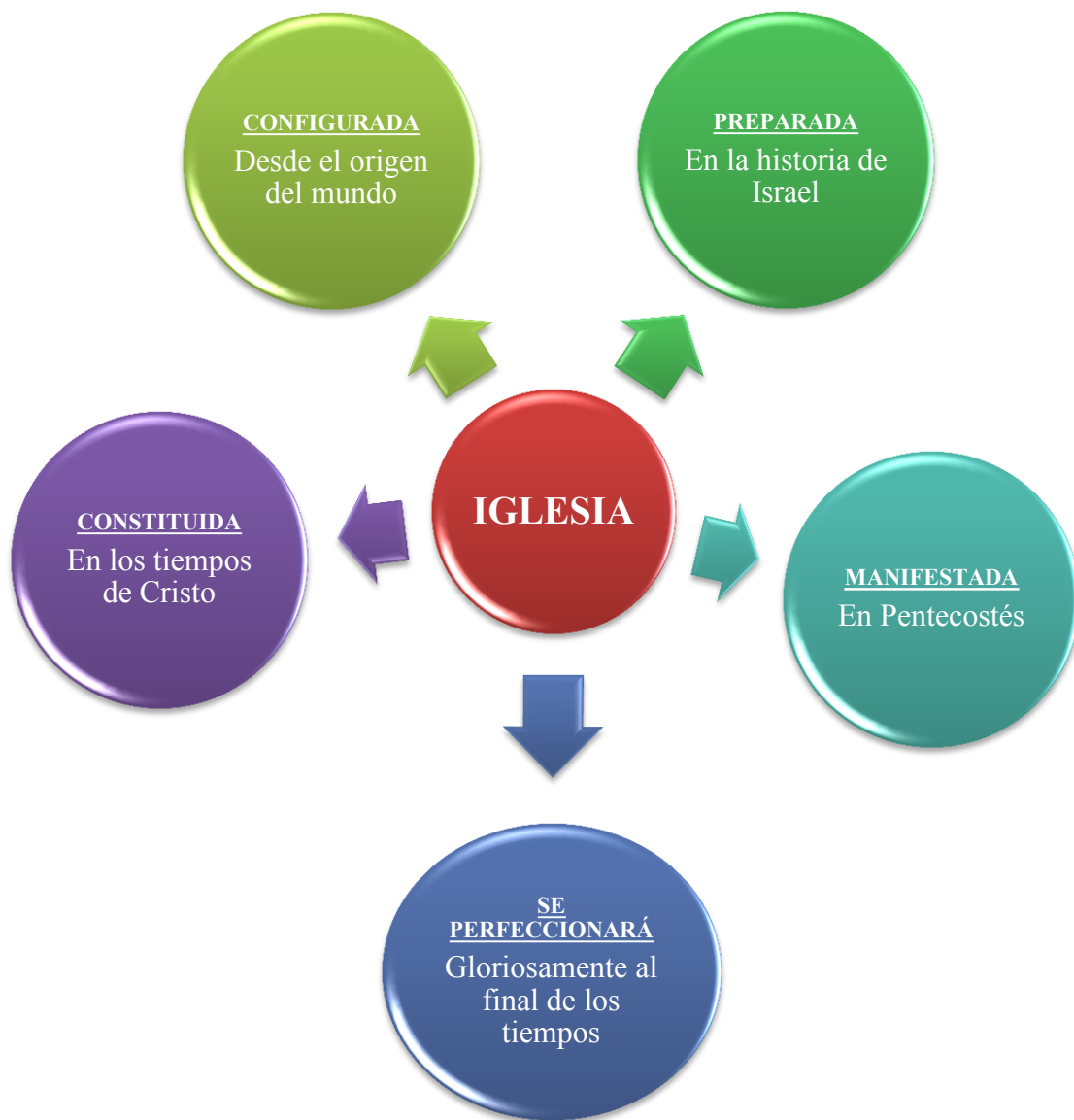


CAPÍTULO III

Esquema 7

Iglesia nacida de Jesucristo

La Iglesia de Cristo, Una, Santa, Católica y Apostólica fue confiada por nuestro Salvador, después de su resurrección, a Pedro (Jn. 24, 17)...Y la erigió para siempre como ‘columna y fundamento de la verdad’ (Tim. 3, 15)” (LG 8)



Esquema 8

Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

La fe nos enseña que Dios vive en este continente, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos (DA 514)

CONTINENTE DEL AMOR Y LA ESPERANZA



Esquema 9

Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

Los diferentes desafíos que Aparecida plantea al continente latinoamericano y el Caribe, se pueden vencer con la misión de los discípulos “al servicio de la vida plena”, si se vive y se comunica la vida según el evangelio de Cristo.

IGLESIA INSTITUCIONAL

Desafíos	Formas de vencerlos
Inculturación de la Biblia y de los textos litúrgicos	El encuentro con Cristo ("fe recibida y vivida en la iglesia")
Promover más vocaciones y ministerios procedentes de los grupos excluidos	Lectura de la Biblia en la Iglesia
Ausencia de obediencia, infidelidades a la doctrina, a la moral en la sociedad incluida la vida consagrada.	Vivir la sagrada liturgia
El diálogo Ecuménico	Experimenta el encuentro con Jesucristo a través de sacramento de la reconciliación
Que el discípulo y misionero tenga un fervor espiritual, el valor y la audacia para comunicar la buena noticia de Cristo.	Aprender a orar
Ir en búsqueda de los alejados de la iglesia, (en los nuevos aerópagos) mediante la atracción y no mediante campañas proselitistas.	Practicar diariamente la oración individual y comunitaria
	Luchar por la justicia, la paz y el bien común
	Ver el rostro de Cristo en los pobres, los afligidos y los enfermos
	Venerar a María como la gran misionera y continuadora de la misión de su hijo

Esquema 10

Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

Fieles a las promesas hechas en la ordenación sacerdotal, los presbíteros deben vivir con fidelidad y obediencia su ministerio, cultivando la vida de oración, la santidad y el servicio a los hermanos.

PRESBITEROS

Retos	Formas de vencerlos
Denunciar situaciones de pecados (muerte, violencia e injusticias)	Lectura de la Biblia en la Iglesia
Acompañamiento a los laicos en su tareas de servicio a la sociedad	Vivir la sagrada liturgia
Vencer la espiritualidad individualista	Practicar diariamente la oración individual y comunitaria
Promover el camino de la santidad (tener conciencia de pertenencia a Cristo)	Venerar a María como la gran misionera y continuadora de la misión de su hijo
Impulsar y conducir acciones de pastoral orgánicas, renovadas y de servicio que respondan a mismo proyecto misionero	Reconocer la importancia de la religiosidad popular
Fomentar la confesión frecuente	
Preparar dignamente los lugares de la celebración	
Que los presbíteros conozcan y participen de la cultura	
Que los presbíteros en su experiencia personal con Dios vivan el celibato y una vida espiritual “fundada en la caridad pastoral”	
Elaboración de proyectos pastorales a favor de la comunidad (tomar en cuenta al laico en cuanto el “ser” y el “hacer”)	
Que las parroquias sean una red de pequeñas comunidades	

Esquema 11

Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

Los laicos, por su bautismo, están llamados a ser sal, luz y levadura contribuyendo a la santificación del mundo, dando testimonio de vida con su fe, esperanza y caridad.

LAICOS

Retos	Formas de vencerlos
Tomar conciencia de la situación que afecta la dignidad	Practicar diariamente la oración individual y comunitaria
Efectos de publicidad hacia mundos ilusorios	Luchar por la justicia, la paz y el bien común
Vencer la cultura de consumo	Orientar las acciones de la política partidista, para evitar que se transformen en ideologías
No tener en la sociedad explotados ni excluidos (pobres, indígenas y afroamericanos)	Reconocer la importancia de la religiosidad popular
Recuperar la memoria histórica	Experimenta el encuentro con Jesucristo a través de sacramento de la reconciliación y la Eucaristía
Usar los medio de comunicación social y las nuevas tecnologías de información	Sentido de pertenencia a la iglesia

Esquema 12

Cómo vencer el miedo y hacer de este mundo un espacio sostenible

Cristo es la insustituible razón para vencer el miedo porque “el miedo condiciona la libertad, que es fundamento para el amor y el amor es lo más grande del hombre. Libertad no es sinónimo de independencia. La verdadera libertad lleva al amor, y el amor lleva al servicio” (Didascalía, ¿Quién dijo miedo?, p. 37. Alberto Iniesta, 1989)

